

PTO

revista de documentacion social

CONSEJO DE REPARAZ
1 SEPTIEMBRE

pta.



Ayuntamiento de Madrid

A NUESTROS LECTORES

A NUESTROS AMIGOS

ORTO es una publicación de tipo universalista y carácter independiente, que vive de espaldas al lucro y sin ingreso alguno por anuncios ni subvención de grupo o partido.

Por lo mismo, esta rabiosa independencia cuesta muy cara de sostener.

No queremos molestar al público con los llores habituales del editor de vida precaria o desaprensiva. Queremos, sencillamente, advertir a nuestros amigos y simpatizantes que, si creen eficaz nuestra labor, la propaguen entre sus amistades y procuren conseguir las suscripciones que necesitamos para que la Revista se sostenga sin grandes déficits.

Para ello sería muy eficaz que en cada localidad se constituyese un grupo de *Amigos de ORTO* que se tomaran interés en conseguir lectores y suscripciones. Esta labor privada de los amigos es necesaria para contrarrestar el boicot que nos han declarado nuestros poderosos enemigos.

ORTO se ha propuesto la difícil tarea de la capacitación de las masas trabajadoras españolas por el camino del estudio y de la reflexión. Es necesario que a esta sociedad suceda otra más libre y más humana; pero no es menos preciso saber qué es lo que se ha de suprimir, qué otra cosa se ha de aprovechar y cuál otra se debe edificar.

Nos hemos propuesto hacer una crítica severa y recta de la sociedad actual y oponerle una nueva concepción inteligente de la vida futura. Armonizar la técnica con el esfuerzo, la economía con la vida, el espíritu con la libertad. Y no habremos hecho poco si conseguimos fundir estas dos aparentes antinomias como son el hombre y la máquina, la producción liberal con la economía planeada, la libertad con la organización...

Para llevar a efecto todo esto precisa conseguir la colaboración de los escritores especializados esparcidos por todo el mundo, a los que hay que retribuir como merecen y buscarlos donde se encuentren, por difícil que ello sea.

Todo esto requiere grandes sacrificios y una suma enorme de esfuerzo personal.

Así, pues, si a los lectores actuales les interesa que podamos llevar a cabo nuestra dura empresa, es necesario que nos consigan por todo este mes

MIL LECTORES MÁS

Con ello habremos llegado a reducir el déficit a límite soportable. Y si, al fin, se llegara a sostener la Revista con el importe de su venta, lo que pudiera sobrar se invertiría en mejorar la publicación.

Todo es necesario si se quiere que haya hombres que se olviden de sí mismos para pensar por entero en la Humanidad y realizar lo que le falta al trabajador: la ciencia de su desgracia, como decía el gran Fernando Pelloutier.

A eso aspiramos: a evitar el dolor por la ciencia y la organización.

Nuestros lectores tienen la palabra.

LA DIRECCION

ORTO

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSE RENAU

Año I Núm. 7

Valencia, sept. 1932

La organización de la producción industrial



Pierre Besnard

A ruegos de esta Dirección, nuestro querido colaborador y estimado camarada Pierre Besnard ha escrito, exclusivamente para ORTO, los trabajos que iremos dando a conocer en sucesivos números y cuyo primer ensayo insertamos a continuación.

Se trata de un magnífico estudio acerca de la organización sindical pre y postrevolucionaria, que irá ilustrado con claros e interesantes esquemas, confeccionados por el mismo autor.

El orden de inserción será como sigue:

- I.—ORGANIZACION INDUSTRIAL.
- II.—ORGANIZACION AGRICOLA.
- III.—ORGANIZACION SINDICAL GENERAL.
- IV.—ORGANIZACION POLITICA.
- V.—ORGANIZACION SOCIAL.
- VI.—ORGANIZACION GENERAL.

De forma, que el lector verá al final, de una manera clara y metódica, lo que será y es la organización sindical desde el punto de vista técnico, social y político. Con ello habremos conseguido ilustrar a la clase trabajadora española sobre muchos puntos que permanecen incomprendidos o desdeñados más por ignorancia que por reflexión.

Estos artículos irán apareciendo en ORTO sucesivamente y sin interrupción.

Eugenio-Pedro Besnard nació el 8 de octubre de 1886, en Montreuil-Bellay, pequeña villa de 2.000 habitantes, situada a 16 kilómetros de Saumur (Maine y Loire). Sus padres eran trabajadores del campo, y a causa de la plaga de filoxera, que destruyó los viñedos de la región, Alberto Besnard, su padre, tuvo que entrar como empleado en la Compañía de Caminos de Hierro del Estado y su madre se hizo guardabarrera. Alberto Besnard fué uno de los primeros militantes de los Sindicatos de los ferroviarios franceses, y su animosa compañera no sentía menos las ideas de rebeldía.

Aislados a menudo en plena campiña, los padres no pudieron enviar a la escuela a su hijo hasta la edad de ocho años, pero Pedro Besnard consiguió su certificado de estudios a los diez años y medio, llamando la atención de sus maestros que se interesaron mucho por él y lo prepararon para la Escuela Industrial de Saumur, preparatoria de la Escuela de Ingenieros de Artes y Oficios, donde ingresó en 1900. Sin embargo, tuvo que suspender sus estudios a causa de la muerte de su padre, en 1902, y teniendo que atender a su madre ya gravemente enferma, tuvo que ejercer numerosos oficios.

Al cumplir sus deberes militares, ingresó a su vez en los Caminos de Hierro del Estado, en 1909, acudiendo inmediatamente al Sindicato, donde militó muy activamente. Durante más de diez años laboró oscuramente en provincias, organizando Sindicatos y Cooperativas, combatiendo obstinadamente a los dirigentes durante la guerra y alcanzando así una justa fama —que jamás ha sido desmentida— entre los dirigentes de la red ferroviaria del Estado.

Atraído por la capital, marchó a París a fines de 1919, después de haber participado en la preparación de la huelga general del 21 de julio, participando en la propaganda de la Federación de los ferroviarios, arrancando la dirección de esta entidad de manos de la fracción reformista —con sus camaradas sindicalistas revolucionarios— en el Congreso de Japy, del 30 de abril de 1920, que votó la huelga general de las redes ferroviarias para el 2 de mayo.

Pedro Besnard fué elegido secretario general de los Sindicatos parisienses de ferroviarios, que agrupaban cerca de 100.000 afiliados, y durante treinta días organizó 40 reuniones diarias, proporcionando los propagandistas, que sostenían la huelga en toda la nación, pero a pesar de la resistencia de los huelguistas, fueron vencidos; con este motivo fué despedido Pedro Besnard con millares de camaradas y no fué readmitido hasta fines de 1925.

Durante aquellos cinco años, su actividad fué intensísima, participando en todas las luchas de tendencia que, después del Congreso de Tours, consagró en 1920 la escisión en el partido socialista francés y marcó el principio de la campaña emprendida por el partido comunista por la conquista de los Sindicatos.

Pronto fué llamado para ponerse a la cabeza de la resistencia en el seno de la minoría revolucionaria y a dirigir la lucha contra la fracción reformista de la C. G. T. Nombrado secretario general del Comité Central de las Comisiones sindicalistas, organizó sólidamente la minoría, y en Lille, poco faltó para que arrebataran la dirección de la C. G. T. a Jouhaux y sus amigos. Entonces es cuando los reformistas, por una parte, y los comunistas por la otra, produjeron la escisión en la C. G. T., en el Congreso de

París, diciembre de 1921; de este Congreso salió la C. G. T. unitaria.

Después de haber preparado el Congreso constituyente de la C. G. T. U., proyectado para julio de 1922, en Saint-Etienne, Pedro Besnard, con Tolté y Lecoin, asistió a la Conferencia preparatoria de la A. I. T., en Berlín, junio de 1922.

En el Congreso de Saint-Etienne, fueron vencidos los sindicalistas revolucionarios, y esta minoría trató de organizarse y fundó el Segundo Comité de Defensa Sindicalista, del que fué nombrado secretario general Pedro Besnard. La lucha continuó durante dos años en detrimento de la minoría y, finalmente, una parte de ella abandonó la C. G. T. U., después del asesinato de dos militantes minoritarios, ocurrido en la Casa de los Sindicatos; de París, el 11 de enero de 1924, formando la Unión Federativa de los Sindicatos autónomos de Francia (U. F. S. A.), encargándose Besnard de la secretaría, con Lucien Huart, después de haber participado en la fundación de la segunda A. I. T., en Berlín, diciembre de 1922.

Los esfuerzos de la U. F. S. A. hicieron posible la constitución de la C. G. T. S. R., en Lyon, noviembre de 1926, de la que fué primer secretario Lucien Huart. Desde entonces Pedro Besnard lucha en el seno de esta organización en pro del sindicalismo revolucionario y labora con todas sus fuerzas en la A. I. T.

Pedro Besnard se vió gravemente complicado en el complot imaginado por Poincaré, en 1923, cuando la ocupación del Rhur, y no habiendo ejercido jamás un cargo retribuido en el seno de las organizaciones sindicales, continúa luchando y acude a su trabajo, como siempre hizo.

Comprendiendo que era necesario modernizar los trabajos de Bakunín, Kropotkin y James Guillaume, en 1930 escribió su libro: Los Sindicatos Obreros y la Revolución Social, traducido a varios idiomas, y que la C. N. T. editó en 1931. Además del papel que desempeña en la vida de la A. I. T., de la cual es miembro de la Oficina Administrativa, Pedro Besnard ha escrito numerosos folletos y artículos, publicados por la Prensa de la A. I. T. y más especialmente en España, y en la Enciclopedia Anarquista.

Partidario de la organización industrial y sindical sobre bases federalistas; convencido de que únicamente la realización de este concepto permitirá a los trabajadores vencer al capitalismo, triunfar de todos los partidos políticos y evitar la dictadura, Pedro Besnard ha defendido esta práctica revolucionaria ante el IV Congreso mundial de la A. I. T., en Madrid, junio de 1931, en su Memoria sobre la organización internacional del sindicalismo.

Admirablemente apoyado por su animosa compañera, Lucie Job, continúa su labor con la esperanza de que contribuirá a la ayuda del proletariado, en su lucha por la emancipación integral. Esta es su única ambición.

LOS acontecimientos que se desarrollan en todas partes, a través del mundo, indican claramente que las corrientes revolucionarias, de tendencias diversas y a menudo opuestas, tratan de salir a la superficie.

Se puede, pues, afirmar —sin temor a equivocarse— que las revoluciones, de caracteres diferentes pero que encuentran sus fuentes, inspiraciones y justificación, en los mismos fenómenos económicos, políticos y sociales, están en marcha en la mayoría de los países llamados civilizados.

En los artículos publicados en esta Revista —en los dos últimos, para ser más precisos— hemos examinado cuál sería, en mi opinión, el carácter de la próxima revolución europea e indicado cuál era la repercusión del fascismo en el movimiento obrero revolucionario.

En las conclusiones de mi último artículo he declarado que era necesario *a todo trance* orientar la próxima e inevitable revolución, imprimirle un sentido social muy acentuado, hacerla tan completa como sea posible, estableciendo una alianza muy estrecha entre sus dos principales elementos: *los campesinos y los obreros*.

He añadido que era necesario, con antelación, esforzarse en averiguar desde este momento la síntesis de las fuerzas que se harán cargo, al día siguiente de la revolución, de los medios para asegurar la vida colectiva y la continuación del nuevo orden social, *en el cual la evolución será constante*. Esto supone una preparación *constructiva* muy grande y, también, una organización nueva de nuestras fuerzas, en el terreno industrial y social. Hace falta, como lo he manifestado en la Memoria presentada al IV Congreso Mundial de la A. I. T., celebrado en Madrid el año último, *racionalizar* nuestro movimiento; en una palabra, darle los medios: *Primero: luchar con armas iguales contra el capitalismo; segundo: establecer, desde ahora, las bases económicas y sociales del porvenir*.

Los debates de este Congreso, los incidentes que han señalado sus trabajos, han demostrado que en esta materia, ante tal problema, dos grandes concepciones chocan y se combaten en el conjunto de las cuestiones presentadas.

La primera consiste en afirmar que no se cosecha más que a condición de haber

sembrado, y haber sembrado bien; establece que la preparación es la madre de la acción y, por consiguiente, tiene el convencimiento de que el sindicalismo revolucionario, federalista y antiestadista, debe sentar, desde ahora, las bases del orden social que quiere realizar; que es necesario que haga saber y penetrar en las masas trabajadoras su doctrina, *sus principios* y el sistema de organización que opone el conjunto, partida por partida, a los principios y la doctrina capitalistas.

La segunda, tan convencida como la primera de la inevitabilidad y la necesidad de la revolución, no cree, por contra, en lo indispensable de una preparación metódica y racional de nuestra propaganda, de nuestra acción, de nuestras fuerzas.

Cree en la pujanza creadora, espontánea e indefinida, del proletariado, que hará surgir, llegado el momento, las organizaciones que tendrán el cargo y la misión de asegurar el éxito de la empresa revolucionaria.

El Congreso no pudo conciliar las dos tendencias y trazar su camino, a pesar de las indicaciones muy categóricas que contiene la Declaración de Principios votada por el Congreso Constituyente de la A. I. T., de 1922, en Berlín.

Nadie lo lamenta más que yo, y a pesar de que unos hayan creído deber compararme con Ford y otros con Napoleón, no he cambiado de opinión en este asunto.

Creo, pues, más firmemente que nunca, que el romanticismo y el enredo han aparecido, una vez más.

Si bien tengo siempre la más grande confianza en la *de la acción revolucionaria del proletariado*, no conservo, en presencia del adversario a vencer, la fe que tienen los partidarios de la tendencia opuesta en la *espontaneidad de las realizaciones revolucionarias*.

Para mi concepto es más fácil destruir que construir. Pero, si destruir es necesario, construir es indispensable.

Destruir es la parte *negativa* de la revolución; construir es la parte *positiva*.

Y, en la mejor de las hipótesis, la *capacidad constructiva* del proletariado será siempre inferior a su capacidad destructiva.

Por lo tanto, es absolutamente necesario que sepa tan exactamente *lo que quiere como lo que no quiere*. En una palabra,

debe saber a dónde quiere ir; cómo y por qué medios quiere ir.

De otra manera, y a despecho de las afirmaciones contrarias, confiará una vez más sus destinos a una minoría, que lo conducirá donde *ella pueda* y no a donde *él quiera*, porque no lo sabrá el proletariado.

Informado con anterioridad, con libre decisión irá donde quiera: *escogerá su camino, su objetivo, sus medios*.

Mantenido en la ignorancia, esperando el Mesías y el milagro, sufrirá la dictadura de un puñado de hombres; dictadura que será tanto más penosa cuanto que los «conductores» no sabrán, ellos mismos, adónde quieren ir y conducir a los otros.

Para decirlo más claramente: la discusión de un plan de organización y acción, sus mejoras, una adopción definitiva, conducirá indudablemente, tras de una propaganda y una vulgarización adecuadas, a un triunfo seguro.

Lo contrario no puede llevar más que a la catástrofe.

Y esta última debe evitarse a todo trance.

Para que ocurra así, pongámonos, pues, a la obra; elaboremos nuestro plan; establezcamos nuestra construcción económica, política y social y sometamos el conjunto a la discusión de todos. Que se examine este trabajo, que se le profundice, que se le perfeccione, que se le modifique; pero que se decida, que se adopte alguna cosa, que se vulgarece y que se lleve a la práctica en cuanto llegue el momento.

En este orden de ideas, con este fin, que presentan mis proposiciones al IV Congreso de la A. I. T. —que la C. G. T. S. R. de Francia someterá al V Congreso— he establecido varios esquemas de organización industrial, sindical, política y social, que entrego al examen y discusión de todos los lectores de ORTO.

Ante todo, conviene indicar el principio esencial que guiará la elaboración del sistema, de una manera constante; después convendrá determinar los engranajes que asegurarán el funcionamiento y establecer entre ellos las relaciones necesarias que aseguren a este sistema su máximo rendimiento, la mayor elasticidad, su me-

jor armonía, y fijar las atribuciones de cada rodaje de una manera bien clara, a fin de evitar agarrotamientos peligrosos que creen la atrofia o la hipertrofia.

Será indispensable, en fin, después de haber indicado la base indiscutible, desde el triple punto de vista: económico, político y social, formular las relaciones que deben existir entre lo económico y lo político, entre lo social y los otros puntos precedentes.

Para mi concepto, la base esencial de todo el edificio proyectado no puede ser otra más que la *económica*. Esta es, pues, la cuestión que conviene tratar en primer término.

Por otra parte, la misma economía se basa en la producción industrial y agrícola, que condiciona el consumo según sus mismas necesidades.

En este orden voy a hacer mi exposición, desde el principio, y lo proseguiré con el examen de la organización sindical adecuada a la de la producción general: *industrial y agrícola* a la vez, a fin de establecer las relaciones anteriormente indicadas entre los diversos engranajes.

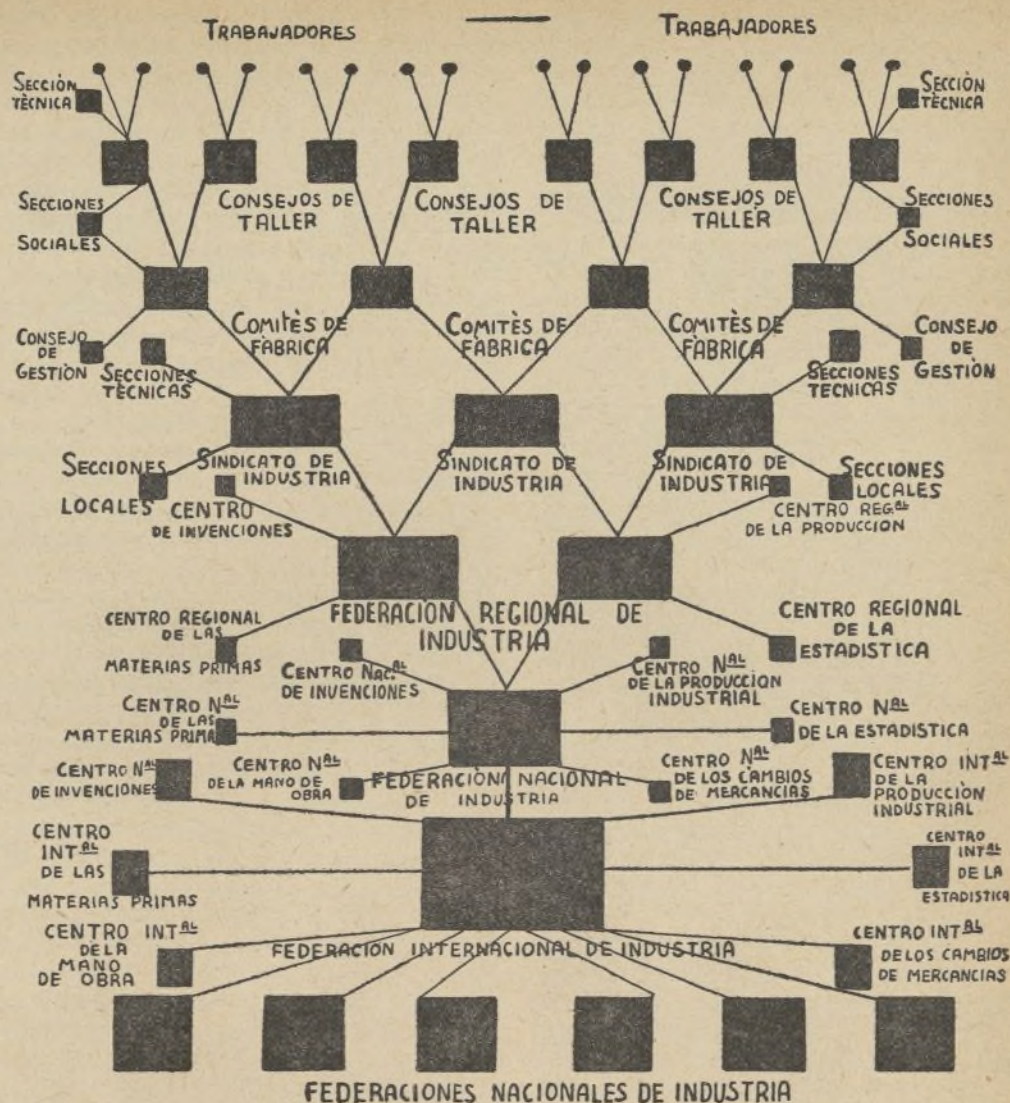
Ante todo declaro que el sistema de que se trata tiene por objeto eliminar completamente al Estado; solidarizar, con una misma tarea, a todos los trabajadores: *manuales, técnicos y sabios*; garantizar a los individuos y agrupaciones el máximo de libertad; dar, a todos, los medios de ejercer plenamente las más grandes iniciativas en el cuadro del consumo, organizado sobre bases esencialmente libertarias.

Este sistema será, pues, federalista, asociativo en forma libre. Tendrá por objeto realizar la síntesis de los intereses particulares y tenderá, por ello mismo, al establecimiento de un interés general a base de la igualdad más grande y el intercambio mutuo de servicios. Se basará además, constantemente, en la unidad social: el individuo, el trabajador.

Este último es el que examinará, decidirá, actuará y controlará, en todo momento y en todos los asuntos, sea directamente o por medio de las delegaciones en sus diversos grados, nombradas por él y revocables en todo momento.

Veamos, ahora, cuáles pueden ser, en toda su escala, los engranajes indispensables, que permitirán asegurar normalmente la *producción industrial*.

PLAN DE LA PRODUCCIÓN INDUSTRIAL



Inmediatamente se impone una comprobación, y es la siguiente: los engranajes proyectados deben desempeñar un papel doble. En efecto, es necesario que permitan a los trabajadores:

- 1.º Luchar contra las fuerzas capitalistas en el régimen actual.
- 2.º Adaptar rápidamente el conjunto del sistema a las necesidades revolucionarias.

Así es que los *Comités de taller*, que son, en este momento, los organismos sindicales indispensables para el control de la producción, que se encargan de estu-

diar el funcionamiento técnico y social del taller y defender a los trabajadores en el mismo lugar del trabajo, deberán dirigir la producción del taller, más tarde, en combinación con los Consejos de fábrica.

Los *Consejos de fábrica*, que tienen ya una misión defensiva más extensa en este momento, que son los centinelas avanzados del Sindicato en la empresa capitalista, los órganos de control permanentes de la gestión patronal, tanto en las cuestiones de las primeras materias como en las transformaciones sufridas por aquéllas; que deben ser capaces, por el órgano de sus

Consejos de gestión, de establecer el balance de cada empresa, son los llamados a sustituir, en el porvenir, a los Consejos de administración capitalistas: *a administrar y dirigir, técnica y socialmente, las empresas.*

Se observará que el Consejo de taller y el Consejo de fábrica se componen, uno y otro, de dos secciones: *una técnica y otra social.*

Estas dos secciones deben, en mi concepto, trabajar de la siguiente manera:

1.º *Estudiar, por taller, la organización y ejecución del trabajo; preocuparse de las investigaciones y perfeccionamientos susceptibles de aumentar el rendimiento; elevar, en todo caso, al nivel exigido por el consumo —cuyas necesidades serán indicadas por los departamentos de Estadística— disminuyendo, en toda la amplitud de lo posible, la duración del trabajo y la fatiga del hombre.*

2.º *Dotar a cada taller de una oficina de investigaciones, de un laboratorio de ensayos, para estudiar los inventos y los medios prácticos de aplicarlos. Esta oficina y laboratorio tendrán que estar al corriente de los progresos técnicos realizados en el conjunto de su industria y comunicar sus trabajos a sus Sindicatos y a los organismos industriales encargados de concentrar las informaciones y vulgarizarlas por los mejores medios: diarios, revistas, conferencias, tratados, etc.*

Para cumplir esta tarea, los trabajadores colaborarán en el seno de sus talleres obradores y oficinas respectivas.

3.º *Comprobar los resultados obtenidos e intentar mejorarlos, con la celebración de asambleas generales de los Consejos de talleres de la misma empresa. En el curso de estas Asambleas, que se reunirán una vez al mes, por ejemplo, los trabajadores investigarán en común los mejores métodos de trabajo, basándose en los ensayos realizados; retendrán las lecciones de estos ensayos y formularán las rectificaciones a aportar; se dará cuenta de las investigaciones e inventos y se esforzarán por encontrar los mejores medios prácticos de aplicarlos y generalizarlos, en caso favorable.*

Los Consejos de talleres, de obradores, etcétera, editarán un boletín periódico, destinado a los trabajadores de los talleres de la misma empresa. Llevarán sus trabajos

a la comisión de los Consejos de fábrica y del Sindicato de Industria y, estos últimos, informarán a su vez, de unos a otros, a las Federaciones regionales y nacionales de industria, que se harán cargo de la misma forma de informar, ellas también, a las oficinas especializadas de las Federaciones internacionales de industria y a los diversos organismos económicos de documentación y de estadística, por medio de informes claros, precisos y concretos.

Junto a las secciones técnicas de los Consejos de taller y en relación constante con ellas y el Consejo de fábrica trabajan las *secciones sociales de taller.*

Estas últimas tienen la misión de asegurar a los trabajadores el máximo de bienestar, de higiene y de seguridad; de reglamentar, de acuerdo con los interesados, teniendo en cuenta las necesidades de la producción, la duración y las condiciones del trabajo. En una palabra, su papel consiste en interesarse, lo más profundamente posible, en la vida misma del productor en el mismo lugar de su trabajo; en educarlo, en desarrollar en él las cualidades humanas y, en primer término, la ayuda mutua, la solidaridad, la paciencia y la tolerancia.

Estas secciones sociales se reunirán también periódicamente y, como las secciones técnicas de taller, pasarán los resultados obtenidos a conocimiento de los trabajadores de los talleres, obradores, Sindicatos, Uniones regionales, Confederación internacional, que se encargarán —cada cual en lo que le concierna— de informarlas igualmente. Así se establecerá, del trabajador a la Internacional y viceversa, un doble círculo, en el plan técnico y en el plan social, que permitirá, a todos y cada uno, estar al corriente de todos los asuntos interesantes para el trabajador y el individuo.

Rodeados de informes, que les proporcionarán los Comités de taller y los Consejos de fábrica, por medio de las Asambleas de las secciones técnicas y sociales, se formará en cada fábrica el *Consejo de gestión*, que estará compuesto por los trabajadores más calificados, designados por la Junta general de la empresa, y comprendiendo, en cuanto sea posible, representantes de todos los servicios: talleres, oficinas, laboratorios, técnicos, etc.

Este Consejo se encargará de asegurar la marcha general de la empresa, de la ge-

rencia y la administración. Informado por el Sindicato de industria de la importancia de los pedidos a servir y sobre el carácter de éstos; surtido, por la oficina local, de primeras materias, llevará la contabilidad material de la empresa y dirigirá la producción en los puntos designados por la oficina local de intercambio de mercancías, siendo informado a su vez por las oficinas regionales, nacionales e internacionales del intercambio y crédito.

Presentará el balance de su gestión a los trabajadores de la empresa, reunidos en Asamblea general, y lo someterá al Sindicato de industria a que la empresa pertenezca.

Se preocupará, igualmente, de la mano de obra, que será distribuida según las aptitudes, las capacidades y los deseos, por la oficina local de la mano de obra.

En ocasión del examen del balance material y social por la Asamblea de los trabajadores de la empresa, éstos analizarán los resultados obtenidos y acordarán las medidas necesarias para obtener mejoras incesantemente. Esta labor *emuladora* será facilitada por el conocimiento simultáneo, o anticipado, del trabajo técnico y social realizado en las empresas de la misma naturaleza.



Sin embargo, cualquiera que fuera la importancia de los Comités de taller y de los Consejos de fábrica, es evidente que no podrán ser más que los órganos del *Sindicato de industria*, antes, durante y después de la revolución.

El *Sindicato de industria* debe ser la verdadera célula básica de la producción. ¿Por qué? Porque los Comités de taller y los Consejos de fábrica, especializados en una rama de la industria o una parte de esta rama, no están en condiciones de organizar la producción de toda una industria ni de asegurar la relación efectiva e indispensable entre las empresas de la misma naturaleza de una localidad, limitándose su actividad, forzosamente, a su taller o a su empresa.

Por el contrario, el Sindicato de industria, que agrupa a los trabajadores de todos los talleres, de todos los obradores, de la misma industria local, es un órgano regulador por excelencia y parece sólo califica-

do para organizar y dirigir, con todo conocimiento de causa, la producción de tal o cual industria en una localidad determinada.

Su papel actual, la misión preparatoria que únicamente él está en condiciones de cumplir, lo designan formalmente para realizar esta tarea, con exclusión de toda otra agrupación más restringida, inexistente en el régimen capitalista o insuficientemente preparada para semejante misión.

Por todas estas razones y otras más, de orden social, el Sindicato de industria debe ser la *célula básica* de la producción, tanto industrial como agrícola, contrariamente a lo que intentan conseguir, *para los fines políticos conocidos*, los partidos que quieren hacerse instrumentos de los Comités de fábrica.

Los Comités de taller y los Consejos de fábrica son los órganos indispensables del Sindicato de industria, pero estos últimos deben ser la verdadera célula básica de una producción de carácter comunista libertario, realizada en el plan federalista.

A los Sindicatos de industria les incumbe el cuidado de acoplar, coordinar los esfuerzos de las fábricas de la localidad; de hacerlas aprovisionar *regularmente*, en primeras materias; reunir existencias, almacenar, depositar o expedir —según el caso— los productos terminados; poner a la disposición local la producción industrial con vistas a un reparto o intercambio de las oficinas comunales especializadas.

Los excedentes de producción serán utilizados de la mejor manera, sea para satisfacer las necesidades de las localidades o regiones vecinas, sea para ser vendidos o cambiados en el exterior, según las indicaciones de las oficinas de intercambio regionales o nacionales, interiores o exteriores.

Estos excedentes de producción, almacenados bajo el cuidado de las fábricas y departamentos, serán enviados a su destino definitivo por medio de los servicios locales de transporte.

Las fábricas y departamentos comerciales, pertenecientes al Sindicato de industria, recibirán en las mismas condiciones los productos, primeras materias y mercancías, procedentes de otras regiones o el exterior.

A fin de evitar gastos inútiles de transporte, el Sindicato de industria establecerá,

en la mayor escala posible, en el lugar mismo donde se encuentren las materias primas esenciales, los nuevos establecimientos industriales necesarios. En su defecto, se esforzará en hacerlo, utilizando el elemento motor natural existente en la mayor proximidad con las construcciones proyectadas.

El Sindicato de industria estará formado por dos especies de secciones: *las secciones técnicas y las secciones locales*.

Las primeras prolongarán en el seno del Sindicato mismo la actividad desplegada en la base, en el lugar de trabajo, por los Comités de taller. En el seno de estas secciones, los trabajadores se dedicarán más especialmente al estudio de las cuestiones absolutamente particulares de la especialidad, al oficio.

Las secciones técnicas deberán, pues, penetrar en el detalle; guiadas por los informes de los Comités de taller, tendrán por misión el generalizar, en todas las empresas dependientes de un mismo Sindicato de industria, el empleo de los mejores procedimientos de fabricación; comparar y hacer ensayar los perfeccionamientos técnicos, estudiados en los laboratorios de investigación; informarse en las secciones similares y, recíprocamente, intercambiar con ellas, en el seno de los Sindicatos y sus empresas, en el transcurso de asambleas de información, las particularidades susceptibles de hacer progresar la marcha general de los talleres; organizar, con los mejores medios y con la ayuda de todos los que estime calificados, los cursos profesionales que formarán buenos aprendices y mantendrán, en el nivel más elevado, los conocimientos de los adultos.

Las *secciones locales* se dedicarán más especialmente a las cuestiones sociales. Desarrollarán, en el plan sindical, el trabajo efectuado en la base por las secciones sociales de los Comités de taller y los Consejos de fábrica.

Sobre todo, se aplicarán a la educación y a la formación sociales de los obreros jóvenes; permitirán también a los trabajadores que habiten en otro sitio que no sea el lugar de trabajo, participar en la vida social del Sindicato, sin tener que desplazarse.

Así serán comparados, en la mejor de las emulaciones, los experimentos hechos en las localidades vecinas.

A la vida profesional, que se ejercerá en el seno de los Sindicatos, vendrá a juntarse la vida social, que se desarrollará en la localidad, para formar un conjunto fecundo y pujante.

De esta manera, un Sindicato de industria, que contará con *diez secciones técnicas* y, por la extensión de su radio de acción, con *diez secciones locales*, podrá hacer partícipe a todos sus miembros, de una manera constante, en la vida completa de la organización y alcanzar el máximo de buenos resultados.

Las Juntas generales del Sindicato, convocadas periódicamente, permitirán al conjunto de los trabajadores juzgar el pasado y preparar el porvenir.

De esta manera, el Sindicato podrá luchar constantemente contra el capitalismo, hoy, con conocimiento de causa, y ejecutar sus tareas, mañana.

Federaciones Regionales de Industria

Lo mismo que es indispensable agrupar a todos los Sindicatos de una región determinada, para asegurar la vida económica en las mejores condiciones, es absolutamente necesario agrupar, por industrias, a los Sindicatos, a fin de estar en condiciones de organizar, en el mismo cuadro, la actividad industrial.

Esta tarea, *esencialmente técnica*, operada en combinación con las Uniones regionales y las Federaciones nacionales de industria, no puede ser ejecutada más que por las Federaciones regionales de industria, cuyo conjunto constituye el Consejo Económico regional. Este órgano funcionará bajo el control de la Unión regional correspondiente, siendo ésta la que permitirá a aquél asegurar racionalmente la vida económica regional.

Para llenar esta misión, exclusivamente técnica —repito—, la Federación regional de industria debe disponer de cuatro oficinas, que son:

OFICINA DE LAS MATERIAS PRIMAS.

OFICINA DE LA PRODUCCION.

OFICINA DE INVENTOS.

OFICINA DE ESTADISTICA.

La Oficina de las materias primas, que

recibe su información de los Sindicatos de su industria; que conoce, por medio del Consejo Económico regional, los pedidos a servir, se encarga de que las fábricas y empresas, dependientes de sus Sindicatos, estén constantemente provistas de primeras materias; de acuerdo con las industrias interesadas, averigua las materias que pueden ser utilizadas en plaza y no recurre a los envíos de otras regiones o del exterior más que en el caso de absoluta necesidad o cuando se trata de productos especiales.

Lleva la contabilidad detallada de las entradas y la pone a la disposición del Comité de Economía Regional y de la Oficina de Estadística industrial.

La *Oficina de la Producción* es informada por los Sindicatos de su industria sobre la importancia de las materias extraídas y de la transformación en productos terminados, operada en las fábricas y empresas.

Se esfuerza en conseguir el cupo de producción indicado por el Consejo Económico regional, informado a su vez, en lo que concierne a su región, por el Comité Económico del Trabajo Nacional.

De esta suerte, la oficina es un regulador de la producción de su industria, en su región.

Igualmente, lleva la contabilidad detallada y la comunica al Comité Económico regional.

La *Oficina de Inventos* sigue paso a paso los trabajos de los laboratorios de investigación y ensayo, con la ayuda de los informes proporcionados por los Sindicatos de su industria.

Compara los resultados conseguidos, recomienda la utilización de los mejores procedimientos, estudia los que llegan a su conocimiento por medio de las oficinas similares y se esfuerza en generalizar los métodos y medios que se imponen por su valía.

Informa igualmente a su Federación de Industria y al Consejo Económico regional, preparando así la tarea del Comité Económico Confederal.

La *Oficina de Estadística* recibe de las otras oficinas y de los Sindicatos de su jurisdicción todos los informes, toda la documentación relativa a la marcha de su industria: materias primas, productos transformados, existencias, envíos, mano de obra empleada, disponible o necesaria.

Debe poder dar, en todo momento, todos los informes relativos a la actividad industrial y conocer todas las posibilidades y defectos. Periódicamente, o a petición, comunica sus trabajos a las oficinas industriales calificadas, a las regiones y a los Consejos económicos, a fin de que sea posible obtener los más grandes resultados.

Las Federaciones Nacionales de Industria son a la C. G. T. lo que las Federaciones Regionales de Industria a las Regionales económicas.

Deben de estar dotadas, para esta tarea, de las oficinas técnicas necesarias, que son:

OFICINA DE MATERIAS PRIMAS.
OFICINA DE LA PRODUCCION.
OFICINA DE INVENTOS
OFICINA DE ESTADISTICA.
OFICINA DE LA MANO DE OBRA.
OFICINA DE INTERCAMBIO DE MERCANCIAS.

Informadas por las Federaciones regionales de Industria y sus oficinas correspondientes, estas diversas oficinas preparan, en todos los terrenos, la tarea de su Federación en el seno del Comité Económico Nacional del Trabajo y la de la Federación Internacional de Industria.

Me ha parecido necesario, por razón de la importancia del trabajo a realizar, indicar la creación de una oficina especial de la mano de obra y de otra oficina particular para el intercambio de mercancías.

Como las Federaciones regionales de Industria, las Federaciones nacionales deben ser órganos puramente técnicos.

Las Federaciones internacionales de Industria, auxiliares de la Internacional sindical, llamadas a formar el Comité Económico Internacional, deben también, para cumplir su cometido, estar provistas de las mismas oficinas que las Federaciones nacionales de industria.

Su misión, acerca de la Internacional, será absolutamente parecida a la que incumbe a las Federaciones regionales con respecto a su Unión regional y a las de las

Federaciones nacionales de industria para con su Central nacional.



Este sistema permite, no solamente organizar la producción industrial, de arriba abajo, en el *período revolucionario*, sino que también dirigir la lucha, en el *régimen capitalista*, contra la patronal, con las mayores probabilidades de éxito.

Debe, pues, con este doble fin, ser puesto en práctica en cuanto sea posible.

Perfectamente federalista, conforme a nuestros principios, permite a cada cual y a todos participar con eficacia en la marcha del conjunto de la organización.

Además, es perfectamente realizable desde el momento actual.

Queda entendido, además, que no tiene nada de inmutable y podrá recibir todas las modificaciones que la práctica y la experiencia impongan.

Sin embargo, tal como está, representa, para mi concepto, un *mínimum* necesario y capaz de franquear sin demasiadas dificultades el período de preparación revolucionaria, porque tiene en cuenta la organización capitalista actual, colocando

frente a cada formación patronal una formación sindical.

Permite igualmente hacer frente a las necesidades de un orden social nuevo, en la misma salida del régimen actual.

Reservo para otro artículo la organización de la producción agrícola, porque difiere sensiblemente de la organización industrial, al menos en el carácter y funcionamiento de ciertos engranajes básicos.

Presentaré, igualmente, en dicho artículo, un esquema de organización.

A continuación trataré —apoyándome con planos— de la organización sindical propiamente dicha, en la escala internacional, y examinaré, para terminar, siempre con planos, la organización política y social de un régimen comunista libertario de tonos federalistas.

Y me esforzaré por demostrar, para concluir, que *el único medio de evitar la dictadura de los hombres y de los partidos consiste en la organización económica, política y social*, única capaz de libertar a los trabajadores y asegurar el triunfo de la verdadera revolución social.

Pierre Besnard



P. BESNARD

Subversión de la economía alemana

Nuestro culto colaborador y querido camarada Pierre Ganivet inicia con este ensayo un extenso y documentado estudio sobre la Alemania de hoy, que seguiremos publicando en sucesivos números.

Recomendamos al lector los siga con interés, ya que, leídos todos, habrá adquirido un conocimiento pleno de la situación del pueblo alemán, en cuyo seno se está debatiendo uno de los problemas más importantes que plantean los tiempos modernos.

Pierre Ganivet conoce Alemania desde hace tiempo; mas estos estudios acaban de salir de su pluma después de una reciente y prolongada estancia en Berlín y de haber recorrido toda la nación, estudiando sobre el terreno los problemas que le afectan.

El trabajo completo se compondrá de los siguientes capítulos:

I.—SUBVERSION DE LA ECONOMIA ALEMANA.

- 1) Crisis agraria.
- 2) Crisis bancaria.
- 3) Crisis industrial.

II.—EL CAPITALISMO DE ESTADO, REGIMEN ACTUAL DE ALEMANIA.

- 1) Su origen y sus características.
- 2) Su progreso.
- 3) Sus adversarios (los anarcosindicalistas de la F. A. U. D.).

III.—¿QUIÉN SE APODERARÁ DEL ESTADO?

¿La industria pesada, los junkers, las clases proletarias organizadas en el centro y la socialdemocracia o el proletariado industrial dirigido por el partido comunista?

IV.—LO DESCONOCIDO.

- 1) Los obreros parados. No se podrá reabsorber por completo el paro forzoso en el estado de la técnica y de las exigencias del capitalismo de Estado.
- 2) Los campesinos que reclaman una transformación del régimen jurídico de las tierras.

Una vez terminado de publicar este formidable estudio, tan de actualidad, el lector habrá coleccionado un verdadero libro, tratando de una de las cuestiones latentes y que interesa conocer a fondo para juzgar los próximos acontecimientos internacionales.

SE asegura que cuando el martes, 31 de mayo de 1931, el entonces canciller, doctor Brüning, le presentó sus proyectos para sacar el mejor partido de los recursos de Alemania y moderar en cierta forma las consecuencias de la crisis, el presidente del Reich, el mariscal Hindenburg, exclamó: «¡Pero esto es el bolchevismo!» Así sería, con estas palabras, como despediría a su primer ministro.

Indudablemente, con aquello, el mariscal quería decir que los planes presentados por Brüning y trazados por el ministro del Trabajo, Stegerwald, hombre del Centro, donde defendía el ala sindicalista, eran llamados a minar los conceptos jurídicos y económicos a los cuales las clases diri-

gentes de ayer permanecen ligadas, a liquidar los vestigios del antiguo régimen. Este viejo hidalgo, cuya perspicacia se ha juzgado mal a veces, comprendía muy bien que so pretexto de proporcionar trabajo a los parados, de valorizar, después de haber expropiado y dividido, los grandes dominios de la Pomerania y la Prusia Oriental, se asestaba el último golpe a la propiedad privada y a los privilegios de la aristocracia terrateniente. Con razón, se daba cuenta de que se deseaba cubrir con su nombre una subversión de la economía alemana, tanto más profunda cuanto quedaba silenciosa y menos visible, y que, concretando la secular idea prusiana de la omnipotencia del Estado,

ha agarrado sólidamente en Alemania aquel capitalismo del Estado, del que la Rusia soviética nos ofrece por su parte una expresión casi perfecta.

Entrevista y ruptura verdaderamente simbólicas, la del mariscal presidente y el canciller; del hombre de las tradiciones imperialistas y militares, del feudalismo terrateniente y los barones de la gran industria, con el representante de las clases proletarias, de los Sindicatos obreros y de funcionarios ansiosos de empuñar las riendas del Poder, no ya en provecho exclusivo de una casta sino en beneficio de la entera colectividad.

Poco importa que actualmente nos desconcierten las convulsiones políticas de Alemania; que se desarrollen fuerzas antagónicas sin que puedan preverse las probables vencedoras; que se adopten momentáneamente medidas reaccionarias, que junkers o capitanes de industria se apoderen del Gobierno, de puestos que ocupaban ayer sindicalistas cristianos o militantes obreros de la socialdemocracia. Sin duda se producen bruscos cambios políticos susceptibles de sorprender y asustar a la opinión, pero estas fluctuaciones resultan siempre función de la economía. Dependen rigurosamente y no pueden traspasar ciertos límites inmutables, netamente determinados, de la misma manera que en el mercado de los cambios las oscilaciones del curso de las divisas, a veces con extraordinaria amplitud, se efectúan entre límites intrasgresibles los puntos de entrada y salida del oro.

Von Papen, Hitler, Severing o Thaelmann; el conservador, el socialista nacional, el socialista demócrata, el socialista bolchevique. Etiquetas de color variado que cubren la misma medicina: el Estadismo.

Nada queda ya de la Alemania del «Segundo Imperio», de la Alemania del justo medio, de la propiedad privada, de la moral oficial y de las rentas fijas; del conformismo y del confort burgués. Nada queda de aquella Alemania; vencida ya en los campos de batalla del Oeste, hundida moralmente al día siguiente de la revolución de 1918, arruinada por la inflación, ha tenido que desaparecer para siempre por las exigencias implacables de la Economía contemporánea. Un cadáver no resucita.

PRIMERA PARTE

El hundimiento de los cuadros tradicionales de la Economía

Es difícil imaginar lo que era Alemania en los tiempos de su prosperidad, antes de la guerra y hasta posteriormente, antes de la crisis que ha derribado todo el andamiaje que la sustentaba, sin recurrir a la literatura de aquella época y, en particular, a obras de anatomía social, como las de Heinrich Mann o Karl Sternheim. Un espíritu de audacia, de energía, de aventura, animaba en todos los dominios a un pueblo desbordante de vitalidad, orgulloso de su juventud, de una admirable paciencia tenaz, pero demasiado estrecho en el cuadro de sus fronteras, replegado sobre sí mismo a causa de la hostilidad sorda de sus vecinos o de las consecuencias de su derrota. Lo empujaba una necesidad de construir, de innovar, de afirmarse; de ahí esos trabajos de urbanización que nos sorprenden, esos progresos técnicos, esas realizaciones científicas que nos maravillan; de ahí también esa brutalidad, esa pedantería tan pronto altanera como obsequiosa que nos extrañan, aunque puede que no manifiesten más que la torpeza primitiva de un pueblo franco y demasiado lleno de savia, que no aprendió aún a dominarse.

La afluencia continua de iniciativas, las conquistas espirituales y pecuniarias, eran favorecidas, apoyadas por una economía individualista desordenada; una economía que ha sido calificada de darwiniana, porque aseguraba la preeminencia a los más violentos y a los más desaprensivos de escrúpulos; porque eliminaba sin piedad a los débiles y desgraciados, individuos, clases, empresas, y confundía la pujanza con el derecho. Hay nombres que emergen de esta época y la marcan: ayer, en el Imperio, el rey del carbón, Emile Kirdof, y el del príncipe del armamento, Albert Ballin; después de la guerra, los del malogrado Hugo Stinnes y de Friedrich Flick, que reina sobre las *vereinigten Stahlwerke*.

Propiedad privada, librecambio, competencia frenética; utilización del crédito, conocimiento y afición al riesgo, respeto al dinero, considerado a la vez como símbolo de la fuerza y consagración del mé-

rito; noción del capital y la ganancia, individualismo dinámico, tales eran los rasgos salientes del sistema. El Estado apenas intervenía y, fuera bajo la dirección de los sucesores de Bismark o la de los socialistas demócratas, el Gobierno se negaba a modelar la vida económica.

Los resultados fueron la lucha por los precios, el estrangulamiento mutuo de los competidores; fueron aún la paralización de las empresas, la mecanización de las masas, el cierre de los mercados, la disolución, en fin, del capitalismo privado.

I.—La crisis agraria

Los rápidos progresos de la técnica industrial y la actividad financiera han hecho perder de vista, con demasiada frecuencia, en el curso de los últimos veinte años, la importancia primordial de la agricultura. Si no, hubieran apercibido más pronto las grietas del sistema económico y hubieran prestado mayor atención a los problemas agrícolas, cuya solución, aún pendiente en la mayor parte de los países de Europa, exige de una manera ineludible lo que se ha dado en llamar la continuación de los negocios.

Alemania no ha escapado a la regla general. Desde hace largo tiempo, su agricultura empeñada, situada en condiciones de producción difíciles, falta de salidas suficientes, estaba a merced del menor accidente. Una baja brutal de los cambios, la supresión inesperada de los créditos, una modificación de las tarifas aduaneras, podían conducirla a la catástrofe. Sin embargo, se tomaban tantas menos precauciones cuanto se consideraba comúnmente a este país como esencialmente industrial; se estimaba que su porvenir estaba en las cuencas mineras, fundiciones, empresas de productos químicos y altos hornos, no en sus campos de cereales y patatas, en sus rebaños y lecherías.

Pero tal concepción era errónea: Alemania, con sus diez millones de campesinos, es decir, el 30 % de su población activa —según el censo de 1925— resultaba semiagrícola y medioindustrial. No se podía ignorarlo impunemente.

La crisis agraria, debida a la superproducción, paralización de ventas y a las cargas hipotecarias, ha precedido a todas

las otras crisis: industrial, financiera y bancaria. Hasta, en una gran medida, las ha condicionado.

A menudo se ha dicho que hay dos Alemanias, de tradiciones, dialectos y costumbres diversas; su línea de demarcación sería el Main. Puede que esto sea exacto desde el punto de vista cultural y lingüista, aunque conviene aún distinguir la Alemania católica de la protestante, la Alemania de Weimar de la de Frankfurt, la Alemania de los magnates de la *Schwerindustrie* —gran industria—, de la de los Sindicatos obreros, etc... Sin embargo, si se examina la economía agraria del Reich, el Elba, y no el Main, se impone como elemento divisorio.

En efecto, a causa del desarrollo histórico y de las condiciones de clima y geológicas, las explotaciones agrícolas alcanzan un carácter bien diferente según se encuentren al Este o al Oeste de este río. Aquí se extienden latifundios de un solo propietario, que a veces necesita varias jornadas a caballo para atravesarlos de un punto a otro; allá, por el contrario, se encuentra un hormigueo, una pléyade de dominios y, dicho sea sin ironía, la sobra del campesino cubre sus campos.

En este lado del Elba, la tierra es más fecunda, el clima más benigno, los pueblos más densos y más próximos. La vecindad de los yacimientos de hierro y hulla, de los centros metalúrgicos, permite al campesino adquirir sus instrumentos a precios más económicos y encontrar una clientela estable y numerosa. Las pequeñas granjas se multiplican a placer, pues todas tienen la seguridad de encontrar fácil salida a sus productos a precios remuneradores, sin venir obligadas a invertir un capital de explotación demasiado importante. Se dedican al cultivo de legumbres y a la jardinería, a la cría de reses establadadas y aves de corral, lo que no exige vastas superficies ni abundante mano de obra. El campesino trabaja con su familia; en verano, a veces, emplea algunos jornaleros cuyo mantenimiento y cargo no gravan mucho su presupuesto. Vive aparte del mercado. Ciertamente que no es un agente de los progresos agronómicos y que su fuerza económica es reducida, pero un factor de equilibrio y, en período crítico, es él sólo el que finalmente per-

mite a su país «sostenerse». El campesino de calzón de pieles y chaleco de cuero, de sombrero de fieltro adornado con una pluma de faisán, cuya rechoncha figura ha sido tan popularizada y cuyo aspecto hace sonreír a los elegantes del Kurfürstendamm, de Berlín, es el motor esencial de la resistencia, de la vitalidad alemana.

Sin embargo, cuántas dificultades tiene que vencer, originadas en principio por el sistema jurídico de las tierras, contra el que la República no ha iniciado el menor ataque. En Baviera, donde se cuentan 440.848 explotaciones, censo de 1925, solamente 28.465 tienen una superficie superior a 20 hectáreas; en el Wurtemberg, los dominios de una extensión media de 2 a 5 hectáreas están de ordinario divididos en quince o veinte parcelas. En fin, se estima que el 76 % de las propiedades, que ocupan 4,5 millones de personas, tienen menos de 5 hectáreas; se encuentran todas al Oeste. Esta pequeña extensión de las propiedades, su extremada división, su dispersión, no permiten a los agricultores obtener el rendimiento que podrían esperar. La fecundidad del suelo, la facilidad de las salidas para los productos han favorecido ciertamente el impulso de la pequeña propiedad, pero ese desarrollo, llevado a la exageración, se vuelve contra los factores que lo originaron. Cuanto más tiempo y esfuerzos consagra el campesino a su tierra menos gana, porque no tiene medios para utilizar los fertilizantes y los potentes instrumentos agrícolas que acrecientan el rendimiento de la hectárea y reducen la jornada de trabajo. A la larga, la competencia lo alcanza, lo acorrala y lo pulveriza. ¿Se sabe que para cosechar un hectolitro de trigo, en la tierra de un solo arrendatario, se necesitan siete horas de trabajo con una hoz y solamente diez minutos con una segadora-trilladora, la famosa combinada? Y, ¿cómo no sentir un día el peso agobiador del mercado mundial, cuando se produce y se vende en un país que es el segundo importador de productos agrícolas, como Alemania? Fatalmente, llega un momento en que, habiendo mejorado su técnica de producción gracias a las exigencias del consumo, los agricultores extranjeros en competencia con los nacionales, hasta en las transacciones secundarias, despachan sus mercancías no ya, como otras veces, basán-

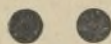
dose en el precio de costo, sino siguiendo las cotizaciones mundiales.

En el Este, la forma de explotación que domina es la propiedad feudal, el dominio de una extensión sin equivalente en Europa, salvo, puede que, en Hungría. Como hacía observar, en 1920, M. von Gerlach: «Tenemos siempre a la vista en Prusia este escándalo: que, a consecuencia de sus posesiones territoriales, 10.000 hombres son los amos de su distrito y para todos los otros habitantes no existe ningún derecho comunal. El absolutismo ha desaparecido del Estado, pero continúa viviente en la propiedad señorial.» Esta gran propiedad es de origen relativamente reciente; no se remonta a más allá de un siglo, pues entonces en todas partes, ante las conquistas de la democracia, el feudalismo desaparecía poco a poco en el transcurso del siglo XIX, se constituía, en cambio, en Prusia y sobre todo en la Prusia Oriental, sobre bases de una rara solidez. Allí, de 1811 a 1860, 4 millones de *arpents* de tierra (*arpents*, antigua medida agraria que tenía de 30 a 51 áreas, según el país) pasaron de la pequeña a la gran propiedad, y aun en la actualidad, los dominios de más de 200 hectáreas representan el 30 % de la superficie total: el duque Albert Thurn Taxis, por ejemplo, posee 297.000 hectáreas, y el duque Henri von Pless, 102.000 hectáreas.

La condición de los jornaleros que trabajan en estos dominios es muy inferior y, para no estar a merced de los soberanos, los campesinos libres emigran al interior, hacia el Oeste. Según una Memoria leída en la Comisión de población agrícola, de 1919 a 1925, 158.000 campesinos han abandonado así la Prusia Oriental, y cada año el número de emigrantes de esta provincia del Reich alcanza de 30 a 35.000; ellos son reemplazados por rutenios o polacos, buenos trabajadores, resistentes y que no se cuidan nada.

La gran agricultura se parece, en efecto, en muchos aspectos a la gran industria. El material humano no tiene importancia, cuesta poco y no hay que amortizarlo. Lo importante es el saldo anual de la cuenta de pérdidas y ganancias: ¿Deudora o acreedora? No existe, pues, cuestión de economía familiar, como en las pequeñas explotaciones, sino de economía pecuniaria. Los agricultores del Este, trabajando

lejos de los centros de consumo, un suelo pobre bajo un cielo rudo, han sido llevados, por estas condiciones desfavorables, a convertirse en la vanguardia de la técnica agraria de Alemania. Tenían que resolver un problema, cuyos términos eran exactamente inversos al problema presentado a los campesinos del Oeste del Elba. Tenían que luchar contra la Naturaleza, buscar salida para sus productos, reclutar la mano de obra, concentrar y movilizar capitales. Nada les desalentó. Utilizaron los fertilizantes, mejoraron los rendimientos por hectárea, aclimataron los cultivos, transformando especialmente en campos de trigo las tierras pobres y arenosas, donde no crecía más que el centeno, y conquistaron un puesto en el mercado.



Terminada la guerra y durante el período de inflación monetaria, el lema de la agricultura alemana fué: Producir, producir siempre más. Durante diez años, de 1914 a 1923, el nivel de la producción había bajado de tal manera que se creía que todos los esfuerzos combinados, llevados hasta el paroxismo, apenas permitirían a los agricultores responder a las necesidades del consumo y recuperar su sitio de antaño en la economía nacional.

Privados durante mucho tiempo de fertilizantes y de utillaje nuevo con motivo de su encarecimiento, los campesinos habían tenido que reducir las siembras de trigo, que renunciar al cultivo intenso, y las consecuencias habían sido radicales; por ejemplo: la producción de azúcar había bajado de 2.500.000 toneladas en 1913 a 730.000 en 1920.

Había que remontar la pendiente. Desde junio de 1921 a febrero de 1923 se trabajó con una fiebre y un frenesí estupendos. Cada año se aumentaban las cifras del precedente; se conseguía ello tanto mejor cuanto que, desembarazados de las cargas hipotecarias por la inflación, pagando escasos impuestos, habían renovado o adquirido ventajosamente las máquinas. Como el comercio se adaptaba con excesiva lentitud a la depreciación del mercado, el precio real de los fertilizantes y el utillaje bajaban, a veces, al tercio de su valor antes de la guerra; además, la

mano de obra estaba abundante y relativamente barata.

Este fué el período de prosperidad. La comparación de las cifras de 1914 y las de entonces es lo único que preocupaba a todos. Producir. Se producía, pues, sin tener en cuenta la calidad, ni, sobre todo, los precios de costo.

De pronto, en otoño de 1923, hubo una paralización: estabilizada la moneda, la agricultura alemana se dió cuenta de que, creyendo ocupar un lugar preponderante, se encontraba en condiciones de inferioridad, en el mercado mundial, por la mediocridad o el precio de algunos de sus productos y, lo que era más grave, la mayor parte del tiempo había estado trabajando con pérdida.

Esta comprobación se aplicaba sobre todo a los dominios del Este. El cierre de muchas salidas exteriores, la restricción del mercado nacional donde, en particular en lo que se refiere a los productos de lechería, tenían que sostener una ruda competencia con las pequeñas granjas del Oeste, mejor situadas en este aspecto y, en fin, la baja de los cambios, les asestaron los primeros golpes. Proporcionaban menos renta y hasta, frecuentemente, dejaron de producir.

Los propietarios terratenientes de Pomerania y Prusia Oriental se habían especializado en la producción del trigo y la patata, producción muy remuneradora antes de la guerra, en parte gracias a la política comercial de entonces; pero, desde 1924, los precios bajaron bruscamente. Para compensar los efectos de esta baja se intensificó la cría de rumiantes, pero a causa de su situación excéntrica y del alto precio de los transportes ferroviarios, las explotaciones, lejos de aumentar sus ingresos, los vieron seguir disminuyendo. Para colmo de desgracia, el *dumping* soviético impidió toda exportación del centeno y redujo su precio a la mitad del que tenía el trigo. Se pensó en cebar los cerdos con centeno y constituir así una nueva fuente de actividad, pero sus cálculos fueron vanos y hasta se revolviéron contra sus autores; la superproducción porcina del Estado arruinó a determinadas granjas del Oeste y del Noroeste, cuyos ingresos dependían de las cotizaciones del cerdo. La hostilidad económica de las dos comarcas ribereñas del Elba se acrecentó, reclama-

mando del Gobierno medidas draconianas una contra otra.

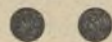
Superproducción y mala venta, tales fueron los primeros síntomas de la crisis agraria. Fué necesario, pues, partir de nuevas bases, tratar de aumentar no ya la cantidad sino la calidad de los productos y revisar los precios de costo. Para llevar a buen término este esfuerzo, eran indispensables ciertos créditos. Afortunadamente, la agricultura los obtuvo fácilmente, primero del Estado y luego de prestatarios extranjeros.

En 1924, para poner al servicio de los exportadores la existencia de oro y divisas del Reichsbank, había sido fundado el Banco de Descuento del Oro, dotado del privilegio de emisión. En principio, este Banco debía procurar créditos en moneda extranjera para la industria; sin embargo, como la agricultura tenía una necesidad urgente de capitales, el Banco de Descuento del Oro se encargó también de abrirle créditos hipotecarios. Los fondos fueron proporcionados por el Reichsbank contra remesas de contratos en garantía, luego por emisión de efectos a corto plazo. Seguidamente se confiaron al Banco de Descuento del Oro las disponibilidades de la Administración de Finanzas y de los Caminos de Hierro, una parte no utilizada del Empréstito del Imperio, o sea 180 millones de marcos, si bien se convirtió en el mayor distribuidor de los créditos privados de Berlín. Los agricultores, tanto del Este como los del Oeste, se beneficiaron ampliamente con esta abundancia de capitales. Los préstamos no les asustaban, pues recordaban la facilidad con la que, gracias a la inflación, habían devuelto anteriormente los 13 millones de millones de marcos —que significaban un gravamen de 550 millones de intereses— que pesaban sobre sus explotaciones antes de la guerra.

Confiados por la recuperación rápida y fácil en apariencia de Alemania, el extranjero no se mostró menos liberal que los Poderes públicos y la Banca. Sus préstamos se intensificaron y alcanzaron pronto un volumen enorme. La cifra de las deudas pasó, de 9 millones de millones en 1926, a 11,4 en 1929, de los cuales el 65 % eran créditos a largo plazo y el 35 % a corto plazo.

Las explotaciones del Este fueron las

que más recurrieron al préstamo. En efecto, Alemania, hasta 1925, no tenía tarifas aduaneras agrícolas porque entonces defendía su industria con derechos elevados. También los grandes propietarios del Este que carecían de protección contra la competencia extranjera, tenían que vender sus productos a vil precio, a veces por bajo de su precio de costo, entonces que compraban a altos precios, aumentados aún por la aduana, la maquinaria y adminículos industriales. Además, la crisis a la que se veían arrastrados no atacaba solamente a una categoría económica de una región, ni especialmente a las explotaciones de la Prusia Oriental, castigaba la compleja economía del Este entero, gravitando sobre todas las ramas de la actividad: comercio, industria y banca, pues procedía en parte de una causa política: el aislamiento de una provincia privada de sus salidas, de su *hinterland* —interior patrio— y de su principal puerto, a consecuencia del trazado de fronteras impuesto por el Tratado de Versalles.



En 1929, el endeudamiento cesó. La carga de intereses anuales era aplastante: 928 millones de marcos, y las explotaciones no disponían ya de las garantías necesarias para responder a nuevos créditos. Más aún: a causa de la desvaloración de los terrenos y del material, las deudas pasaban, a veces, del 50 al 100 %, como en Pomerania, del valor de los dominios. En julio de 1928, en el *Bayrischer Kurler*, el ingeniero agrícola doctor Klendl lanzaba un grito de alarma: «La agricultura produce hoy el 3 ó el 4 %, y, dados los intereses considerables exigidos por los empréstitos, del 8 al 10 %, el que quiera emprender una explotación agrícola está condenado a la quiebra.» Hoy, la catástrofe está consumada.

Los créditos vencidos no han podido ser reembolsados más que a costa de sacrificios inauditos, de maniobras insensatas que los agricultores, presionados por la necesidad y la desesperación, rehusaron casi siempre a medir el alcance. Para desinteresar al extranjero que, en ocasión del crac de Nueva York, reclamaba la repatriación de sus fondos, pidieron préstamos a la Banca; para saldar con los Bancos se



RENAU

Montañón de Madrid



«Nuestra Señora Peterhof», caricatura sangrienta de Pobiedonostsev, el fanático oscurantista educador de Alejandro III, en cuya mano izquierda sostiene al Zar, que muy atento se deja imbuir por sus fatídicos consejos.

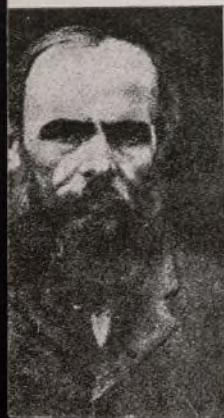
DE LA LITERATURA RUSA PRERREVOLUCIONARIA



Bakunin († 1876), de anti-familia noble. Fundador del anarquismo, contra el marxismo, cuyas diferencias tuvieron origen en la incompatibilidad psicológica e intelectual entre Carlos Marx y él. Concurrió a la I Internacional, y triunfó en sus largas peregrinaciones, encarcelamientos en Francia y Alemania, siendo condenado tres veces a muerte.

El doctor Dostoievsky (1818-1881), el anticristo de la literatura mundial, que perteneció a la agrupación literaria «Petrashchevsky», ennoblecido con obsesión de Rusia, y cuya obra literaria, aparte de su labor editorial, es el archivo más frondoso, abundante y rico de la vida atormentada de los humanos. Era un epiléptico que se podía ver al lado de Mahoma, Cromwell, Napoleón.

Pedro Kropotkin, notable geógrafo ruso, que profesó las doctrinas del anarquismo.



ANTES de las horas sangrientas de 1905, sonaron ya en 1861, con la supresión de la servidumbre corporal, las campanas de la liberación, con la siembra que los artistas hicieron de sus doctrinas filosóficas, donde bullían las protestas que contaminaron a las masas que, sintiéndose empujadas por la emulación que despertó la ejemplaridad, comulgaron con estos ideales, llenando con su fuerte espíritu de sacrificio la historia política «del pueblo de tontos».

El orto del futuro político asomaba tras el horizonte trazado por la represión zarista, y la acerba crítica de lo contemporáneo, dibujaba sobre el borroso espejo del siglo el fulminante escorzo del futuro radiante.

El siglo XVIII había europeizado las clases superiores de Rusia. Oriente u Occidente. La pútrida Europa o la exaltación de la eslavofilia. Tolstoy, sentíase enamorado de Europa. Dostoievsky, predecía la iniciación de la Era de Rusia.

Púshkin, Gógol, Tolstoy, arremetían contra la nobleza y sus desafueros.

«Su vida — decía Tolstoy — está gobernada por el demonio.» ¿Gobierno somero? No, de mal gobernador.

Si el Estado es la violencia (Bakunin) y el idealismo cristiano (Tolstoy), el Estado no puede ser cristiano, pues ningún hombre cristiano puede servir al Estado.

Este «monía tanto» bien distribuido originó siempre

la sociedad de apoyo mutuo Iglesia-Estado.

La savia del pueblo ha llegado hasta las ramas más altas... y los árboles señeros desgranar la polifonía del acento divino de su canto de hombres... que olvidaron los liberalismos de antaño.



L. Tolstoy. El «solitario de Yasnáia Poliana», que censuró la cultura que beneficia solamente a los acaudalados, no a las masas. Perteneció a los grandes épicos, siéndolo de la Rusia precapitalista. Su fuerza destructiva no se detenía ante las autoridades del Estado y de la Iglesia. Fué de los apóstoles profetas, predicadores y portadores de salud. Quiso comunicar a los campesinos, entre los cuales vivía, la influencia del cristianismo evangélico.



Leónidas Andreiev. Cuajan en él todas las virtudes y defectos de la época, cuyo mayor interés reside en las ideas y no en los hombres, pues su mundo está fuera de toda regla y hábito. Su pesimismo-pintura con dolor—hizo exclamar a Tolstoy, comentando al autor de Risa Roja: «Quiere aterrorizarme, pero yo no tengo miedo.»



Máximo Gorki. Nadie, cuando niño, se habrá preguntado tantas veces a sí mismo y a los demás el por qué de todas las cosas, ante la soledad y el abandono de su alma de niño. Hoy, mejor que nadie, comprende y ayuda al pueblo ruso contra la inmoralidad ruin y mezquina.



Ayuntamiento de Madrid

**Del Congreso mundial
contra la guerra
imperialista**

¡ABAJO LA GUERRA!

**PALABRAS DE
HENRY BARBUSSE**

«Busquemos los medios positivos de acción efectiva, para terminar con la vieja catástrofe mundial de la guerra, determinando los medios más eficaces de lucha contra los peligros de las guerras imperialistas. Discutamos con claridad y a cielo abierto, sobre el levantamiento unánime contra la guerra, colocando el drama de las masacres colectivas, donde deben estar colocadas en el caos social contemporáneo. Difícil es, camaradas, el realizar esta concentración, y agotadora la empresa. No basta solamente gritar: «¡Abajo la guerra!». Cuando se ha dicho esto, no se ha dicho nada. No se ha dicho nada, porque nada se ha hecho. Hay que abordar de cara y directamente la cuestión de la guerra; hay que apartarse de la trampa monstruosa del pacifismo oficial; hay que apartarse de todos los espejismos y desviaciones de las fuerzas sanas, en las soluciones teóricas fabricadas por la ignorancia, desterrando los sofismas que paralizan la comprensión. La adopción de nuestro Manifiesto, marca el fin del período utópico del pacifismo...»



abandonaron a la usura. La rentabilidad de las empresas desapareció. En cada venta de un saco de trigo, de un cerdo cebado o de un buey, el campesino se empobrecía más, a causa del desastre de los cambios. Imposibilitado hasta para pagar los intereses de sus deudas, ¿cómo hubiera podido satisfacer aún las exigencias del fisco? Sus acreedores y los agentes de contribuciones lo lanzaban a la quiebra, haciéndole vender sus bienes en pública subasta. Semejante medida era aplicable en algunos casos, pero resultó imposible con respecto a toda la agricultura alemana.

Cierto, se multiplicó el número de alguaciles; ahora que Alemania cuenta solamente con 100.000 soldados, mantiene 120.000 alguaciles. Pero su impotencia es bien patente ante la coalición pagadora.

Los pequeños propietarios del Oeste, en efecto, se defienden. Se organizan; boicotean las subastas, impiden a embargantes y alguaciles cumplir su cometido; se niegan colectivamente a pagar el impuesto; luchan contra el capitalismo usurero. Al principio, instigados por Klaus Heim, un originario de Holstein, condenado a siete años de cárcel en 1928, cometieron atentados individuales contra los recaudadores; hoy su acción colectiva se manifiesta por una resistencia pasiva a las reclamaciones de Bancos, usureros y Estado. En esta inmensa batalla silenciosa, llevan la ventaja: las autoridades del Reich, renuncian a perseguir a los contraventores o hacer embargar sus bienes.

La situación es análoga en el Este, aunque difieren las maneras de operar. Aquí no es con el biello, como en Baviera, sino con una sonrisa irónica y desdeñosa la recepción del gran propietario al alguacil que lleva la citación. Sin embargo, los resultados son los mismos: no se paga. El junker sabe que nada puede emprenderse contra él; las ventas en pública subasta apenas cubrirían el importe de las primeras hipotecas y nadie podría suplir su gestión en sus inmensos dominios, falto de experiencia y de dinero fresco.

El mercado de valores terrícolas se disloca y se ha llegado, en *Pomerania* y en la *Prusia Oriental*, a la paradoja de haber acreedores que, no solamente renuncian a vender los bienes de sus deudores insolventes, sino que aún suplican a aquéllos que sigan al frente de la empresa, pro-

porcionándoles nuevos subsidios, asignándoles emolumentos regulares, para que al menos se mantenga el valor de las garantías.

Ruína y revuelta de campesinos, decadencia de la agricultura y ruptura de los antiguos cuadros: tal aparece el balance de la crisis agraria alemana. Los señores del campo, en apariencia propietarios de inmensos dominios, rodeados del temor y del respeto de todos, vivientes personificaciones de la riqueza y la autoridad, no disponen de cien marcos para sus gastos particulares y, privados de todo derecho efectivo, no son más que agentes de sociedades anónimas bancarias. Los pequeños campesinos, en abierta rebelión contra el Estado y la ley, se agitan en la miseria sin poder vender su ganado y los productos de su industria ahora que, cerca de ellos, los ciudadanos obreros carecen de lo estrictamente necesario. En todas partes la incoherencia y la desorganización, en los espíritus y en las cosas. Nadie sabe ya nada más que el antiguo régimen de propiedad terrícola, el «Sistema», está irremediablemente condenado.

Pierre Ganiwet

París.



El salario en la sociedad capitalista

(Conclusión)

Si queremos averiguar las causas económicas y sociales de la inferioridad de los salarios de los obreros no especializados, ante todo hemos de desembarazarnos de la idea de que, de una manera general, el trabajo de estos obreros satisface necesidades menos urgentes y menos intensas que, por ejemplo, el trabajo de los obreros de oficio de la misma industria; dicho en otros términos: que el trabajo de los primeros, por su misma naturaleza, poseerá un menor *valor de uso, individual o social*.

Estudiando las condiciones de trabajo en las industrias y los países más diversos, se comprueba: 1.º, que los braceros y ayudantes tienen generalmente las jornadas de trabajo más largas; 2.º, que los trabajos ejecutados por ellos pertenecen lo más a menudo a las categorías de trabajo más rudo, más monótono y al mismo tiempo más intenso, trabajo en todo caso indispensable para la existencia de la especie humana. Si una producción bien organizada y armónica sirviera de base a la vida moderna, el trabajo de los braceros y de los hombres llamados «no especializados» (*unskilled labourers*) sería el más necesario.

Para descubrir las causas por las cuales el precio del trabajo del obrero «no especializado» se encuentra en lo más bajo de la escala de los salarios de los obreros adultos, hay que mirar menos los productos del trabajo o las necesidades humanas que satisface que las personas de los trabajadores, y más particularmente, el número de ellos que se presentan en el mercado y el tipo de vida habitual que reclaman.

Estos trabajadores son *obligados* a cambiar su trabajo por las primeras necesidades de la vida y se ven forzados, so pena de perecer poco a poco. Por este motivo se precipitan hacia el mercado y mantienen la oferta de brazos a un nivel más elevado que el que alcanzan las otras categorías de obreros.

Como subcategoría especial, se distingue el trabajo de los jornaleros y obreros agrícolas, cuyos salarios son aún algo inferiores, de ordinario, a los de los braceros de los diversos oficios urbanos, siendo tomada en consideración la posible diferencia en el valor del dinero. Este hecho general puede ser comprobado en las regiones más diferentes y se explica por la norma de vida más baja de los obreros del campo, norma de vida que éstos pueden elevar con mayores dificultades que los obreros de las ciudades, a causa de su aislamiento, de su falta de organización, de la inferioridad de su desarrollo intelectual, etc.

Aquí se impone la misma observación que antes hicimos, sobre las variaciones que se presentan según las regiones o el medio social, los bruscos cambios en el orden social, etc. La guerra mundial, en muchas regiones del Globo, ha nivelado sensiblemente el tipo de vida de las ciudades y el campo.

Como contratendencia, se puede observar en todas las categorías de titulado trabajo «no especializado», los esfuerzos de los obreros en reglamentar la productividad de su trabajo según el costo del mantenimiento, restringido, ya que se trata de ellos, y adaptarlo a los salarios bajos que obtienen. Desde hace varios años, estos esfuerzos han tomado, con la influencia del movimiento obrero —y hasta en todas las categorías del trabajo, especializado o no— la forma de una táctica de lucha especial, que es conocida con el nombre de *sabotage*.

Por lo tanto, todo trabajador, obrero asalariado o jefe de empresa, arregla hasta un cierto grado su trabajo según su remuneración —desde el jardinero que ha aceptado el cuidado de un jardín y que, según el precio que se le paga, atenderá más o menos la poda de los árboles, la selección de las flores, etcétera, hasta el maestro decorador cuya obra llevará otro carácter, según el precio convenido sea más o menos elevado—.

Pero la contratendencia de que se trata

se manifiesta particularmente en los obreros «no especializados», por ejemplo en los obreros agrícolas, en los que se ve—hasta haciendo abstracción de toda táctica de lucha premeditada—el estado de la civilización rural reaccionar contra la expansión de la intensidad productiva, que caracteriza a las industrias urbanas. Así que las necesidades modestas de las poblaciones rurales impiden a menudo transferir a la campaña las industrias modernas. Situándose en un punto de vista capitalista, se puede afirmar que numerosas regiones rurales no están maduras para el desarrollo y la explotación de la gran industria de nuestros días.

Sin embargo, hasta en las diversas categorías de obreros llamados «no especializados», se ve al valor de uso del trabajo influir como factor secundario en combinación con el valor de producción del trabajo. Pudiendo ser proporcionada a voluntad a los contratistas desde el primer momento por el mantenimiento mínimo propio de cada lugar, la mano de obra «no especializada», en realidad, no es empleada indefinidamente. «El ejército industrial de reserva», que no participa en la producción social, a causa de su superabundancia, se recluta fácilmente entre los obreros asalariados en general, no son escogidos por los contratistas más que cuando responden a las necesidades de cada esfera de producción, es decir, a la «demanda efectiva» del mercado.

Después, para el trabajo no especializado, como para todas las categorías del trabajo asalariado, el valor de uso hace sentir también su acción en el salario, en el sentido de que la relación entre la oferta y la demanda de la mano de obra, desde que es favorable a los obreros (es decir, en el caso de escasez de la mano de obra) puede elevar la tasa del salario hasta el nivel y sobre el nivel que no es ordinariamente conseguido más que por los obreros especializados. Así, en muchos países, la crisis de las habitaciones ha hecho subir sensiblemente, después de la guerra, los salarios de los obreros de la construcción —lo mismo los de los medio paletas y simples peones que los de los obreros más calificados—.

Se ve también que la relación de la oferta y la demanda, en el mercado del trabajo, toma una significación muy particular

bajo la influencia de la organización obrera moderna. Allí donde la oferta colectiva de mano de obra y el contrato colectivo vienen a sustituir a la oferta individual y al contrato personal de patrono a obrero, éste ocupa una posición más fuerte que antes y, a menudo, se ha podido comprobar que una categoría de trabajo dicho «no especializado», que estaba a la disposición de los emprendedores capitalistas y a su merced, una determinada tasa de salario, establecido por tanteo, cesó inmediatamente de estar a la venta en las mismas condiciones, desde la formación de una organización obrera (1).

El segundo ejemplo nos lo proporciona la «Memoria final» de la *Industrial Commission* de los Estados Unidos: «La influencia de la organización no se ha manifestado en ninguna parte con más fuerza que en el caso de los mineros del carbón bituminoso. En el Illinois, sus salarios bajaron sensiblemente en los años precedentes a 1884. Bajaron aún alrededor de un 17 %, desde 1890 a 1896, pero en 1897, cuando se constituyó, en una vasta escala, la primera organización fuerte de los mineros, sus salarios subieron del 30 al 40 %. Compárese esta alza importante con la, muy moderada, de 4'6 %, de 1898 a 1901, alcanzada por las tasas de salarios de los jornaleros de las 192 ocupaciones mencionadas con anterioridad, según las estadísticas del Ministerio del Trabajo.»

Los ejemplos de esta categoría son los que han llevado a la mencionada Memoria a la siguiente conclusión: «Que el factor más importante en favor del progreso de los salarios es su capacidad para efectuar y mantener una organización.» (2).

Todo lo contrario de la organización obrera, la legislación tiene la tendencia

(1) A título de ejemplo, citaremos dos casos, uno concerniente a la agricultura y el otro a la industria, del principio de la organización obrera: «En muchas aldeas la simple fundación de una filial de la *National Agricultural Labourers Union* ha entrañado una súbita alza de los salarios.» En estos términos, Sidney y Beatrice Webb, se expresan sobre el efecto de la organización de los trabajadores agrícolas en su período inicial, en 1872 (*The History of Trade Unionism*, edic. 1911, cap. VI, pág. 317).

(2) *That the most important factor in promoting the progress of wageearners is their ability to effect and maintain an organization.* (Final Report of the *Industrial Commission*, vol. XIX de la serie. Washington, 1902, sección *Labour*, pág. 734.)

—allí donde interviene directamente en el contrato de trabajo— a consolidar una norma de vida determinada en la población obrera y a imponer a toda una categoría de obreros, como condiciones «normales», las condiciones de trabajo conseguidas ya por el tipo medio de obrero. Esto se advierte claramente en un país como Nueva Zelanda donde, en las sentencias arbitrales (awards) dictadas por el Tribunal de Arbitraje, no hay, en efecto, punto alguno que pueda ser comprendido en un contrato privado entre patronos y obreros que no sea atacado. Desde un punto de vista teórico, la tendencia de que se trata significa situar en primer término una determinada idea de *valor de producción* del trabajo, considerada como norma, en detrimento de la acción ejercida por el *valor de uso* del trabajo, variable según el caso.

En todas las categorías de trabajo, sin excepción, la acción del valor de uso se combina con la acción del valor de producción, en el sentido que aquélla puede crear las diferencias de salarios o sueldos entre los obreros o empleados de una misma empresa, según la naturaleza diferente del trabajo o bien según las diferencias en la fuerza física, la habilidad profesional, el celo, etc.; en una palabra, en la productividad de los asalariados.

En lo más bajo de la escala de jornales, los salarios de los obreros jóvenes y los viejos son, naturalmente, inferiores a los de los obreros que están en la plenitud de sus fuerzas. Pero no se podrá tomar aquí, en las categorías de la mano de obra «no especializada», los salarios de los jóvenes y de los obreros viejos como punto de partida, porque la determinación de estos salarios no es a considerar como independiente, sino como derivada de la del salario de los obreros de mediana edad.

Los salarios de los obreros viejos constituyen una fracción de los jornales abonados a los obreros que están en plena vida, fracción cuya importancia se establece bajo la influencia de factores muy diversos, que no son exclusivamente, ni siempre, de naturaleza económica y entre los cuales el valor de uso del trabajo tiene, a menudo, una importancia especial.

Los salarios de los obreros jóvenes y aprendices de las diversas industrias tienen demasiado carácter de «sueldos comple-

mentarios» con relación a los salarios de los obreros adultos para poder ser considerados desde un punto de vista teórico, como una categoría de salario esencial para el estudio del establecimiento del valor de cambio del trabajo y su expresión en dinero: *el salario*.

Los salarios individuales, pagados en las industrias a domicilio, son también en gran parte los «sueldos complementarios» destinados a completar otros salarios y a llevarlos al nivel del costo de mantenimiento habitual de una familia obrera. Como es el *salario familiar* el que hay que considerar, en este caso, como norma para el mantenimiento de la familia obrera, los salarios individuales de esta categoría no representan ya el carácter de una reglamentación independiente de los precios del mercado del trabajo.

Los sueldos de las mujeres, en la plenitud de la edad, son en general reconocidos como inferiores a los de los hombres adultos, siendo iguales todas las circunstancias de producción y de trabajo. Esto se refiere tanto al trabajo de fábrica o de taller como al trabajo a domicilio, y es muy visible en las categorías de trabajo no especializado. La explicación debe buscarse sobre todo en la falta de organización de las obreras y en el hecho de que los salarios de las mujeres son muy frecuentemente simples sueldos complementarios de los salarios de los hombres.

A pesar de todos los esfuerzos realizados en nuestros días por los Sindicatos de obreros y obreras, no es más que muy raramente cuando se aplica, en el régimen capitalista, el principio de «salario igual a trabajo igual, para hombre y mujer» (1).

Después de la guerra, la situación ha mejorado un poco para las mujeres. En general, sin embargo, se pueden considerar los salarios de las mujeres como dominados fuertemente por el costo de producción de la fuerza de trabajo, siendo esta

(1) Mathilde Vaerting, profesora de la Universidad de Jena, cita el caso de las mujeres alemanas que trabajaban durante la guerra mundial en las minas, en la extracción de carbón. Pagadas a destajo, recibían *por la misma cantidad de carbón producida*, menos salario que los mineros y, por lo tanto, el trabajo femenino era más solicitado durante la guerra. (Mathilde Vaerting, *Der Match der Massen* —La pujanza de las masas—, Berlín, 1928, cap. V, página 23.)

última rebajada por la mano de obra femenina, a causa de circunstancias particulares.

Muy a menudo, en las categorías de la mano de obra no especializada, la diferencia de razas da también al trabajo de la raza menos privilegiada el carácter de un trabajo inferior, abstracción hecha de la productividad que aquél pueda presentar. A veces ocurre (no siempre ni, sobre todo, cuando la competencia comienza a dejarse sentir) que el mismo trabajo se paga diferentemente, según sea ejecutado por los indígenas o por los blancos (1).

Igual que el trabajo de las mujeres, el trabajo de los asalariados de color —hombres y mujeres— proporciona la mejor crítica de la teoría de esos economistas que han buscado en «la utilidad» del trabajo la base profunda de su remuneración, en la sociedad capitalista.

En el otro extremo de la escala de salarios, entre las diversas categorías de asalariados más o menos privilegiados, ya hemos presentado a un grupo poco numeroso de asalariados, cuyo valor de uso especial del trabajo producido predomina en el establecimiento del precio del trabajo: *salario, sueldo u honorarios*.

Se trata de los asalariados empleados en obras científicas o de arte y dotados particularmente: artistas, escritores, abogados, etc., célebres, o de personas que ocupan puestos de confianza en las empresas de los grandes capitalistas: directores de grandes fábricas y minas, de sociedades de Seguros o de Banca, redactores-jefes de grandes diarios, etc. En una palabra, se trata de categorías de trabajadores de los más especializados y de los más aptos para conseguir un triunfo material y pecuniario considerable y de individuos que no pueden ser reemplazados por otros, de capa-

cidades técnicas equivalentes, en su esfera; o, si pueden serlo, para los cuales el costo de formación de su fuerza de trabajo no podría entrar en consideración más que en una parte relativamente débil con relación al efecto material obtenido.

Los salarios de esta categoría pueden, a veces, conseguir para su trabajo *precios de ocasión* y *precios de monopolio*, cuya importancia depende de muchas influencias especiales: no solamente de sus conocimientos o sus capacidades técnicas, sino que también, a menudo, de las preferencias o caprichos de un público especial o hasta de una propaganda hábil. Mientras que tal ingeniero, tal cantante, tal médico, tal abogado, tal arquitecto, etc., puede adquirir la riqueza en algunos años apenas, tal otro no encontrará, en cambio, en el mismo medio social, más que para vivir modestamente y sin pasar de las exigencias mínimas de su categoría.

Para toda esta categoría de asalariados es aplicable, en general, el siguiente principio: el *valor de uso* del trabajo —personal o social— expresa al propio tiempo el valor de cambio del trabajo y su precio de mercado (salario, sueldos u honorarios).

Ciertamente que no se podría apartar completamente aquí la influencia del costo de producción más elevado del trabajo muy especializado, trabajo de artista o de sabio. Lo mismo que un cantante hace pagar por el público la formación y el perfeccionamiento de su voz; igual que el médico especialista, que ha continuado sus estudios hasta la edad madura antes de comenzar una práctica definitiva, tiene naturalmente en cuenta, en las notas que presenta a sus clientes o en sus exigencias con las sociedades que desean sus servicios, el costo de formación de su fuerza de trabajo especial.

Después viene aquella categoría de asalariados mucho más vasta, del seno de la cual sale la primera y formada por asalariados que, no siendo excepciones en su esfera particular, ocupa, sin embargo, empleos o ejercen profesiones que exigen bien sea una formación científica y técnica especial o unas capacidades naturales cuya posesión pone ya al asalariado al abrigo de la competencia de las grandes masas.

Entre los empleos de que se trata aquí, pondremos ante todo todos aquellos para

(1) Véase a este objeto, en lo que se refiere al Sur de África, dos artículos publicados en la revista de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra: *Revue Int. du Travail*, número de marzo de 1926, artículo: *La nueva ley sobre los salarios en África del Sur*, págs. 370-371, e idem, número de abril de 1928, artículo: *Los problemas del trabajo en el África del Sur*, de H. B. Butler, páginas 499 y siguientes.

Toda la legislación del trabajo en el África del Sur está basada en el principio de los «dos niveles de la vida».

los que es indispensable cierta educación que solamente pueden alcanzar, en las actuales condiciones sociales, los individuos cuya existencia material está más o menos asegurada: ingenieros, químicos, médicos, notarios, abogados, arquitectos, etcétera; después, las colocaciones de los que, en un oficio o una profesión fácilmente asequible, ocupan una plaza superior, gracias a sus dotes naturales: dibujantes, pintores decoradores, «encargadas» en las grandes casas de confecciones, estucadores, herreros de arte, cinceladores de metales, etc.

Para toda esta categoría, el costo de producción de la mano de obra constituye una parte activa del valor de cambio y del precio del mercado del trabajo y, muy a menudo, el costo de producción es elevado aquí a causa de la larga educación técnica especial, de la formación y el perfeccionamiento lentos de la fuerza de trabajo, la cual no alcanza su pleno desarrollo más que después de muchos años. Pero el valor de uso del trabajo queda siendo aún frecuentemente el elemento predominante.

Entre las más grandes categorías de asalariados, que ejecutan el trabajo titulado no especializado y las más restringidas, que hemos especificado a continuación, hay aún otras diversas categorías que presentan toda suerte de gradaciones en cuanto se refiere a la acción del *valor de producción* y del *valor de uso* del trabajo en la constitución de su *valor de cambio* y su *precio de mercado*.

Hay que mencionar aquí especialmente una de estas categorías particulares. Es aquella que contiene lo que se denomina: los obreros de oficio en las diversas ramas de la producción y de los cuales, los más hábiles (especialistas, obreros escogidos) forman aún un grupo aparte, muy próximo a las categorías de asalariados privilegiados, mencionados con anterioridad.

Se comprueba aquí que la acción del costo de mantenimiento mínimo, tradicionalmente establecido en cada medio social, y que representa un papel preponderante para todos los obreros llamados «no especializados», está más o menos recubierta por la acción del valor de uso del trabajo. Este actúa diferenciando los salarios de los obreros de una misma rama o de una misma fábrica.

Sin embargo, la relación directa entre el

salario y este mínimo de mantenimiento no está completamente rota y se manifiesta como base fundamental del salario obrero en esta categoría desde que el obrero de oficio experimentado pierde, a causa de coyunturas desfavorables del mercado, sus ventajas sobre el jornalero o el ayudante junto al que trabaja.

Los períodos de la guerra mundial y de postguerra han venido a confirmar este hecho de una manera a menudo sorprendente. El peón experimentado en la industria de la construcción ganaba entonces más que los obreros de oficio y los especialistas de otras industrias.

La diferencia de salario entre el obrero de oficio y el obrero llamado «sin oficio» tiene en general el carácter de un suplemento que se añade al salario del segundo para formar el del primero. Este suplemento asciende, según los documentos estadísticos que hemos podido utilizar, hasta alrededor de una mitad del salario de los obreros no especializados, de la misma industria (1).

Pero, precisamente, este suplemento de salario es el que parece sufrir particularmente la acción del valor de uso del trabajo. Pues si, para los obreros de oficio, se quiere admitir una norma de vida especial como elemento esencial en la constitución de su salario, no se verá ya que se presente, en todos los medios, la misma estabilidad que aquel costo de mantenimiento mínimo que predomina para la fijación del salario de los obreros «no especializados».

Aún una observación final: hemos hablado aquí constantemente de categorías de trabajo y de salario, pero hay que hacer observar que en ninguna parte existen netamente separadas; todas se funden insensiblemente una en la otra.

Christian Cornelissen

París.

(1) Ver *Théorie du Salaire et du Travail salarié*, cap. X.

¿Puede producir la tierra para alimentar a toda la población humana?

EN nuestro anterior artículo dejamos pendiente este tema que cada día cobra nueva actualidad. Las naciones reducen su exportación, aproxímanse al límite de producción necesaria para alimentar a su población siempre en aumento. ¿Puede la tierra cargar con la responsabilidad de alimentar por sus solos medios esta población humana?

La superficie de la tierra contiene una reserva de material nutritivo (nitrógeno, fósforo, potasa, etc.). Por la acción del tiempo y por la fijación del nitrógeno atmosférico en las tormentas, este material tendería a aumentar (suponiendo, aunque no haya una reserva en el mar en la actualidad) en una proporción aproximadamente igual cada año, siempre que se emplearan los mejores métodos de cultivo. Hasta que se agotaran las reservas de fosfatos u otras sales necesarias, la proporción de materias primas en un país perfectamente cultivado aumentaría lentamente en una proporción aritmética. Hay, pues, una ley biológica, análoga y aun dependiente de aquella famosa segunda ley de termodinámica expuesta por Lord Kelvin, una ley que, como la de Malthus, no ha sido justificada nunca teóricamente, pero que nunca ha conducido a conclusiones falsas. La exposición de la ley es la siguiente: Es imposible para cualquier proceso logrado por la síntesis de los compuestos orgánicos, actuando sobre la superficie de la tierra, el avanzar en proporción más elevada de la ya indicada progresión aritmética.

Esta desigualdad de avances la justifica Drysdale con un ejemplo gráfico. Figurémonos un tren que marcha a 40 millas por hora: se trata del tren de la población. Delante de él va un tren cuya máquina va a muy poca presión y que se mueve de estación a estación (cosecha a cosecha) cada año, a unas 5 ó 10 millas de avance por hora. El resultado inevitable es un choque, sin que ello equivalga a tener en

cuenta cuán lejos o cerca estará la meta del tren de reposada marcha que equivalga al límite máximo de producción de la tierra. Cualquiera que éste sea, la producción actual del presente bastaría con distribución justa para alimentar a nuestra población presente. Pero el año próximo es cierto que la producción de la tierra aumentará, pero sólo en un pequeño porcentaje, y siguiendo el principio: *Natura et genus homo non facit saltum*, no habrá bastante para alimentar a todos los que para entonces hayan nacido.

Hay que considerar en todo país dos factores: una población estática, que tiene lugar cuando la población llega al número límite que las subsistencias pueden mantener, punto al cual no ha llegado ningún país, y únicamente China y la India se aproximan; y la sobrepoblación kinetista que tiene lugar cuando el exceso anual de nacimientos sobre muertos normales (muertes por edad) es mayor que el incremento anual de los medios de subsistencia, y en este sentido todos los países del mundo son víctimas de una sobrepoblación kinética con la excepción de Nueva Zelanda y Australia.

Los resultados de estos hechos son el enunciado de una nueva ley económica: *A menos que sea posible hacer que la producción de la tierra aumente cada año en un 4 %, lo que equivale a doblarse cada diecisiete años y medio o a aumentar cincuenta veces en un solo siglo. Una de estas dos cosas tendrán lugar: o la producción de vida se restringirá prudentemente o un gran número de muertes prematuras tendrá lugar cada año.*

Para los que afirman que la población no aumenta en la terrible proporción a que frecuentemente aludimos, aparte de los ejemplos diseminados en este como en anteriores ensayos, queramos mostrar que las estadísticas vitales de varios países muestran que esa proporción de aumento, que estimamos indispensable para la pro-

ducción de la tierra, el 4 % anual, equivalente a un aumento geométrico cada diecisiete años y medio o a un aumento en cincuenta veces cada siglo, es la que se produce inevitablemente en la población humana, superando en muchos casos las sugerencias de Malthus.

¿Está en condiciones la tierra de proporcionar al hombre los alimentos precisos?

Las investigaciones en la actual proporción de la producción en relación con el problema de la población en el mundo civilizado, las ha llevado con extraordinario interés el estadista francés monsieur G. Hardy. Estudiando únicamente aquellos países donde la crisis no se ha manifestado con los caracteres hondísimos y lacerantes de China, que es incapaz de alimentarse a sí misma, ofreció los siguientes resultados, en los años que van desde 1887 a 1907:

Los cuadros son los siguientes:

	1887	1907
Población.....	745.800.000	929.000.000
Número de adultos....	564.890.000	697.000.000

	Toneladas	Toneladas
Total de cereales.....	303.900.000	358.900.000
Resto de semillas.....	25.000.000	30.000.000
Resto para industrias..	6.500.000	8.500.000
Para animales.....	155.000.000	193.500.000
Para el consumo humano.....	117.400.000	126.900.000

Haciendo idéntico cuadro proporcional con la corte, llega a la siguiente conclusión:

GRAMOS DIARIOS POR HOMBRE

Ración Tipo	Ración recibida		Déficit	
	1887	1907	1887	1907
Albuminoides..	125	90	84	35
Grasas.....	80	61	61	19
Carbohidratos..	520	458	456	62
Calorías.....	3.400	2.840	2.790	560

La Ración Standard o tipo es la adoptada por Armand Gautier y otros como la requerida para la plena salud fisiológica de un hombre que hace un trabajo moderado. Mr. Roantree toma 125 gramos de

proteína y 3.500 calorías, como término medio. De estas figuras se desprende que si la totalidad de la producción del mundo fuera distribuida con plena justicia habría siempre un déficit de un 30 % de proteínas y casi un 20 % de sustancias productoras de energía. Y se ve que siguiendo el ascenso de precios iniciado antes de 1887 y en aumento hasta 1907, este déficit de sustancias nutritivas en la alimentación va a su vez en aumento.

Para los que pretendan negar la validez o la buena fe de las afirmaciones de M. Hardy hemos de advertir que los economistas que posteriormente han controlado sus estadísticas han dicho que hay razones para creer que la verdadera ración está aún por debajo de sus cifras. Recordamos a este respecto que sus datos para 1887 fueron criticados nada menos que por la autoridad de Mr. Eliseo Reclús, que se vió obligado a confesar que se había equivocado en sus injustas apreciaciones. Desde entonces, las cifras de Mr. Hardy quedaron sin posibilidad de ser rebatidas, y cuando bien recientemente las investigaciones de Mr. Rowntre mostraron que en Inglaterra, uno de los países más ricos del mundo, un 30 % de la población recibía raciones con un déficit en proteínas que se elevaba hasta un 40 %, se desvanecieron todas las dudas sobre la corrección y exactitud de su trabajo.

Pero no se crea que estas estadísticas a base de la producción actual o posible de la tierra, a pesar de su pesimismo son aún definitivas. Si la tierra produce como lo hace en la actualidad es debido a la acción estimulante del abono producido por unas u otras causas, fisiológicas o químicas, y cuya acción sobre la tierra con frecuencia esquilma es la de una inyección que reanima y da aparente vitalidad al enfermo. No se trata, pues, de la verdad plenamente comprobada ya, de que la producción de trigo, por ejemplo, será bien pronto insuficiente para atender a los deseos y necesidades de la Humanidad, sino de algo más grave, de que este material fertilizador o estimulante, de una limitación ya prevista, está mostrando signos de una desaparición rápida y absoluta. Cier to es que Mr. Crookes, al afirmarlo, procuraba animar a sus lectores con la promesa de la producción eléctrica de nitratos, en sustitución de los obtenidos por medios

naturales; pero quince años después de sus afirmaciones, la producción total anual de nitratos sintéticos no ha bastado para alterar la proporción de la producción más que en un 1 %, en tanto los progresos de la población han sido ya registrados en su marcha realmente vertiginosa.

Se habló también, y por ello tenemos interés en recogerlo aquí, de la posibilidad de que el mar ofreciera aún una reserva de nitrógeno que auxiliara la fertilidad de la tierra, lo que se explicaba por el hecho de que cualquier exceso de estas reservas, disuelto por la lluvia había sido conducido por los ríos hacia el mar, hecho que pareció confirmar el que en la granja de Rothampstead se hallara que treinta y siete libras de nitrógeno por acre desaparecían anualmente en las corrientes del río que la circundaba. Ello ofrecería, por consiguiente, la posibilidad de tener en el mar una formidable reserva de material nutritivo, así como otros ingredientes salinos. Pero aunque nuestros ríos, especialmente los que vienen de largas distancias, llevan inmensas cantidades de productos nitrogenados hacia el mar, la vida marina debe absorberlas instantáneamente, ya que aun en el propio Canal de la Mancha, donde se realizaron detenidamente experiencias sin el resultado deseado, muy pequeña cantidad de nitrógeno puede obtenerse, y aun en caso de pretender utilizarlo, no haríamos más que quebrantar la obra de la Naturaleza, y para beneficiar en muy poco a nuestra agricultura, reduciríamos la producción de pescado tanto o más indispensable. Esto confirma la impresión, no por pesimista menos real, de que las posibilidades nutritivas del mundo están mucho más utilizadas y aun esquilmas de lo que a primera vista parece.

El espejismo de la emigración

Uno de los hechos que con más frecuencia engañan como verdaderos espejismos a los economistas que no profundizan en los fondos vitales de tan interesantes temas es el de la emigración. Se cree que ella mitiga grandemente el problema de las dificultades de la población, y se cita casi siempre el ejemplo de Irlanda. Sin embargo, ocurre todo lo contrario, y la

explicación de esta paradoja aparente la halla cualquier hombre dotado no ya de una preparación económica, sino simplemente de sentido común. Los seres humanos no son todos de igual capacidad productora. Cada niño nacido en este mundo es por lo pronto un consumidor, y como tal permanece sin ser un productor hasta un período determinado de su vida, más o menos largo, según los propios medios económicos de su familia. Apenas empieza su vida de productor, si su capacidad es realmente excepcional, podrá durante un cierto período producir lo bastante para poder alimentarse a sí y quizás una esposa y una familia. Y precisamente cuando comienza este período de efectividad productiva es cuando tiene lugar la emigración, con lo que el país abandonado queda soportando la pesada carga de los débiles, los incapaces, los ancianos, los enfermos y las mujeres que no pueden rendir lo bastante y que, por lo mismo, no pueden a su vez emigrar. La emigración no remediaría la sobrepoblación, más que cuando se trata de una emigración de no productores, como niños, ancianos, mendigos o lunáticos, pero ninguno de éstos son preferidos en las nuevas tierras a las que se dirigen.

La lección de Holanda

La justificación verídica y directa de nuestros puntos de vista la hallamos en Holanda y sus progresos. Distinguiéndose de aquellos otros países que, siguiendo las palabras de Lord Morley, han eludido el problema de la población, los hombres de Estado de Holanda lo han comprendido en toda su inminente gravedad, y han proporcionado a todas las clases los medios de obtener libremente los conocimientos indispensables sobre los medios mejores de restringir las familias. Herr. S. Van Houten, el que fué ministro del Interior en las Tierras Bajas (Staats Kundige Brieven), afirma:

«La esclavitud de los salarios no es más que una consecuencia de la falta de cuidado con que las primeras generaciones han reducido esclavos del salario; y esta esclavitud continuará tanto tiempo como los hijos adultos de estos esclavos no hagan otra cosa mejor que reproducirse y dar lugar a nuevos esclavos. La falta está en

nuestras propias clases pobres, y en los clérigos y pedantes ortodoxos, que, en nombre de la moralidad que predicán, sólo permiten el dilema entre un celibato perpetuo e imposible o una familia siempre en aumento entre las cadenas del matrimonio, y que evitan la aceptación de una moralidad más elevada, que encuentra ya fácil cobijo entre las clases elevadas, en pro de una restricción de la familia hasta el número que puede ser educado y alimentado sin esfuerzo por los propios padres.»

Y Heer N. G. Pierson, ministro danés de finanzas, se expresó en su *Economía Política* en párrafos de igual energía, que resumía con la siguiente afirmación: «Ninguna mejora en la situación económica de las clases trabajadoras podrá tener éxito, mientras no vaya acompañada de una disminución automática en el número de nacimientos.»

Bajo la égida de éstos y de Herr Gerritsen, un importante canciller de Amsterdam, se formó, desde 1881, una Dutch Neo-Malthusianische Bond, que ha desarrollado una propaganda activísima entre las clases trabajadoras, con la ayuda de buen número de hombres y mujeres de profesión médica. Tan grande fué su éxito que ya en 1895, cuando otros países se ruborizaban del estudio de estos temas, esta asociación, con sus 5.000 miembros, fué reconocida por real Decreto como una sociedad de utilidad pública. Las estadísticas vitales de este país son un ejemplo aleccionador. Mientras la proporción de natalidad bajó de 37 %, en 1876, a 28, en 1912, y a 17'6 y 15'4, en la actualidad, la natalidad ha descendido de modo más rápido y regular que se ha registrado en la Historia, desde un 25 por 1.000, en 1876, a un 12 por 1.000, en 1912, y un 7'5 por 1.000, en la actualidad. Con ello la proporción de nacimientos se mantiene en una cifra de las más elevadas de la Europa occidental, demostrando que las condiciones sociales para el mantenimiento de esta población aumentan y mejoran. Los resultados han sido no sólo económicos, sino eugénicos. Ya en 1912, el doctor Soren Hansen, en el Primer Congreso Eugénico que tuvo lugar en esa fecha, registró que la proporción de estatura de los holandeses había aumentado en unas cuatro pulgadas en los últimos cincuenta años. Y, en efecto, un examen de la talla de los

jóvenes, que entraron al servicio militar, comprobó que, desde 1865, la proporción de los que tenían menos de cinco pies y dos pulgadas y media de altura descendió de 25 % a menos de 8 %, en tanto la de los que tenían por encima de cinco pies y siete pulgadas aumentó de 24'5 % a por encima de 47'5 %.

La emigración de la población holandesa es casi infinitesimal.

Este ejemplo holandés debe servir para afirmar nuestra convicción. El nombre de proletario, que quiere decir simplemente, según su etimología latina, «las gentes pobres de Roma que no contribuían a la República más que con sus hijos para la guerra», debe ser reivindicado por una reacción consciente de los mismos proletarios.

A todos nuestros lectores recomendamos la meditación de estas palabras de John Stuart Mill, en sus *Principios de Economía Política*: «Preguntémonos, reflexionemos si todas las invenciones mecánicas han aligerado el diario esfuerzo de cualquier ser humano. Han permitido una población mayor el vivir la misma vida de esclavitud y mezquindad, y han permitido a su vez a un número más elevado de industriales el hacerse una fortuna. Han aumentado las comodidades de las clases medias. Pero no han comenzado aún a efectuar esos grandes cambios en el destino humano que habrán de cumplir en un futuro entregadas a su verdadero destino. Únicamente cuando, añadiéndose o acompañando a las justas instituciones que vengan, el aumento de la Humanidad esté sometido al juicio deliberado del hombre, será cuando la conquista de las fuerzas de la Naturaleza realizada por la inteligencia y energía de los descubrimientos científicos será propiedad común de todos los hombres y el medio inmediato de mejorar el nivel fisiológico, mental y espiritual de todos los seres humanos sin distinción alguna.»

Hildegart

Madrid.

Una tarde con Romain Rolland

(Conclusión)

RINALMENTE, me atrevo a plantear a Romain Rolland los grandes problemas. Había preparado trece preguntas; no las planteé todas a fin de obtener respuestas fáciles, pero les di a veces la tonalidad negativa, la óptica al revés de los adversarios. Quería obtener del gran pensador y combatiente la réplica áspera, la amplia controversia y sobrepasar con él los viejos límites consagrados, hacia los nuevos vuelos de la idea y hacia las nuevas arenas de la acción. Desde el principio, Rolland seleccionó las cuestiones:

—Me excusaréis el no poder retener más que dos o tres cuestiones principales. Apenas sería suficiente la vida para responder a ciertas cuestiones que no abrazan nada menos que la historia humana en su totalidad, o los problemas más generales del pensamiento...

Las tres primeras preguntas se referían a Europa, aislada o distinta del resto del mundo. Rolland reaccionó contra ellas:

—Os confieso francamente que no os sigo en ese terreno. No quiero considerar ningún grupo que se reduzca a Europa. No digo que esto no pueda ser un Estado próximo de la evolución política y que no señale una etapa más avanzada que la de la nación. Pero he ido más allá y no volveré atrás. Veo muy bien que el *Europeanismo*, en la hora presente, bajo los diversos ropajes con que se disfraza (*Pan Europa*, *Federación europea*, etc), es la máscara de un nuevo nacionalismo más peligroso, porque agrupa en conjunto mayores fuerzas e intereses más voraces, y que los arma contra el resto del mundo. Al plantearse, se opone. Y, por el solo hecho de proclamarse, provoca instantáneamente la formación de dos o tres monstruosos grupos rivales: *Pan Asia*, *Pan América*, a los que no dejará de seguir *Pan Africa*, etc. Bajo la invocación hipócrita de la comunidad europea y el llamamiento a las armas de diez pueblos contra mundos enemigos es como, con sus propias manos, se han creado...

Y la voz velada de Rolland resonó de súbito:

—Me niego a mezclar mi voz con esto. La elevo en contra. No admito ninguna Federación que no se extienda o que no permanezca abierta a toda la Humanidad.

Y después, con un matiz de indulgencia:

—Juzgo también como un síntoma irritante que un hombre de vuestra libre y vasta inteligencia se retarde en oponer (como lo hacéis en la pregunta 2) los caracteres espirituales o morales de un continente a otro continente, Europa, Asia, América...

—Permitidme una interrupción: hay en mis escritos bastantes testimonios de que no considero a Europa como un bloque aparte, opuesto a otros continentes. Mi pregunta es formulada intencionadamente en el sentido, muy corriente por desgracia, que es admitido por la mayoría de los intelectuales europeos. Para mí, como lo he escrito hace tres años en un ensayo: *La joven Europa*, todos esos «Pans» (*Pan América*, *Pan Asia*, *Pan Europa*), levantados unos delante de otros, son una prueba, por lo absurdo, de que la ley que gobierna al mundo de hoy es la de la unidad. El verdadero europeo es universalista, porque es un producto de todas las razas.

Rolland aprobó con un movimiento de cabeza y continuó:

—Toda la experiencia de mi vida me ha llevado a reconocer, muy al contrario, la identidad, en todos los países del mundo, de los mismos temperamentos de pensamiento. Es un prejuicio de vieja Europa, encerrada en su provincianismo, el asegurarse el monopolio del espíritu de razón práctica, positiva y activa. En libros recientes, he demostrado que el misticismo de la India y el de la Europa católica beben en las mismas fuentes y que sus manifestaciones son casi idénticas. El racionalismo es la marcha natural del espíritu chino, y en la propia India (que en sí misma es una Europa de veinte pueblos distintos), responde a las necesidades de ciertas grandes razas. Ya no existe un

muro entre dos hemisferios del espíritu; todas las formas de pensamiento se internacionalizan actualmente; entre Europa, Asia y América, se hace un intercambio ininterrumpido de métodos científicos, de disciplinas y de doctrinas metafísicas o religiosas, así como de sistemas económicos y sociales. Si me gustara oponer (como estaría justificado para ello) tal Instituto de indagaciones científicas como el del genial sir J. C. Bose, de Calcuta, a los santuarios de milagros de Lourdes y de La Salette, ¿quién podría definir también el espíritu europeo por el positivismo y el de Asia por el misticismo? Dejemos a esos falsos estandartes que, sin ponerlo en duda, fabrican los intelectuales para los futuros choques de ejércitos entre los continentes. El hombre es el mismo en todas partes. No es más que una cuestión de grados, siempre variables con las condiciones económicas y sociales. Parece bien que, por ejemplo (tanto como puede darse uno cuenta), el mundo turco y tártaro, que hace cuarenta años habríase creído entre los más inmovilizados, sea el más rápidamente transformado en la hora presente, por una parte, bajo la brida y la espuela de la inteligente dictadura que preside la resurrección de la Nueva Turquía, y de la otra, por la activa propaganda soviética en Asia central y por las profundas mutaciones económicas que operan allí sus ingenieros, sus agrónomos y sus artífices de una gigantesca organización industrial y comercial. Todo se halla en movimiento. El mundo entero está en fusión. No vayamos a rehacer moldes a supernaciones, donde la fundición se enfría y reforme bloques separados. Ya no debe haber Internacional, digna de ese nombre, sino universal...

El silencio reinó un momento entre nosotros. Las palabras plenas de verdad palpitaban como seres vivos en formación, pues lo que anticipa Romain Rolland en sus relaciones personales tiende a transformarse ¿después de cuantas generaciones? en victorias colectivas. Rolland relee las preguntas que siguen. Y su palabra es más bien interior, como en un soliloquio:

—Otra cuestión donde quiero, si me lo permitís, mi querido amigo, asestar un vigoroso golpe de barra contra las direcciones que sugerís, es el problema de la política. Volvéis sobre ella, en diversas

formas, en cuatro o cinco de vuestras preguntas, y la misma tendencia se deja entrever en casi todo vuestro cuestionario.

—Es cierto: soy apolítico y también antipolítico. Conocéis mi tesis sobre la política, pues la he esbozado en mi controversia con vos, en la *Internacional Pacifista*.

—Testimoniáis una especie de repulsión o de desdén por la política y tendéis a relegarla fuera del círculo de nuestros pensamientos. No comparto esta manera de ver que se halla hoy demasiado difundida entre los intelectuales. Y aprovecho la ocasión que me ofrecéis para hacer conocer acerca de este asunto el pensamiento de aquel cuyo llamamiento *Por encima de la lucha* se ha comprendido tan mal.

La política —insistí— es un cáncer sobre el cuerpo agotado de los pueblos. Y para los intelectuales, es como un opio, que desordena el espíritu y paraliza las voluntades creadoras... Pero me siento feliz de interpretar vuestro pensamiento con toda la fidelidad deseada. Sé que tocáis una llaga abierta todavía. Hay que cauterizarla si se quiere evitar que la gangrena se apodere de ella...

—En estos últimos tiempos —prosiguió Rolland— se ha metido mucho ruido con el libro de un sofista francés, que se ha acordado, diez años después de la guerra en la que había abdicado como los demás, de hacer el proceso de los «Letrados que han traicionado» a sus colegas. Hablo de Julián Benda. Se ha fabricado un ídolo del espíritu, cuya independencia carece de peligros, pues se niega a toda incursión en el terreno de lo real, donde correría el riesgo de verse cogida entre los fuegos de los combatientes. Aquel «Espíritu» reina en el mundo helado de las ideas abstractas, sin aplicación en la práctica. No molesta a los dueños actuales de la política y éstos lo alientan incluso de buen grado, pues los juegos de los estetas y de los sofistas de la inteligencia «no aplicada» desvían los ojos de los papanatas de la arena donde se deciden los destinos de los pueblos... Yo no me presto a estos juegos. Yo no solicito el monstruoso privilegio de una *Clericatura del espíritu*, egoístamente desligada de los deberes de la comunidad. Cuando hice oír mi llamamiento *Por encima de la lucha*, no negué ninguno de los

dolores de mis hermanos los hombres, sino sus errores, y he procurado librarles de ellos. Mi éxito en esto fué escaso, pues perseveran y yo también. Nunca dejaré de denunciar las injusticias de la acción y de trabajar por el mejoramiento del estado social... Vos tratáis a la política de actividad parasitaria. Semejante depreciación no puede más que refrendar la vergonzosa explotación de la política por esa especie de aventureros que se llaman los políticos. La verdadera política no es nada menos que la organización de los intereses humanos, la agrupación ordenada de las fuerzas comunes de un país, o de una constelación de países o del cielo entero de la Humanidad, para la conquista y la repartición del pan cotidiano. (Y yo entiendo por esta expresión sagrada: *Panem quotidianum*, todo lo que hace vivir: el alimento, el trabajo, las libertades...) ¿Os parece que el intelectual debe desinteresarse por ello?

Me apresuré a precisar:

—¡Muy al contrario! He insistido de tal modo en «El Humanitarismo y la Internacional de los Intelectuales» como asimismo en otros escritos acerca del papel activo del intelectual en la vida social, que algunos me han atribuido una especie de obsesión... No; el intelectual no podría desinteresarse de los imperativos cotidianos que son morales y materiales.

—Sería un mal resultado pretenderlo, pues ni como el más humilde de sus hermanos, no puede abstenerse de ello un solo día. No tiene derecho a desdeñar, en beneficio del espíritu, las realidades materiales que son el apoyo y la primera condición del espíritu. Si le place también, individualmente, comprar su independencia espiritual por un ascético renunciamento, no tiene derecho a exigir ese renunciamento de la gran masa de sus hermanos, que no pueden hallar en el espíritu los mismos recursos contra la aspereza de la existencia. Ante todo, hay que pensar en disminuir su miseria... Uno de los más grandes místicos de todos los tiempos, el San Francisco de Asís indio, Ramakrishna (mi santo de cabecera), ha tenido el valor de proclamar el amante de Dios:

—«La religión no es para los estómagos vacíos.»

El espíritu, tampoco... Y su vigoroso discípulo, el San Pablo de las Indias, Vi-

vekananda, aquel cuya enseña mística, el *In hoc signe vincas*, fué el grito patético: *Mi Dios, los miserables*, ha dicho:

—En tanto que haya en mi país un solo perro hambriento, alimentarle será toda mi religión.

También es la mía. Soy el servidor de los hambrientos, de los explotados y de los oprimidos. Antes de darles, si puedo, los tesoros del espíritu, les debo el pan, la justicia y la libertad. Mi propia participación en los privilegios de la inteligencia me proporciona los medios y me ordena el deber de ayudar eficazmente a la comunidad, iluminándola en su marcha política y social, denunciando a los que la engañan y enseñándola, si puedo, el buen camino y los peligros...

Y el gesto de Romain Rolland subraya una resolución sin réplica:

—No, no volveré la espalda a la política, pero, a imitación del maestro del espíritu y de la acción, Gandhi, me esforzaré en realizar la armonía del uno y de la otra... ¿Por qué pretender combatir en el presente y por los intereses de hoy, es traicionar el porvenir y los intereses permanentes de la Humanidad? No es traicionarlos sino cuando se traiciona también el presente. Mi experiencia de los últimos veinte años me ha enseñado que no hay más grave error político que el de oponer, como se hace corrientemente, un pretendido *realismo* de la acción a un irrisorio *idealismo* del pensamiento. En realidad, el verdadero interés de una nación se halla siempre de acuerdo con el verdadero sentido de la justicia y de los valores permanentes del espíritu. Tan sólo a título de idealista intelectual combate el chauvinismo guerrero y es a título de realista como veo en él al peor enemigo de su propio pueblo, el que estrecha su inteligencia, el que le sangra por los cuatro costados para la única preparación de la guerra y que, al prepararla, la provoca fatalmente, pues obliga a los demás pueblos a prepararla, y todo el inmenso esfuerzo de la civilización humana se halla inmovilizado en la idea fija de la matanza. Quien quiera luchar por el porvenir de la Humanidad, debe luchar en el plano político, pero sin sacrificar nada de su independencia del espíritu, que permite dominar el campo de batalla.

Volviendo como en un brusco ataque al

problema de la misión de los intelectuales, Romain Rolland —que ha permanecido fiel a esa Revolución ideal que no admite el antagonismo de las clases— pronunció estas palabras, que son un enfocamiento y una advertencia:

—Si fuera cierto que los *intelectuales* fuesen, como tienen propensión a decirlo, *el cerebro con relación al resto del cuerpo* (habría que definir primero a los *intelectuales* y no hacer de ellos una casta de manos demasiado blancas que se opusiera a los *manuales*: de lo contrario, yo llamaría una «Noche del 4 de agosto» que aboliese sus privilegios y les hiciera volver a entrar en la fila de los que obran con las manos y con el espíritu); si fuera cierto, llegaría el caso de recordarles el apólogo de Menenius Agrippa: ¿qué pueden hacer esos *cerebros* sin los miembros? ¡Que cedan en su soberbia y que consientan en trabajar con el resto del cuerpo!

Observé con deleite y reconocimiento esa enseñanza de modestia y de cordial sencillez, dada por uno de los más grandes intelectuales contemporáneos, que no quiere ser más que un gran obrero, lleno de fe en la igualdad de los destinos humanos.

—La *Internacional de los Intelectuales*, de la cual habláis, los *Servidores del espíritu*, no deben, pues, a mi juicio, abstenerse orgullosamente de los movimientos sociales y políticos. Forman un equipo en la Confederación del Trabajo humano, un «arma» especial (como el «genio») en el ejército de todos los trabajadores. Deben desempeñar su hermoso oficio, en conciencia, pero sin atribuirle una superioridad, que no tiene, sobre los oficios de los demás compañeros. Todos los grandes movimientos sociales que enumeráis: socialismo, anarquismo, comunismo, etc., tienen, como nosotros, por objetivo de acción, los mismos intereses generales de la Humanidad. No difieren nada por el objeto que es, como el nuestro, una Humanidad más justa, más libre y mejor ordenada. Tan sólo difieren en la táctica. Como se hallan empeñados en la acción, son llevados con la mayor frecuencia a sacrificar el objeto a los medios. Es una pendiente natural en los que obran: su impulso de acción les arrastra.

—La acción, a mi entender, significa concentración y encauzamiento de las

energías. Por convencidos que estemos de la realidad de los impulsos colectivos, no podemos ignorar que siempre han tenido un jefe, un conductor que no ve solamente el objetivo común, sino que sabe y puede también vencer los obstáculos del momento...

—El papel de los jefes —precisó Rolland— es, en el ardor del movimiento, no perder nunca de vista el objetivo. Pero cuando yo digo jefes no quiero hablar tan sólo de los intelectuales de profesión. Su cualidad de «intelectual» no les asegura la de «jefe»: lo han demostrado con exceso durante la última guerra, en que han perdido la orientación de manera más completa que cualquier otro. La cualidad de jefe es un don de la Naturaleza, bien administrado por la razón y por la voluntad. Este privilegio no conoce clases sociales. Es raro en todas. En todos los órdenes de la acción hay muy pocos jefes. *Hacen falta* jefes. Jaurés, Lenin y Gandhi, fueron o son jefes. Que si los «intelectuales» no se dan por satisfechos con ello, que les opongan, no un Olimpo inaccesible donde medren ideas castradas, sino otros hombres, otros maestros de la acción que les lleven, provistos de las armas del Espíritu, hacia las cimas de lo real. Y si lo hacen, ¿qué es esto más que una grande y sana «política»?

La última cuestión no demandaba respuesta; era demasiado afirmativa y demasiado concluyente. Rolland había dado a la palabra «política» su significado ideal (no platónico), el contenido moral y espiritual que ignoran, sin embargo, la mayor parte de los hombres políticos y no solamente las hordas inmundas de los politicastros.

III

Una hora, dos horas pasaron tal vez. Oyóse la voz de Magdalena Rolland desde abajo. Y Romain Rolland se levantó, con la misma sonrisa inefable:

—¿Queréis tomar el té con nosotros?

Bajamos al comedor. La cuarta persona que tomó asiento a la mesa era una dama vestida de luto, la viuda del escritor proletario austriaco Petzold, fallecido hace ocho años y del cual hace mención Rolland en *Los Precursores*. Después de la solemne profesión de fe del gabinete de trabajo, la

conversación se suaviza, hácese más serena, semejante a un cordial «intermezzo».

Otros nombres suscitan reflexiones o recuerdos. Volvemos a los indios: Ramakrishna, Vivekananda, Gandhi, que Rolland nos ha revelado a nosotros, los europeos, que creíamos que había sido dicha ya la última palabra.

—Todo mi esfuerzo —precisaba Rolland— consiste justamente en demostrar que el Occidente, al beber en el Oriente, no se pierde, sino *que vuelve a encontrarse*, perdido desde hace siglos...

Hablamos después de los libros misioneros de la India, que han llegado al Occidente con tesoros de sabiduría y de belleza. Y de Rabindranath Tagore, que recorre a Europa en este momento.

—Ese genial poeta —dice Magdalena Rolland— quiere, sin embargo, encantarlos en demasía. Hay que proceder con prudencia. La exposición de pintura de Tagore, en Berlín, si no maliciosas ironías ha provocado perplejidad. Creo que el rumor según el cual aparecería Tagore en escena en sus propios cuadros no se confirmará, con gran sentimiento de los aficionados al exotismo y de los snobs estetas...

Referí un episodio del viaje europeo de Tagore en 1926. Desde Sofía —donde los almacenes habían cerrado el día de su recepción y donde los alumnos de las escuelas habían sido alineados a lo largo de las calles atravesadas— había partido Tagore para Rumanía. La tarde que cruzó el Danubio, desde Roustchouk a Giurgiu, dos barcos llenos de búlgaros escoltaban la pequeña embarcación en que se hallaban el poeta y su familia. Al desembarcar, el muelle del puerto rumano estaba sumido en tinieblas. Los periódicos han referido que nadie, a excepción de los aduaneros, había ido a recibirle. Ante esa indiferencia de los medios oficiales, el comisario del puerto, puesto al corriente por algunos pasajeros búlgaros, tuvo una feliz inspiración. Invitó a los búlgaros que se hallaban en los dos barcos a bajar al puerto. Fué formada así una comitiva que condujo a Tagore al tren rumano: su partida para Bucarest tuvo lugar en medio de los vítores búlgaros... He ahí cómo un genio poético ha roto el formalismo aduanero y nacional. El espíritu ignora las fronteras. Y el comisario rumano ha sido, sin ponerlo en duda, un instrumento de la fraterniza-

ción espiritual... Aquella tarde vi a Tagore descender en la estación del Norte de Bucarest, de un vagón alumbrado apenas por una mala lámpara. Nosotros éramos una docena. Yo tenía la cara roja de vergüenza, y ya no digo por qué. Y Tagore parecía perplejo ante nuestro grupo minúsculo. Sólo le fué ofrecido un ramo de flores por la hija de un negociante en petróleo. Pero los medios oficiales rumanos, habiendo leído en los periódicos las informaciones de la recepción de Bulgaria, no quisieron quedar atrás. Súbitamente se desataron las recepciones, los banquetes, las reuniones y el altavoz de la prensa. Y, a la salida del Teatro Nacional, donde Tagore había declamado también algunos poemas en bengalés, el automóvil no pudo abrirse paso a través de la multitud que llenaba la plaza y las calles próximas. Sí, las apariencias estaban salvadas...

Por un azar de la conversación, vinimos a tocar después un problema literario, más vasto de lo que parece: el de la «vida interior».

—No la superficie, sino la profundidad —tal es la primera ley de la vida interior— dije yo. Piadosa penetración en sí mismo y no dispersión entre las apariencias exteriores. Soy más atraído por el lento esfuerzo de la creación espiritual que escudriña en el corazón como un minero. Empero, profundidad significa también altura, celo de perfeccionamiento de sí propio, aspiraciones renovadas incesantemente. Sepamos limitarnos. En nuestro yo espiritual, donde nuestras fuerzas personales se hallan tendidas y concentradas, encontramos las inmensidades de la vida y del mundo... Llegamos de la introspección a la idealización, y desde ésta, si está dirigida con firmeza, a la universalidad...

Rolland me alienta con una sonrisa.

—¿Creo que os gusta la música? —me pregunta este apasionado de la música que ha escrito sus obras como vastas sinfonías.

Me vi forzado a confesarle indirectamente, resumiendo mi novela: *Voix en sourdine* (Voces con sordina) que a mí me atrae otra música que la que exige también conocimientos técnicos, o, por lo menos, un oído musical.

—Opino —dije— que el silencio es el elemento favorable a la introspección. La forma más verídica de manifestación del espíritu y la más orgánica —si puedo expresarme de esta suerte— es el silencio. Evidentemente, otro silencio que el mutismo de las cosas y que el ciego crecimiento de los vegetales. El grito del hombre primitivo y de los animales es material, lo mismo que los ruidos de la Naturaleza. La misma palabra tiene sonoridades animalescas. Puede ser la expresión del pensamiento y de la razón, pero no siempre del alma y del corazón... La música comienza allí donde cesa el poder de expresión de la palabra. Aunque corresponda a realidades menos organizadas, es más sutil y más universal. La poesía es también musical; aspira a los reinos infinitos del alma. Pero la música exige también medios técnicos para ser realizada... Pongo al silencio por encima de la música. Por medio del silencio, penetramos en las regiones cósmicas del espíritu. Con el silencio, nos confundimos en la esencia de todas las realidades. Mediante él, llegamos a esa creación directa e inmediata que no es necesario palpar, pero que surge luminosa en la conciencia y vibra en lo más íntimo del corazón. Hállase allí nuestra oración y la de todos los que no pertenecemos a algún culto religioso, la oración de los combatientes que queremos recogernos después de haber corrido a través de las arenas sociales: el silencio. La música nos llena con las armonías del amor; el silencio nos conduce a los peldaños en espiral del perfeccionamiento de sí mismo; a la unidad universal.

Romain Rolland, cogiéndome un brazo, me sorprendió con esta comprobación que era también un reconocimiento:

—¡Cuán cerca os halláis de mis grandes amigos hindús!



Subimos nuevamente al gabinete de trabajo, de una extremada sencillez: no posee ni siquiera un «buró». Nos sentamos a la pequeña mesa, cerca de la ventana, a través de la cual se ven las montañas.

—Me habéis dado suficientemente y aun demasiado, durante estas pocas horas que

me permito calificar de santa comunión. Me atrevo a pedir algo más: un *Mensaje para la Juventud*.

Romain Rolland permaneció un momento silencioso, sumido en sus meditaciones. Y cuando levantó sobre mí sus ojos penetrantes y dulces, sin embargo, sentí su apelación a la energía y a la creación. Percibí sus palabras, abrazadas por su vida, como las chispas del hierro batido sobre el yunque:

—Mi mensaje para la juventud... No separéis nunca el pensamiento de la acción. Existen dos acciones: una, inmediata, y la otra, a largo plazo. Esta no debe descuidar a aquélla, ni aquélla obstruir todo el horizonte del pensamiento. Ninguna de las dos debe ser sacrificada por un verdadero y vivo «intelectual». El hombre que piensa debe proyectar siempre en su pensamiento sobre el surco de una y de otra acción. Un pensamiento que no obra sería un pensamiento que no piensa, la inmovilidad, la muerte. El estetismo infecundo en que se complacía una «élite» de nuestro tiempo, «el pensamiento por el pensamiento», se halla a dos dedos de la tumba. Huele a cadáver. Sólo vive quien obra...

Im Anfang war die Tat...

Por consiguiente, mi incesante exhortación a la juventud es un llamamiento a la energía. Ningún tiempo reclamó más. Esta época es feroz, cruel, y está llena de devastaciones, pero es potente y fecunda. Destruye y renueva. No es ésta la hora de gimotear y de poner ceño a la tarea. Esta es la hora de subirse las mangas de la camisa y disponerse a luchar con el día que llega. Es el combate de Jacob con el Angel. Y durará hasta que haya aparecido la aurora del día...

«...Y el Angel dijo: «Déjame, pues ya ha llegado la aurora del día.» Pero dijo Jacob: «No te dejaré hasta que no me hayas bendecido...»

«Entonces dijo el Angel: «Has luchado con Dios y con los hombres y has sido el más fuerte.»

Tenemos que luchar hoy con Dios y con los hombres: con los ideales antiguos, con los dioses moribundos y homicidas y con

los millones de espíritus sin ojos que les sirven ciegamente. Tenemos que fundar nuevos dioses y una nueva Humanidad. No podremos lograrlo sino a costa de la más intensa energía y de un total sacrificio. ¡Dios sea loado! No dejaremos de obrar... ¡Viva la acción! ¡Y viva la paz, hija de la acción!

Pues la paz que yo sirvo es aquella cuya divisa he tomado a mi maestro Spinoza:

*Pax enim non belli privatio,
Sed virtus est, quæ ex animi fortitudine oritur* (1).



... Y Romain Rolland se levanta. En el cuadro de la ventana su alta silueta se perfilaba sobre el paisaje alpestre y su cabeza sobresalía por encima de las crestas aún luminosas... Percibí entonces la verdad del Hombre: de aquel que ha hecho descender la divinidad del cielo sobre la tierra y, luchando consigo mismo, luchando completamente solo contra un mundo de mentiras, de calumnias, de odio y de sangre ha sabido realizar todo lo que había en él de humano y, excediéndose a sí propio, ha encendido en su propio corazón la llama divina. Sentíme invadido por un sentimiento que me impulsó a coger la mano derecha de aquel que me había dado el Mensaje para la Juventud y a besársela con una gratitud filial:

—Por la juventud que será salvada por vuestro llamamiento a la vida y al combate...

Con la misma sonrisa grave, Romain Rolland me cogió por los hombros y me introdujo en la pieza vecina, casi en la oscuridad. Su cámara de meditación y de reposo. Una pared con estantes: gruesos libros, sus libros de estudio y de incesante instrucción.

—He aquí mi refugio, he aquí mi rincón de vigilia, de oración y renovamiento. Y aquí están mis santos, mis padres espirituales, mis grandes hermanos de combate, de sacrificio, de creación...

Y la mano extendida de Rolland me mostró, en sus modestos marcos, algunos

grabados y algunos retratos: Beethoven, Miguel Angel, Goethe, Tolstoi, Ramakrishna, Gandhi... Su familia de héroes y de titanes.



Bajamos juntos al jardín. Rolland llevaba sobre los hombros una capa de pastor (con la cual nos lo presenta en sus grabados Frans Masereel) y que, con su chaqueta oscura abotonada hasta el cuello, le da ese aspecto de eremita, retirado cerca del cielo puro, severo y consolador, por encima de los valles en que sufren los hombres.

En la puerta, en el momento de la separación, tuve la visión de aquel triunfal retorno de un gran desterrado francés del siglo XVIII: Voltaire, que terminó su prodigiosa carrera cerca de las cortes europeas en la unánime apoteosis de un espectáculo teatral en París. Pero Voltaire había concertado finalmente el pacto de su misión con respecto a su patria, y la Revolución que había preparado con los enciclopedistas habíase sentado después a la mesa copiosa de una República que conservaba todavía la nostalgia del fasto monárquico.

No pude retener mi pregunta:

—¿Volveréis a París?

La respuesta de Romain Rolland fué silenciosa: su brazo y su cabeza esbozaron ese ¡No! categórico y trágico que no es, sin embargo, un desprendimiento del país natal (sólo los saltimbanquis de la feria en el lugar podrían aullar: ¡el renegado!, ¡el traidor!), sino una digna afirmación de «la Independencia del Espíritu» que salva el honor de la patria ocasional, sirviendo a la verdad y al amor y prosiguiendo la labor de sus grandes predecesores, creadores de la cultura francesa, integrada en la cultura de todas las razas.

Y, al volver a bajar el sendero del bosque, comprendí qué proclamación de solidaridad humana se halla comprendida en ese ¡No! silencioso, qué sacrificio voluntario, lúcido y liberador contiene ese fervoroso aislamiento en las alturas alpestres de aquel que ha restituido a Europa, así como a su país natal, los valores permanentes del progreso humano y de la armonía universal.

Eugen Relgis

(1) «Pues la paz no es la ausencia de guerra, Pero es la virtud que nace del vigor del alma.» (Tratado Político, V, 4).

Miguel Bakunin: Carta a su familia

(Conclusión)

PARA favorecer a los campesinos es preciso amarles un poco, querido Alejandro, y que las relaciones entre amo y servidor no sean las del martillo y el yunque, las del explotador y la materia productiva, sino más bien de hombre a hombre, de un alma inmortal a otra alma inmortal, sin perjuicio de las diferencias de posición, instrucción, etc. Los campesinos son como niños grandes, niños a causa de su ignorancia; necesitan una tutela clarividente, benévola y muchas veces severa, pero, por esto mismo, no son menos dignos de respeto y amor. Son siempre de la misma esencia inmortal, de los mismos dolores, alegrías, aspiraciones infinitas, todas ellas cualidades sublimes, escondidas bajo ruda corteza. El estudio del campesino, bajo el punto de vista de su mejoramiento material y moral, está lleno de dificultades ocasionadas por la desconfianza mutua existente entre ambas partes, puede transformarse en un estudio lleno de encanto y mil veces más útil, sin duda, que todas las ocupaciones inaplicables y abstractas...

No es que yo abogue por la tibieza; al contrario, estoy convencido de que la severidad, acompañada de la benevolencia y de una justicia inalterable, son absolutamente necesarias. El campesino ruso cree que no cumple no engañando cuando puede engañar, y desprecia a los que engaña, sintiéndose impulsado por sus sentimientos a despreciar de igual manera la debilidad inesta de unos y la opresión injusta de los otros. Yo, que no soy partidario de los castigos corporales, creo que, desgraciadamente, no son aún necesarios. Haz apalear, amigo, haz apalear, pero no lo hagas tú personalmente, pues es innoble. Castiga de manera que los campesinos queden convencidos de la justicia de la corrección infligida. Y una vez que ellos te tengan por justo, una vez que te encuen-

tren benévolo y justo por igual, terminarán respetándote y amándote, y entonces podrás obrar como quieras. Esto es fácil de aconsejar, pero más difícil de ponerlo en práctica; pero nunca la dificultad que pueda presentar la ejecución de una cosa es una prueba contra ella, pues cualquier problema exige múltiples dificultades. Antes de lograr, antes de descubrir el buen camino, tú tendrás, sin duda, mil deberes, tú cometerás mil equivocaciones que te disgustarán muchísimo, pero no es una cosa digna sentirse padre, amigo y bienhechor de algunos centenares de almas inmortales cuando se trabaja por el bien de los demás y de la familia propia.

Ves qué bella, qué laboriosa existencia se abre ante ti, querido Alejandro; no puedo decirte que te proporcionará una ocupación cumplida a todas las facultades de tu espíritu, de tu corazón y de tu voluntad. Adéntrate por este nuevo camino resueltamente, sin pecar y sin querer adivinar segundas intenciones. ¿Qué sentirías? ¿Tu libertad perdida? ¿Los estudios abstractos? ¿Tus fantasías sin utilidad y sin sentido? Pero, ¿qué puede esto preocuparte si todo ello es vano y hueco, y ahora lo has trocado por una existencia bella y útil, repleta de amor, goces, deberes y realidades? Créeme, Alejandro, vale mil veces más ser un hombre completo, es decir, vivir, amar y obrar, que ser un metafísico, un ser fantástico que se ocupa de sombras chinescas. Una sola mirada de los «bellos ojos de esmeralda» vale mucho más, te lo aseguro, y contiene más tesoros y ciencia verdad, que toda la biblioteca de Alejandría, incendiada, como tú sabes, por un filántropo musulmán. Tú no has nacido filósofo y yo tampoco, aunque me haya dado cuenta, desgraciadamente, un poco tarde; a menos de ser un gran genio, y mira por dónde, el cielo te ha preservado por tu felicidad y, sobre todo, por la de Lisa —la mujer de un hombre de genio ha de ser, necesariamente, desgraciada—;

se puede ser un filósofo nato, pero no se nace filósofo impunemente. Los grandes hombres sabios, los hombres de ciencia, son de otra manera, y su organización les permite no ser nada para ellos, y serlo todo para los demás. Ellos serán de los libros, de las abstracciones, de las deducciones lógicas, de los cálculos y contemplaciones vivas, sublimes, si tú quieres, pero no son nunca hombres, pues, a pesar de toda su grandeza, y puede ser por causa de ella, son seres incompletos, monstruosidades de la Naturaleza.

Su existencia individual es pobre y nula, a menudo ridícula. Newton, por ejemplo, no supo nunca lo que era una mujer; tú no eres ni de esta debilidad ni de esta fuerza; sé, pues, un hombre, completo, real y feliz. Te pido perdón, nuevamente, querido Alejandro, por estos razonamientos infinitos, pero como creo que entre nosotros dos hay bastante similitud, yo quisiera que mi triste experiencia —por poco que la experiencia de otro pueda servir para uno—, yo quisiera que la mía no se perdiera para ti, señalándote aún algunos escollos que yo no he podido evitar. Los espíritus abstractos, como los nuestros, son de tal manera absorbidos por sus propios pensamientos, que iguales a los jugadores de ajedrez, que no ven más que su juego y el movimiento de las piezas, no prestamos atención alguna a lo que pasa en el mundo real, ni en los pensamientos, ni a los sentimientos, ni a las impresiones de lo que nos rodea. Nos abrumamos un cúmulo de ideas falsas; el hombre no es nunca tan animal como cuando piensa en él solo; y lo que es aún peor, herimos, lastimamos a muchísimas personas, a cada instante, sin querer, que convertimos en enemigos. Y esta es mi historia. Te acuerdas que cuando yo estaba en Priamukhino era el espantajo de los extranjeros. Existe contra este mal un solo remedio: salirse con frecuencia del fuero interno, hacerse observador a la fuerza; esto no es imposible; cada cualidad necesaria como cada defecto, se encuentran reconcentrados en esencia en cada hombre; debido a esta diferencia, unos lo poseen todo con naturalidad, y los otros, a fuerza de muchos trabajos. Ensaya y tú verás que esta clase de salidas, que serán una especie de ejercicios gimnásticos muy saludables a tu espíritu, te procurarán

múltiples placeres pequeños. No hay hombre que no sea interesante cuando podemos adentrarnos en él. Como sabes, las ciencias naturales no desprecian nada, estudian con respeto y amor el menor insecto microscópico, y el estudio del hombre no es una ciencia aparte, a pesar de sus complicaciones, de su esencia inmortal. Y es por esto, por qué Miguel Nicolaévitch Bézobrazov mismo, es interesante: por ejemplo, ¿por qué vive él? ¿Cómo vive? ¿Por qué separa así las piernas? ¿Cómo se forman sus pensamientos y sus sentimientos? ¿Qué piensa él de esto o de aquello? ¿Por qué su alma inmortal ha tomado esta apariencia bovina? ¿Dónde encontrarás en Hegel la solución de todos estos graves problemas?

No solamente como ciencia natural, sino como un deber moral y social, te recomiendo el estudio de las personas que te rodean. Es un deber de todo hombre el procurar ser agradable a los otros, ser atento con todo el mundo, con el fin de no herir a nadie ni lastimar ningún hábito, a menos que dichos hábitos sean perversos y perjudiciales, pues no debe llevarse la complacencia hasta la complicidad ni la tolerancia de un mal positivo. Instrúyete, perfeccionate en todos sentidos, con lo cual ganarás, pero nunca abrumes a nadie con tu superioridad; no asustes a nadie con tus conocimientos, que tu superioridad consista en serlo y no parecerlo; procura hacer brillar lo de los otros, de modo que todas sus buenas cualidades efloran en tu presencia; reclama lo que cada uno tenga de bueno, para que sean buenos a tu lado, lo que te hará a ti mejor, y de esta manera serás buscado, amado, y nada mejor que ser querido. Sin dejarte acoger por los fastidiosos debes saber soportarlos algunas veces, pues es un ejercicio para la voluntad y el corazón, a más de un deber. Nuestro padre me decía a menudo que no existe un hombre, por ignorante y bestia que sea, del que no se pueda aprender algo.

Después de esto, cuando el mundo te resulte muy estúpido, hay un medio, que es reír, lo que nunca es un pecado, pues cuando se ríe no se enoja jamás. Para comprobar que has recibido mis consejos, mi buen hermano, te ruego, Alejandro, me tengas al corriente de todas las personas que te rodeen, de su figura, sus costum-

bres, sus maneras y, sobre todo, de los cuentos que hacen reír a papá.

Esto es el empacho natural producido por dilatado razonar y una charla sostenida durante mucho tiempo. Desgraciadamente para ti, eres la víctima elegida. Terminó, y, como última recomendación, te aconsejo te mires en los bellos ojos de Lisa, siempre que sientas tus fuerzas debilitadas, pues es la panacea universal contra todos los males de la cabeza y del corazón. Adiós.»

«Ya te ha llegado la hora, querido Iliá: Me escribes algunas palabras, pero sin hablarme de ti. Me hablas de la exclusividad de Alejandro, que él mismo reconoce. Has de tener en cuenta que todo individuo es más o menos exclusivista y que cada cuál tira para sí; ¿hacia dónde tirar tú? Mira a Alejandro, casado y ocupándose de economía rural con Nicolás. Pablo, rompe las piedras; Alexis, funcionario, se ocupa vagamente de música, de historia natural y divierte a su padre con sus cartas; yo estoy encerrado por mis pecados, o, mejor dicho, plantado aquí como un poste con la inscripción siguiente, que advierte: «No siga por este camino.» Y tú, ¿qué haces, en que te ocupas o en qué quieres ocuparte? Es necesario, para vivir, ocuparse de algo. Espero tu contestación, y te mando un fuerte abrazo y te doy las gracias por lo que me has escrito. Mis abrazos para Ana, cuya carta espero con impaciencia, pues hace mucho tiempo que no me ha contado sus historias. A Gabriel dile que me tenga por hermano, suplicándole el poder contar con su amistad; a mis sobrinos y sobrinas habladles del tío, y decidme cuántos son y qué cualidades tienen. Pablo y Alexis, espero que me escriban algo.»

«Querido, querido Variuka: Te escribo nuevamente, después del largo plazo de incomunicación. Nuestra fría separación nos colocaba a los dos, *im werden begriffen*, tirando cada cual de su lado y sin comprendernos el uno al otro. Has perdonado mi culpabilidad grande, y debemos tender un velo eterno sobre la época de nuestras locuras, y recordar los tiempos viejos, los días de nuestra infancia.

¿Recuerdas tú cuando Mes-yeux Pictoir nos contaba historias? ¿Recuerdas cuando saltábamos temprano de la cama y paseábamos por nuestro querido jardín de Priamoukhino, admirando las telas de araña tendidas entre las hojas y los árboles; cuando íbamos al molino para ver cómo el molinero iba dejando caer el grano; recuerdas cuando, por las tardes, en las horas crepusculares, cantábamos bajo la claridad y cerca de las lilas: «Todo está en calma, todo dormido...» o «Al claro de luna...» Recuerdas cuando, en las frías tardes invernales, leíamos *Robinson Suizo*, con papá, y tú estabas entusiasmado con «Fritz»? ¿Te acuerdas cómo gritabas al ver ahogado a tu gorrión domesticado, enterrado solemnemente, y cómo la pequeña tía Varvara Mikhaïlovna movía la cabeza recordando tus lágrimas amargas y tu ofensa, cuando Borhert tuvo la audacia de escribir un epitafio a tu gorrión, difunto?

Yo no sé si lo habrás olvidado, pero yo lo recuerdo todo, y cuando pienso en nuestra infancia una frescura reconfortante me llega al alma. No, Varvara, no hemos podido ni podremos dejar de querernos; al contrario, nuestro amor será cada vez mayor, pues cada día somos más inteligentes. Nosotros hemos cesado de vivir nuestra vida; tú vives en tus hijos, y yo vivo en todos vosotros. Tú amas a tu marido y él te ama a ti; dale un abrazo en mi nombre y dile que quiero también quererle y ser para él un buen hermano. Te agradezco los detalles que me has proporcionado y te pido que me cuentes más cosas: ¿qué es de Vassia?; ¿con qué idea la has tomado bajo tu tutela?; ¿de qué manera te has encargado del hijo tercero de Roberto Carlovitch?; ¿cómo es él y qué edad tiene?

Tengo ganas de saber todo esto, y mi curiosidad es ilimitada. No sé si Sacha se acordará de mí, pero yo sigo siendo un buen tío de mis sobrinos. Me dices que es perezoso y de carácter débil. Está en una edad que es difícil de adivinar cómo será. Ya te escribiré respecto a esto con la extensión que requiere, pues esta carta se va haciendo extensísima y recargada de razonamientos. Temo que parezca un libro de nuestro difunto tío Alejandro Markovitch Paltoraski. A propósito: ¿Qué hay de nuestro primo Pedro? ¿Va por tu casa?

Sé que su esposa María ha desaparecido. ¿Es posible que haya encontrado algo peor que Pedro? Por lo demás, la pérdida no ha sido muy grande, pues no le había costado cara: cinco libras de tabaco de Joukor y algunas palabras bestialmente tiernas sobre el porvenir y la prosperidad de los campesinos que acababan de comprar y que batieron como yeso. Me acuerdo cómo Lioubacha me gruñía por este negocio. ¿Qué hacen? ¿Beben y juegan a los naipes? El debe beber.

Variuka vive cerca de ti y tú me respondes de que vaya por camino derecho. Como sé que Pedro es incapaz, me escribirás tú dándome toda clase de detalles. Nicolás, tu marido y mi hermano, también debe escribirme sobre Verteuil, a quien queremos tanto los dos. Me encanta que esta amistad resista el embate del tiempo, pues hace honor a los dos. ¿Verteuil aún canta: «Objeto querido», y Nicolás: «Juliana de Böse»?

«Tatiana: Yo quisiera decirte cuánto siento por ti y lo que sobre ti pienso, y lo que te quiero... No terminaría nunca. Más que a nadie, te siento mía, pequeña; la martirizada por todos y la mejor. Tú, como yo, no vives tu propia vida, pues te prodigas en los otros, derramando la gracia de tu pródigo y santo amor incesantemente. Dales un abrazo de mi parte a los hijos de Nicolás.

En último lugar, me dirijo a toda la familia. No sé cómo reconocer y pagar el cariño que me tenéis, que es mi consuelo, mi sostén, mi fuerza y mi felicidad, pues me siento muy feliz cuando tengo carta vuestra. Quieres, Pedrito, que haga traducciones. No creo sea posible. Es doloroso, pero hay que tener la franqueza de reconocerlo: tengo pocas ganas de vivir, pues todo lo que signifique acción ha muerto en mí. Tu vida, el aliento de tu vida me anima un poco. Fuera de ti me molesta todo, hasta el recuerdo del pasado.

Fumo cigarrillos, leo novelas y me cuento historias. Llevo una existencia de opio-mano, soñando continuamente un mal sueño de un Don Quijote naufragado, sueños fantásticos a lo Hoffman. Solamente tu conversación me torna a la realidad.

Esta es mi historia, en pocas palabras.

Os aseguro que no me dejo abatir, y procuro con todas mis fuerzas sostenerme. Sería un loco o un imbécil si no me reconociera el derecho a murmurar, pues sería preciso ser un leño, con el corazón de piedra, para no estar profunda y sinceramente reconocido hacia los que en lugar de castigarme según la ley —y yo sé lo que merezco según la ley— me han puesto entre las manos de uno de los mejores hombres de Rusia; cuando estuve encerrado en una prisión extranjera lamentaba más que la muerte el poder ser transportado a Rusia. Y lo que yo temía como mi mayor desgracia ha resultado mi felicidad mayor. Sin hablar del permiso que hace posible nuestra correspondencia, en ninguna parte he sido tratado tan humanamente, con tanta bondad y delicadeza. Aparte de la libertad, no me falta nada y me encuentro como en familia. Tú conoces al general y no necesitas te hable de él. Todos son excelentes, desde el capitán hasta el último soldado.

El capitán es una buena persona, originalísima, y aunque poco instruido, está lleno de delicadeza y buen humor. Tengo más que merezco. Dejadme continuar mis sueños fantásticos, concentrando lo que me queda de existencia en vosotros y en vuestra felicidad.

Lástima que Pablo y Alexis vivan lejos de vosotros. Espero con impaciencia sus cartas. Me alegra que Marie Nicolaiévna y Khiona estén con vosotros. ¿Podré seguir llamando a Khiona: Fomiuka? Aunque esté casada con el mayor Zaitcheuko y sea una gran señora, la llamaré así. Creo que vivirá en nuestro pueblo. Decidle que me escriba, contándome la historia contemporánea del distrito de Novotorjsk, poco a poco, empezando por la historia de Alexandra Ivanovna Longinova y sus amables sobrinas.

Adios, adiós... vuestro

M. Bakunin

P. D.

¿Dónde el pueblo Michouk? ¿Dónde está la casita de Alejandro? ¿Cuántos hijos tiene nuestra hermana Luisa y cómo les llaman? ¿Quién es María Karpovna Lvova?

El aborto, plaga social

UN debate se ha sostenido recientemente en la Cámara francesa sobre el aborto, y la fracción comunista ha presentado un proyecto de ley. El doctor Freisseix, diputado de la Alta Viena, pronunció a este respecto un documentadísimo discurso.

Creemos de gran interés y de provechosa conveniencia el dar publicidad a muchos de los hechos expuestos por dicho doctor Freisseix. Las pruebas documentales han sido registradas por eminentes médicos, lo que nos excusa de poner en duda la veracidad de los hechos expuestos en el discurso.

El profesor Balthazard indica igual per-
anualmente, unos 50.000 abortos. Según
Manclair, unos 100.000. Y según el profe-
sor Delbert puede considerarse que el
7 % de los enfermos de los hospitales pa-
risinos está formado por mujeres hospita-
lizadas a quienes se las ha hecho abortar.
El profesor Balthazard indica igual per-
centaje.

»El profesor Manclair estima que en
París se pueden contar alrededor de
6.000 víctimas por cada 100.000 abortos.
Dóleris calcula también un 6 % de mor-
talidad, debido al aborto criminal.

»El doctor Isaksohn, tomando por base
las cifras consignadas por Lacassagne,
afirma «que el número de mujeres que
mueren de resultas del aborto asciende
anualmente a unas 4.200 en la capital, y
más de 30.000 en toda Francia.

»El aborto clandestino no solamente
causa el número de víctimas enumeradas
anteriormente, si que también infinidad
de desarreglos ventrales, y en un 95 % de
mujeres en las que se hace necesaria la
laparotomía, por supuración de las trom-
pas y de los ovarios, debida ésta a infec-
ciones producidas por abortos practicados
con bastante anterioridad.

»Innumerables abortos terminan en «co-
jeras ventrales». Manclair los hace ascen-
der a 11.000 por cada 100.000 casos.
M. Audibert preconiza que «el aborto
clandestino es el gran proveedor de la ci-
rugía úteroabdominal».

»Los legisladores de todos los países
luchan contra esta calamidad pública, dic-
tando leyes que condenan no solamente a
las mujeres con quienes se practica esta
operación, si que también a los médicos
que hacen estas intervenciones.

»Este método de lucha, sin dar resul-
tados positivos, ha aumentado la clandes-
tinidad abortiva, que hace de la mujer
una víctima propiciatoria de los charlata-
nes codiciosos e ignorantes que transfor-
man esta operación secreta en una lucra-
tiva y vergonzosa industria de funestísimos
resultados, pues el 50 % de las mujeres
en las que se practica el aborto en estas
condiciones son presas de la infección,
y 4 % de ellas mueren.

»El Estado legisla y aplica las leyes,
condenando a la mujer. Se agravan las
iniquidades naturales por la creación de
iniquidades sociales, sin que alcancen be-
neficio alguno el individuo y la comuni-
dad.

»En todos los tiempos, la mujer que con
más solicitud permite que se le practique
el aborto es aquella que se obstina en
respetar la pacata moralidad corriente.
¡Paradoja de las paradojas: la ley, que
cree defender la moralidad, no hace más
que destruirla! Interviene la ley para ob-
staculizar que la mujer satisfaga la ley mor-
al y obligarla a que sufra las leyes del
instinto.

»Las medidas de protección son vanas
y peligrosas, no solamente porque el
aborto destruye al niño que se pretende
defender, sino que, además, el temor a la
aplicación de la sanción que motiva,
obliga a la mujer a que acuda para estas
intervenciones a personas incompetentes,
cuya técnica defectuosa las herirá y las
hará estériles para lo sucesivo. Si existe
el mal en la destrucción de un niño, ¿no
será más condenable que la destrucción
de éste vaya acompañada de la imposibi-
lidad de futuros engendros? ¿Es ley la
que se promulga para instituir un orden
y cuya aplicación produce desorden?»

A esta situación trágica, opone el doc-

tor Freisseix la creada en la U. R. S. S. por la legislación soviética. En ella se dice:

«1.º Se permite se haga gratuita y libremente esta operación en los hospitales soviéticos, donde los peligros se han reducido al mínimum.

»2.º Se prohíbe, a los que no sean médicos, practicar el aborto.

»3.º Las comadronas que infrinjan esta regla se les retirará el título y serán llevadas ante los tribunales.

»4.º Asimismo, aquellos de los médicos que practiquen el aborto entre su clientela privada y por interés de lucro, se someterán a la acción de la justicia.»

L. Leibovici, cirujano de los hospitales de París, en una encuesta publicada en la gran revista *VU*, sobre el país de los soviets, nos da a conocer las impresiones recogidas durante sus visitas a las clínicas de Moscú, donde se practican estos servicios abortivos.

«Durante 1929 se han practicado en Moscú 100.000 abortos quirúrgicos, 67.000 en Leningrado, y el total de abortos en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ha sido en 1929 de un 36'61 por 1.000 del número de habitantes, cifras mayores que las que indican la natalidad, calificadas por el doctor Leibovici de pavorosas.

»Es posible, pero la respuesta es la siguiente:

»1.º El número de nacimientos no ha disminuído.

»2.º El número de abortos clandestinos criminales disminuye a medida que aumentan los abortos quirúrgicos públicos, de manera que se puede asegurar que con dicha sustitución disminuyen los sufrimientos y las víctimas de la ignorancia, produciendo un bien a todos.

»En realidad, millares de vidas de mujeres han sido salvadas y con ellas las de algunos niños. Resultado magnífico que quisiéramos poder alcanzar en nuestro país.»

Señalamos aquí, en la respuesta dada por el director de estos servicios en Moscú, al doctor Leibovici, quien, según el doctor Freisseix, no siente gran simpatía por los soviets, pero que se esfuerza por comprender sus disposiciones y describirlas objetivamente:

«En Rusia se considera que existen indicaciones sociales» para el aborto, y que

toda mujer disfrute de la libertad de pedir la interrupción de su preñez. ¿A quién? A un «consultorio anticoncepcional», previa demanda y cumplimentación de un formulario impreso, que se presenta a estos consultorios.

Dicho formulario, que es la declaración escrita de la interesada, es examinado por una comisión compuesta de tres mujeres, una de las cuales es doctora en medicina. Esta comisión tiene plenos poderes para estimar o desestimar la autorización, pues no existen reglas estrictas. La comisión examina cada caso particularmente. Sólo es condición indispensable y sin la cual es nula la demanda, que dicho estado de embarazo no cuente más de tres meses.

«De esta manera, toda mujer que lo desee puede hacer la demanda, pero la comisión tiene el deber de hacer conocer los inconvenientes que tiene la operación, y la ayuda que le prestará el Estado. Caso de que la autorización no le sea extendida, la preñez continuará hasta su cesación natural, pues el aborto clandestino es castigado con severidad.»

Esta ley, decimos nosotros, no habrá disminuído el número de abortos. Pero da, según el doctor Semaschko, comisario del pueblo de higiene, en la *Revista francesa de medicina y biología*, a las mujeres las garantías de un mínimum de perjuicios para su salud.

Ludovico Fillieu



Ayuntamiento de Madrid

Charles Longuet y Jules Guesde sobre la táctica socialista

EL III Congreso Obrero, que se reunió en Marsella, del 23 al 31 de octubre de 1879, y tomó el título de «Congreso Obrero Socialista», se adhirió explícitamente a la doctrina colectivista y decidió la constitución de un partido obrero, es decir, de un partido político de clase, opuesto a todos los partidos políticos burgueses. Desde el siguiente día, a la clausura del Congreso, se constituyeron las primeras Federaciones regionales del nuevo partido. Poco después, Jules Guesde se presenta en Londres, donde con Carlos Marx, Federico Engels y Paul Lafargue elabora el programa mínimo del partido obrero (1).

Este programa es ratificado por el Congreso Regional de la Federación del Centro (París, 18 julio 1880), y por el Congreso Nacional del Havre (16-22 noviembre 1880).

Comprende dos partes:

a) Los considerandos, que indican el objetivo perseguido, a saber: «la apropiación colectiva» de los medios de producción, la cual «no puede salir más que de la acción revolucionaria de la clase productiva —o proletariado— organizada en partido político distinto».

b) Un cierto número de reformas políticas y económicas. Estas, declara Guesde, no tienen nada absolutamente de incompatible con el orden social actual; pero precisamente porque no dejarán de estrellarse contra un seguro *non possumus* de la clase a la que limitan la explotación sin suprimirla, el programa mínimo no contribuirá poco a liberar al proletariado francés de sus últimas ilusiones reformis-

tas y a convencerle de la imposibilidad de evitar un 89 obrero.

Así provisto de su programa, el partido obrero va a la batalla. Desde las elecciones cantonales del primero de abril de 1880, presenta candidaturas y arrebata a Commentry el sitio de consejero de circunscripción administrativa. Tiene prensa: *L'Egalité*, *El proletaire*, la primera *Revista Socialista*, *La Fédération* (Marsella) (1).

En este interregno, la amnistía —promulgada el 11 de julio de 1880— abre las puertas de Francia a los combatientes de la *Commune*, deportados o proscritos.

De ellos, unos cuantos presentan inmediatamente su adhesión al partido obrero; éstos son, por orden de fecha: Jean-Baptiste Clement, Benoit Malon, Simon Dereure, Martelet y Demay; luego, poco después, Jules Joffrin y Jean Allemane.

Otros, en fin, entre los que figuran Amouroux, Avrial, Alphonse, Humbert, Joërde, Jaclard, Charles Longuet, Lucipia, Theisz, etc., a los que se juntan nuevos adheridos: Vagelez, Lous Flaux, Stephen Pichon, etc., fundan la *Alianza Socialista Republicana*.

Siguiendo el ejemplo del partido obrero, la Alianza formula cierto número de reivindicaciones, tituladas de inmediata realización; pero la diferencia entre los dos programas reside, esencialmente, en los considerandos teóricos.

La lucha se hace bien pronto muy viva entre los dos grupos; se promueven polémicas entre la *Justice* (2), donde escriben Jaclard y Charles Longuet, y *L'Egalité*, que redactan Guesde, Deville y Paul La-

(1) «Sobre el cual habían llegado a un acuerdo los principales representantes del colectivismo revolucionario, especialmente Guesde, Dervillers, Jean Lombard...», y el mismo Benoit Malon (carta de Benoit Malon al ciudadano Lefevre, secretario del Sindicato de mineros de Dorigies, *L'Egalité*, 22 de enero de 1882, pág. 5).

(1) Véase *El Programa del partido obrero, su historia, sus considerandos, sus artículos*, Jules Guesde y Paul Lafargue.

(2) Gran periódico radical cotidiano, fundado el 16 de enero de 1880; director político, G. Clemenceau; redactor jefe, Camille Pelletan; principales colaboradores, S. Pichon, Durranc, Longuet, Jaclard, León Millot, etc.

fargue. En ocasión de las elecciones municipales parisienses del 9 enero 1881 y las legislativas generales del 29 agosto 1881, los candidatos del partido obrero son opuestos, en la mayor parte de las circunscripciones, a los candidatos de la Alianza: Allemane a Theisz, Corsin a Jourde, Ball a Lucipia, Revoux a Longuet, Ory a Jaccard, Joffrin a Lafont, etc.

La Alianza tuvo una duración efímera.

Uno de los episodios más salientes de la lucha teórica, entre el partido obrero y la Alianza, es la controversia —retumbante en aquella época— que pone frente a frente a Jules Guesde y Charles Longuet.

Los dos controversantes tienen a títulos diversos, con motivo de sus luchas, caracteres y talento, las simpatías de la opinión parisién. Longuet ha batallado valerosamente contra el Imperio y ha sido uno de los fundadores y militantes de la Primera Internacional; fué miembro de la *Commune*, y, después de haber luchado hasta el postrero día en las barricadas, hubo de tomar el camino del destierro, casando en Inglaterra con una de las hijas de Marx. Jules Guesde, condenado a cinco años de cárcel por hacer la apología de la *Commune*, refugiado en Suiza, está desde su retorno a Francia consagrado por entero a la propaganda revolucionaria; funda el primer periódico colectivista francés, *L'Egalité*, y ha contribuido más que nadie a la organización del partido obrero.

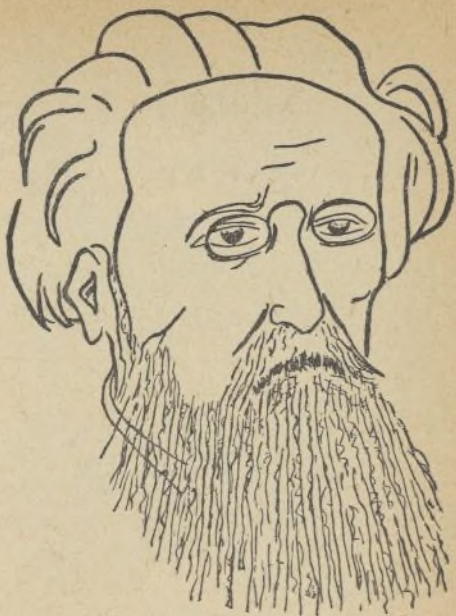
El encuentro entre los dos jefes es anunciado en los siguientes términos, en *El Citoyen*, *La Justice*, *El Intransigeant* y *El Proletaire*:

«El 29 de marzo de 1881, a las ocho en punto de la noche, en la sala Graffard, boulevard de Menilmontant, número 138, tendrá lugar una conferencia contradictoria presidida por el ciudadano Benoit-Malon, ex miembro de la *Commune*, ayudado por los ciudadanos Lissagaray y Paul Brousse.

»Tema a tratar: «Colectivismo y revolución», por el ciudadano Charles Longuet, publicista.

»El ciudadano Jules Guesde, corrector tipógrafo, sostendrá la controversia en nombre del Comité de los trabajadores socialistas revolucionarios de la XI circunscripción.

»Precio de entrada: 50 céntimos, a los ciudadanos, y 25 céntimos, las ciudadanas.



Jules Guesde

»Las tarjetas se facilitan en *El Proletaire*, *El Intransigeant*, *El Citoyen* y *La Justice*.»

Todo el estado mayor del partido socialista asiste a este torneo entre dos hombres de valía, que representan dos concepciones de la acción obrera y socialista. Se destacan entre el auditorio: Jules Vallés, Paul Lafargue, S. Dereure, Emile Digeon, Gabriel Deville, Henri Brissac, Ernest Vaughan, Casimir Bouis, Avrial, Johannard, Jourde, Vaidy, G. Picourt, etc.

También acuden algunos diputados y consejeros municipales radicales: Bonnet-Duverdier, Cusset, Levraud, etc.

El resumen que sigue, y que es una recopilación —no una reproducción taquigráfica—, ha sido reconstituido fielmente según el acta de la sesión, publicada por *El Citoyen* (1).

Dejemos ahora la palabra a los oradores.

A las ocho y media la sala estaba atestada de gente; el ciudadano Benoit-Malon se instala en la presidencia, y abre la se-

(1) Diario socialista que apareció en 1881 y 1882, administrado por Secondigné, y que redactaban Benoit Malon, Henri Brissac y Emile Massard, miembros del partido obrero; Casimir Bouis y Frederic Courmet, blanquistas; Jules Vallés y Emile Digeon, revolucionarios independientes. Guesde y Deville colaboraron por consiguiente y según el resumen publicado en *La Justice*.

sión. Invita a los asesores, los ciudadano Vélez Gelez y Emile Masard (1), a ocupar un sitio en la mesa; en breve alocución recomienda a la Asamblea observar la mayor calma, y concede, en primer lugar, la palabra al ciudadano Charles Longuet.

Discurso de Charles Longuet

No he olvidado el compromiso que, en el curso de la campaña electoral, he contraído con vosotros; lo mantengo muy gustoso y me excuso, ante todo, si no puedo hablar tan ampliamente como sería mi deseo y lo merece el tema que nos ocupa; mi estado de salud no me permitirá dar a mi exposición todo el desarrollo necesario.

No vengo a combatir, desde el punto de vista teórico, la concepción colectivista. Me limito a tener en ella determinado número de reservas. Estoy por las reformas inmediatas y prácticas, pero ante todo contra los inconvenientes y abusos del individualismo reinante y, si me viera reducido a elegir entre la organización individualista y la colectivista o comunista, preferiría esta última.

Me propongo esta noche señalar, sobre todo, las divergencias que existen entre nuestro programa reformista y el colectivista; entre la Alianza socialista y el partido obrero.

Muy categóricamente declaro que, para un futuro próximo, no creo aceptable el programa del partido obrero. Un escritor contemporáneo, en un reciente estudio, fijaba en un período de unos cinco años el triunfo de la revolución. Y bien: ¿Creéis que de

aquí a cinco años, de aquí a diez, a veinte años, sea posible la transformación social? Por mi parte no lo creo, pues serán numerosos los obstáculos de orden económico que tendrá que salvar.

¿Creéis que se pueda —como lo pretende el partido obrero— resolver la cuestión de la propiedad? Esta cuestión vale la pena de estudiarse, porque la unificación del partido socialista depende de ella. Nada sería sacrificado, sino reservado. Más tarde se verá si esta propiedad debe de ser individual o universal, o colectiva, o puesta en manos de asociaciones. El error de los colectivistas revolucionarios, ha consistido en querer resolver esta cuestión y redactar un programa en el que pide una transformación total. Después, lo reconozco, el partido obrero ha elaborado un programa mínimo, pero la primera impresión se ha producido, e impide a numerosos trabajadores juntarse con nosotros.

El partido obrero persigue, como objetivo esencial, la nacionalización, o socialización, del suelo. Hace mal en no considerar al campesino como un *impedimentum* serio y se hace gravemente una ilusión, pues se necesita no conocer a la población de los campos para creer que se dejará convencer fácilmente. Los campesinos, que forman los dos tercios de la población laboriosa de Francia, son refractarios a la propaganda científica, no hacen caso alguno de los argumentos; tan sólo son sensibles a los hechos. Es necesario un período preparatorio, una activa propaganda intelectual, una reforma profunda en la instrucción: y cualquiera que sea la acción de la competencia americana y de los fenómenos económicos del mismo orden, la transformación agraria no se efectuará durante nuestra vida.

No me niego a admitir que la concentración de la tierra, que su monopolización se realice un día, pero se cumplirá al principio en beneficio, en manos de grandes compañías. Estos son los hechos que podrán llevar más tarde al campesino al socialismo, pero no la propaganda que, para él, será siempre ineficaz. Por mi parte, comprendo la concepción de la socialización del suelo, lo que no quiere decir que la acepte; pero el campesino, él, ni la acepta ni la comprende, sobre todo cuando los hechos le faltan.

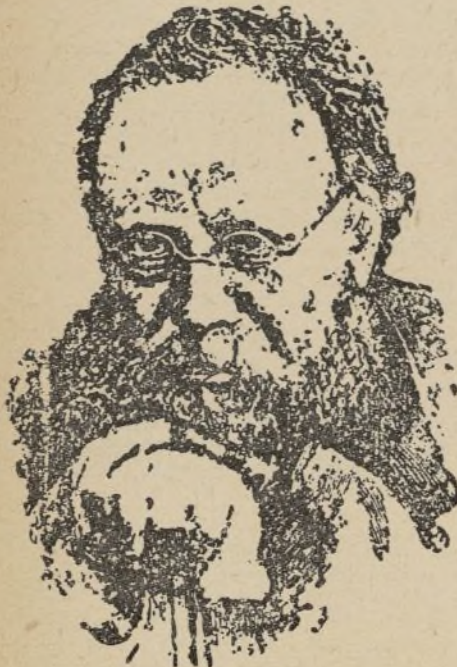
Reconozco de buen grado que, en el dominio industrial, el progreso está más adelantado. Sí, la evolución es más rápida. Pero, si gracias a un golpe de la varita mágica se consiguiera efectuar esta revolución tan preconizada, tan deseada, yo me pregunto qué es lo que pasaría. ¿Creéis que el proletariado obrero esté a la altura de las circunstancias, a la altura deseada, para reemplazar con una organización social nueva la actual organización?

Seguramente, no. El programa del partido obrero nos presenta perspectivas demasiado lejanas, objetivos de una realización demasiado compleja y excesivamente difícil. He ahí por qué lo rechazamos. Lo que hace falta, lo que pide nuestra Alianza socialista republicana, es que todos los socialistas sinceros se pongan de acuerdo sobre determinadas reformas inmediatas, que podrá conseguir con una propaganda activamente conducida.

Entre estas reformas cito: el reconocimiento legal de la personalidad de las Cámaras sindicales, la creación de cajas de retiro para ancianos e inválidos del trabajo, el rescate de los caminos de hierro por el Estado.

Este programa, como veis, se ciñe a los límites de lo posible, de lo que podrá ser presentado en una

(1) Que después...



Proudhon

Cámara próxima. Una vez realizado, dejará sitio a un programa más acentuado, más completo, que marque una nueva etapa hacia el ideal perseguido por el partido socialista.

Discurso de Jules Guesde

Ante todo, he de manifestar al ciudadano Charles Longuet que hizo mal empleando la expresión de «varita mágica». Nunca ha sido cuestión de ella. No es en un golpe de varita en lo que consiste la revolución perseguida, y preparada, por el partido obrero.

Longuet no ha estado menos desdeñoso cuando ha hecho consistir el socialismo, el colectivismo del partido obrero, en la socialización del suelo. Entonces lo ha confundido con la teoría de Collins que, tanto en Francia como en Bélgica, cuenta con sus buenas docenas de adheridos y que, en nombre sólo de la justicia, sin tener en cuenta las necesidades económicas, persigue la nacionalización inmediata de la tierra.

No es que rechacemos la socialización del suelo. Pero, como tenemos en cuenta la evolución económica y las etapas de la concentración capitalista, la socialización del suelo nos parece, no el único, no el primero, sino el último término de la evolución socialista.

¿Será el campesino el obstáculo a la revolución, que denunciaba Longuet? Sin duda; se levantaría contra ella si nuestro objetivo fuera expropiarlo a la fuerza. Pero, ¿cuántas veces aún tendremos que protestar contra semejante idea?

Sabemos, como Longuet, que esta expropiación sería imposible, dado el gran número de modestos campesinos más o menos propietarios, que, a despecho de su precaria situación —más de mil millones de impuestos, dieciséis mil quinientos millones de deuda hipotecaria— no se dejarán persuadir. También contamos con los hechos para convencerlos, especialmente en los ensayos actuales, que, cotizando en Bolsa el suelo, preparan su desposesión.

Precisamente porque contamos con los hechos, somos colectivistas. ¿Qué nos demuestran los hechos? Una concentración industrial, comercial, agrícola, que se opera fatalmente, lanzando al proletariado, entre los desposeídos, a la clase media, después de haber despojado a los artesanos. Un nuevo feudalismo ha nacido, peor que el antiguo, que dispone de la vida de millones de hombres, obligándoles, para vivir, para comer, a vender su fuerza de trabajo muscular o intelectual.

Se ha podido atribuir a estos parias derechos civiles o políticos. Pero no son menos esclavos, a merced de la minoría capitalista, y sólo existen en la medida en que sus brazos y sus cerebros son necesarios para la valorización de un capital que no poseen. Pues con crecientes dificultades a causa del desarrollo del maquinismo, las máquinas humanas, que son los proletarios, encuentran la ocasión para ocuparse. El paro forzoso se multiplica, al mismo tiempo que el jefe de familia es reemplazado con menor gasto, en los talleres-presidio, con mujeres y niños. La miseria obrera va, pues, aumentando, y a esta miseria, siempre acrecentada, ¿qué solución aportan los evolucionistas de la Alianza?

En tanto que los medios de producción, que la ciencia perfecciona cada día, sean la propiedad exclusiva de una clase, sólo aprovecharán para esta clase expoliando a los trabajadores no propietarios



Camille Pelletan

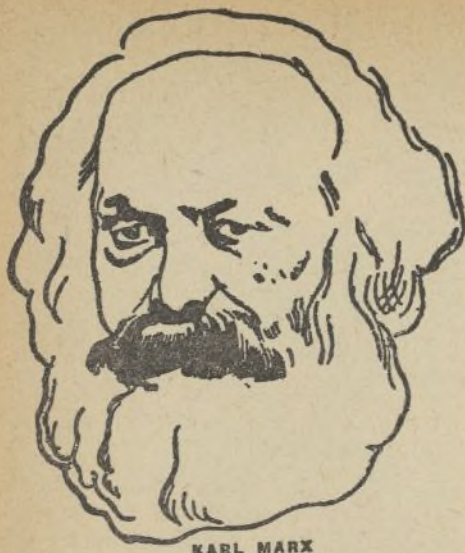
Director de "La Justice", en la tribuna

de los productos de su trabajo primero, y de su trabajo después. Para que el desarrollo económico de las sociedades modernas asegure el bienestar de todos, es indispensable que los medios de producción se conviertan en la propiedad de todos o de la sociedad. Esta transformación es todo el socialismo, todo el colectivismo, que suprimirá y puede suprimir la lucha de clases, suprimiendo las clases; es él, y él sólo, el que, cuando haya triunfado, traerá al mundo la gran paz humana.

En cuanto a medios para esta transformación, no hay más que uno: la toma de posesión del Poder político por los trabajadores de todo orden, constituidos en partido de clase. Y para esta toma de posesión del Poder político, se impone el recurrir a la acción revolucionaria.

Después de haber rechazado la solución colectivista por prematura, después de haber condenado, por peligrosa, la acción revolucionaria, el ciudadano Longuet nos invita a ponernos de acuerdo sobre unas reformas prácticas, comunes al programa de la Alianza y al del partido obrero. Admitía, pues, con ello, que, desde ahora, bajo el Gobierno actual, con un gobierno burgués cualesquiera, podría ser realizada una reforma seria. ¡Pues bien! Que nos indique una reforma digna de tal nombre, una sola, consentida por nuestros dirigentes...

¿Queréis un reciente ejemplo? Un diputado, el señor De Janzé, había presentado una proposición de ley —¡oh!, bien modesta— en favor de los ferroviarios. Se trataba de dejar las cajas de retiro en manos de los que las llenan y de impedir que un nuevo robo venga a duplicar el cotidiano robo, del que son víctimas los asalariados de estas grandes Compañías. Habéis hecho, no vacilo en proclamarlo, una hermosa campaña en favor de esta reforma. ¡Pues bien!, tan anodina como es ella, la proposición Janzé no ha encontrado merced ante la mayoría parlamentaria burguesa, y la activa campaña, em-



KARL MARX

prendida por los socialist-s reformistas, sólo ha conducido a un lamentable fracaso.

Y luego, no es suficiente votar leyes. La adopción misma de una ley no significa gran cosa, si no obligáis a los patronos a respetarla. En 1848, se ha votado una ley, limitando a doce horas la duración de los trabajos forzados infligidos a los asalariados, en las fábricas y talleres. ¡Pues bien!, vengo de Elbeuf y, ¿qué he visto? He visto a los hiladores imponiendo catorce y dieciséis horas de trabajo a los adultos y doce a los niños.

El ciudadano Longuet y sus amigos insisten mucho en el período llamado evolutivo y reformista, que se impone al socialismo. Ciertó, siendo revolucionarios nosotros, somos también evolucionistas. Pero, en lugar de situarlo delante, nosotros colocamos el período evolutivo después de la realización del gesto revolucionario. La revolución primero, que romperá los obstáculos, y después de la revolución vendrán las reformas, las transformaciones, que instaurarán un orden nuevo. La revolución, es decir, la conquista del Poder político, es decir, la dictadura del proletariado, como hubo en el 89 la dictadura del tercer Estado.

Nos hablan de las dificultades de semejante obra. Sin duda que la tarea será larga y ruda, si los que han comenzado por dar a los trabajadores el ejemplo de batallas revolucionarias vienen hoy a desalentarlos y a combatir sus esfuerzos. ¿Por qué, en lugar de ir a reforzar las reservas de la burguesía, no aportáis vuestro concurso a este partido obrero que ha nacido, crece y va adelante?...

Empleando antes que vosotros vuestra argumentación histórica, los radicales, preocupados en prolongar la dominación de su casta, han dicho al naciente partido obrero: «Por las mismas razones que os hicieron republicanos frente a los monárquicos, haceos radicales con nosotros, contra los moderados; ayudadnos a hacer la República radical, la República «a la americana», que os proporcionará un campo de acción más favorable que la República que tenemos, para reclutar y acrecentar vuestras tropas.» Y el partido obrero, que estaba, sin embargo, en sus comienzos, apenas salido del Congreso de Marsella, ha oído la trampa que se le tendía y ha

respondido a los Clemenceau y sus amigos: «Seguid vuestro camino, que ya os hemos dado demasiado.»

No responderemos de otra forma hoy a los que, sean quienes fueran, vengan de la Alianza o de otra parte, osen hablarnos de una República federal o comunal como una etapa necesaria en el camino de la revolución social. No es bastante que no hayan consentido representar el papel de una fracción de la burguesía, haciéndose, ni aun a título provisional, radicales o intransigentes; los proletarios, agrupados en torno al programa que les han dado los Congresos de Marsella y El Havre, no consentirán en hacer el juego a otra fracción burguesa haciéndose *aliancistas*. Entre ellos y el patronato a destruir no hay más reducto que el Poder central. Contra este reducto concentrarán sus golpes todos: votos y fusiles.

Voy a terminar resumiendo los términos del problema. La propiedad industrial está ya feudalizada. Con los grandes almacenes, el comercio está cada vez más capitalizado. Cuanto más vamos, más encontramos la riqueza concentrada en manos de algunos, mientras que la clase de los productores está más y más condenada a la inseguridad. Por esto ha decidido organizarse en partido distinto, en partido obrero, en partido de la revolución social. Lo repito: la revolución, primero, las reformas y las transformaciones, seguidamente.

Contestación de Charles Longuet

Una palabra, al comenzar, para contestar a una crítica de orden pernal. Guesde me ha reprochado, y ha reprochado a nuestros amigos, el no haber aportado nuestro concurso al partido obrero. Si no nos hemos adherido al partido obrero, es porque no aceptábamos su programa y las declaraciones fundamentales. Entonces hemos preferido constituir una agrupación nueva que, en nuestro pensamiento, está abierta a todas las concepciones, a todas las tendencias que simpatizan con la gran idea del socialismo. Queremos demostrar que el partido socialista, unido por la identidad de objetivo y de principios generales, puede sentar las bases de un gran partido político y tomar su parte de influencia y dirección en el movimiento evolutivo nacional. Se trata del año 1881, no del año 2000. Tal es la idea motriz, tal es el origen de la Alianza socialista republicana.

El ciudadano Guesde ha evocado el tercer Estado. Ha dicho que a ejemplo de lo que éste hizo a finales del siglo pasado, el partido obrero, que ha comparado al cuarto Estado, perseguía y debía perseguir la dictadura del proletariado.

Yo respondo que el tercer Estado no ha ejercido dictadura alguna de clase. Ha actuado legalmente con las Constituyentes y las Asambleas que le han seguido; ha elaborado un nuevo Derecho; ha creado una nueva administración; ha redactado el Código civil, que ha regido a la sociedad moderna. Ha realizado no una revolución de clase, sino una revolución humana.

Yo respondo, además, que, para realizar y conducir a buen término una revolución, se necesita una clase que esté preparada, que esté educada a este efecto. Porque, en 1789, la burguesía estaba dispuesta, poseía la preparación necesaria, mientras que el proletariado de hoy, que invitáis a la revolu-

ción, está desprovisto de capacidades políticas y económicas... Sí, está desprovisto, porque si las tuviera, no elegiría, para representarle y hacer las leyes, las asambleas actuales.

El problema, en este momento, es conocer el estado de espíritu de las masas; es saber qué reformas parciales han llegado a madurar. El problema es llegar a conseguirlas prontamente; si no, nos encontraremos frente a una revolución, violenta y ciega, que intentará una masa que no ha sido preparada, y seremos vencidos, vencidos una vez más, como lo fuimos en el pasado.

¡Pues bien! Yo mantengo que las reformas parciales están, en este momento, en el dominio de lo posible. Sin duda que marchamos atrasados en Francia, pero en otras naciones, hasta en las monárquicas, tales como Inglaterra, por ejemplo, muchas de estas reformas se han realizado y no hay razón alguna para que en Francia no se consigan.

El ciudadano Jules Guesde me preguntaba enseguida por qué, mis amigos y yo, no nos habíamos adherido al partido obrero. Por mi parte, yo le preguntaría por qué, sus amigos y él, no han venido a nuestra Alianza. En lugar de combatirnos, valdría más conciliarlo todo. El día en que lleguen a entenderse los parias, las Cámaras burguesas, invadidas por los representantes de la clase obrera, cederán, como en otros tiempos hubieron de ceder las aristócratas.

Bien sé que, para conseguirlo, hay que lanzarse a una propaganda activa e incesante. Bien sé, cómo Guesde, que el proyecto de ley, que tiene por objeto reducir a diez las horas de trabajo, no tiene aún probabilidad alguna para ser adoptado. A pesar de ello, no dejo de insistir en la creencia de que, lejos de desalentarse, hay que dedicarse a una obra de reformas y mejoras parciales, que puedan ser realizadas hasta por la burguesía.

Réplica de Jules Guesde

Ante todo hago constar que, al declarar que el proyecto de ley de diez horas será rechazado, Longuet se ha refutado a sí mismo, puesto que, según su propia confesión, esta reforma parcial no causaría algún perjuicio a los intereses capitalistas y, sin embargo, la Cámara no la admitirá. ¿Qué sería, pues, de otras reformas que, más serias, más profundas, podrían alcanzar a la clase capitalista en su explotación?

Añado: Estas reformas, que Longuet nos reprocha desdeñar, no dependen de nosotros. No las rechazamos; señalamos que no se han realizado y es a la clase enemiga, a la burguesía, dueña y señora de Gobierno y Parlamento, a la que se debía dirigir la propaganda del ciudadano Longuet, para obtener su realización.

Pero Longuet ha ido más lejos, en su crítica de los métodos del partido obrero. Ha verificado la capacidad del proletariado y la ha negado, desde el triple punto de vista: económico, político e intelectual.

¿Desde el punto de vista económico? Pero si resulta que, a causa del carácter de más en más accionista de la propiedad burguesa, la clase capitalista se hace totalmente extraña a la producción, que toda la producción es obra de los asalariados, que son los que todo lo crean.

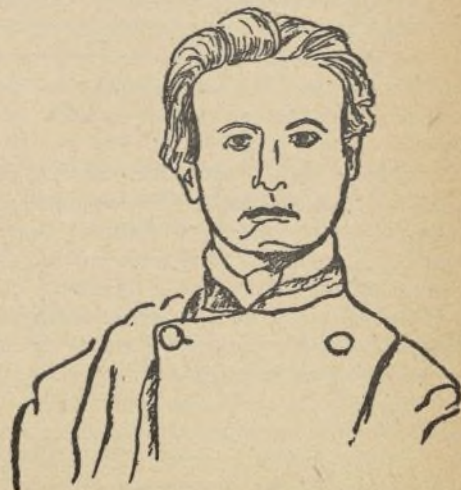
¿Desde el punto de vista político? ¡Cómo! Es Longuet —él que ha pasado por la escuela de Proudhon— quien verifica la capacidad política de los trabajadores. ¿Ha olvidado el famoso libro de su maestro sobre *La capacidad política de las clases obreras*? Extraño método, en todo caso, para iniciar a los asalariados en la capacidad política, que les falta abandonar la gestión de los negocios públicos en manos de burgueses radicales, consejeros municipales o diputados.

¿Desde el punto de vista intelectual? Pero si la capacidad intelectual de la clase obrera se afirma en el terreno mismo sobre el que formula hoy sus reivindicaciones. ¿Qué mejor educación intelectual para el proletariado que decirle —como lo hacemos hace cuatro años— que frente a la concentración industrial, agrícola y comercial que se opera, no hay para él más que elegir entre el salario, es decir, la esclavitud a perpetuidad y la copropiedad de los medios de producción socializados?

Gracias a esta educación, gracias a esta propaganda, es como el proletariado podrá actuar conscientemente y eficazmente. Nosotros también, nosotros sabemos que demasiado a menudo ha vertido inútilmente su sangre, que ha sembrado de cadáveres de los suyos las barricadas demasiado frecuentemente. Pero hoy sabe adónde va, cómo va, y el uso que, mañana, hará de su victoria.

Qué pensar, también, del ciudadano Longuet, cuando nos decía: «Vosotros, que nos reprocháis el no habernos adherido al partido obrero, ¿por qué no habéis venido a la Alianza?» El ciudadano Longuet ha sido miembro de la Internacional, y yo le pregunto: ¿Qué hubiera pensado de un individuo, o varios, que hubiera imaginado crear una Internacional aparte, una contra Internacional, con el pretexto de que las resoluciones del último Congreso no le convenían? Los acuerdos de nuestros Congresos de Marsella y de El Havre son tan sagrados como los Congresos de Ginebra y Basilea y, por consiguiente, no era el partido obrero el que había de acudir al ciudadano Longuet, sino más bien el ciudadano Longuet al partido obrero.

Aún ha pretendido Longuet que la Revolución francesa no ha sido una revolución de clase, sino que una revolución humana. Yo le remito a lo que ayer



mismo escribía en su propio diario, al artículo que publicó en *Justicia* sobre los Sindicatos, en el que hacía constar que, desde la aurora de la revolución, la burguesía tomaba sus precauciones contra la plebe. La primera ley votada por el tercer Estado, ¿no es en efecto la ley Chapelier, que priva a los trabajadores del derecho de asociación? Era la burguesía que, desde entonces, ejercía su dictadura: por una parte, expropiaba a la nobleza; por la otra, amordazaba al cuarto Estado. ¡Y con semejantes enseñanzas de la historia nos reprocha Longuet apelar a la fuerza revolucionaria! Ella es la condición para toda liberación. ¿No ha reconocido el mismo Longuet que la burguesía no concederá las reformas más que bajo la presión de las fuerzas obreras?

Sin duda que ha citado el caso de países monárquicos, como Inglaterra, donde las reformas se han realizado. Pero ha olvidado que en Inglaterra hay un antagonismo profundo, una rivalidad entre la aristocracia terrateniente y el capitalismo industrial; a favor de este antagonismo, local y especial, es como se han podido obtener ciertas libertades de contrabando. En Francia, los elementos más avanzados de la burguesía republicana, los radicales, reclaman ruidosamente la libertad de Prensa, la libertad de reunión, etc., pero ninguno quiere tocar la libertad de la explotación patronal y todos se asocian a los reaccionarios para votar las felicitaciones al ejército del orden, que ha derramado la sangre obrera.

Es que la burguesía puede cambiar de máscara, pero no se descubre jamás. Es ella la que, en adelante, tiene la elección: la paz o la guerra. Ella es la que puede determinar nuestro papel; la que puede decir si es posible evitar una revolución violenta. Por nuestra parte, nuestro deber es prepararnos, sin vacilaciones, a todas las eventualidades. Realizaremos la revolución social, que es el objeto del partido obrero: pacíficamente, si es posible, si no, violentamente.

La Justice del 1.º de abril de 1881 consagra a la reunión de la sala Graffard un resumen objetivo, extractando los discursos pronunciados, y termina con estas palabras: «Se han separado con una calma perfecta. Al cabo no ha habido, durante esta larga discusión, ningún incidente capaz de perturbarla o hacerla desviarse. Los dos oradores han sido escuchados con la mayor atención y la más grande cortesía.»

El Citoyen, del 1.º de abril, escribe por su parte: «La Asamblea ha seguido con interés las peripecias de la discusión entre Guesde y Longuet. La victoria no ha tardado en pronunciarse por el primero, que ha alcanzado uno de sus éxitos oratorios habituales. Desde que la derrota de los socialistas parlamentarios se hizo evidente, tempestades de aplausos saludaban el triunfo de los socialistas revolucionarios. Esta victoria estaba prevista. Se sabe, en efecto, en qué lado está el valor, la lógica

y la ciencia... El ciudadano Longuet está convencido; pero su buena fe no podía proporcionarle los argumentos que, a pesar de toda la inteligencia del mundo, no pueden hallarse para defender una mala causa. Además, tenía que luchar contra un orador que no ha cesado de buscar pelea, contra Guesde, del que ya se conoce la potente crítica y dialéctica... Esperamos que, como le ha dicho Guesde, Longuet se apercebirá de que deserta de la democracia socialista aliándose a los farsantes radicales y que él volverá un día al partido obrero, al que ya ha servido desde las filas de la Internacional y servirá aún en nuestras filas. Pero, mientras lo esperamos, nuestro deber es combatirlo, a él y a su pequeño grupo.»

Le Temps, del 31 de marzo, da una sucinta relación de la conferencia, de la que reproducimos las siguientes líneas: «Los colectivistas tienen afición a las conferencias de controversia. Cuando todos los oradores de una reunión están de acuerdo, se desprende cierto aburrimiento de esta unanimidad; con un adversario, el interés se reanima. Ayer, en la sala Graffard, el ciudadano Longuet, ex miembro de la *Commune*, había accedido a enfrentarse con el ciudadano Guesde, uno de los mejores oradores colectivistas. Pero el ciudadano Guesde ha sido el más agasajado... Dos horas y media ha durado la sesión y en momento alguno se alteró la calma. Parecía el Congreso en día de presupuesto.»

Nos ha parecido interesante evocar, cincuenta años después, como una contribución a la historia general del socialismo francés, después de la *Commune*, este capítulo consagrado a una controversia de 1881, completamente olvidada en nuestros días.

También los problemas de método y táctica que, hace medio siglo, se imponían a la atención del proletariado militante, no han cesado, desde aquella época, de ser discutidos en el seno de las organizaciones y en los Congresos socialistas, nacionales e internacionales.

A. Zevaes



La formación del derecho sindical en el mercado del trabajo

(Conclusión)

SUPONIENDO que un obrero, perteneciente a un Sindicato, que ha concertado con un grupo de patronos un contrato colectivo de trabajo determinando una tasa mínima de salario, tenga que hacer un contrato de trabajo individual con un patrono que no pertenece a la agrupación sujeta por el contrato colectivo, *este obrero queda obligado a observar las prescripciones del pacto colectivo y a respetar, por ejemplo, la tasa mínima impuesta por aquel convenio.*

Exactamente lo mismo ocurre con los miembros de la Agrupación patronal; cuando tratan individualmente con un obrero no sindicado o perteneciente a un Sindicato que no ha intervenido en el contrato colectivo deben respetar los términos del contrato colectivo que han firmado.

La ley de 1919 organiza en Francia la sanción de estas obligaciones. «Cuando interviene un contrato entre un empleado y un patrono que deben, —en los términos del artículo 31 *h*)— ser considerados como sometidos, uno y otro, a las obligaciones resultantes del convenio colectivo de trabajo, las reglas determinadas en este pacto *se imponen, no obstante toda estipulación contraria* a las relaciones nacidas de aquel contrato de trabajo.»

«La parte ligada por un convenio colectivo de trabajo que la obliga, hasta con respecto a terceros, y que haya aceptado con relación a éstos, condiciones contrarias a las reglas determinadas por aquel pacto, puede ser demandada civilmente con motivo de la inexecución de las obligaciones asumidas por ella.» (Art. 31 *t*).

«Las agrupaciones capaces de estar en justicia sujetas por un pacto colectivo de trabajo, pueden, en su propio nombre, intentar una acción por daños y perjuicios contra los otros grupos que son pacto en el convenio, contra los miembros de aquellas

agrupaciones, contra sus propios miembros o toda otra persona sujeta al pacto, que violara los compromisos contraídos.» (Art. 31 *t*).

«Las personas sujetas por un pacto colectivo de trabajo pueden emprender una acción por daños y perjuicios contra otras personas o agrupaciones ligadas por el convenio, que violara a su respecto los compromisos contratados.» (Art. 31 *u*).

«Las agrupaciones capacitadas para perseguir judicialmente, que son parte en el pacto colectivo de trabajo, pueden ejercer todas las acciones que se originen de dicho pacto en favor de cada uno de sus socios, sin tener que justificarlas con mandato del interesado, con tal de que éste haya sido advertido y no haya declarado oponerse. El interesado puede intervenir siempre en la acción emprendida por la agrupación...» (Art. 31 *v*).

Estas disposiciones —aunque imperfectas— son características del nuevo derecho sindical sancionando al régimen sindical; sin ellas el régimen sindical estaría paralizado.

Más aún, estaría atacado en su esencia íntima.

Estas disposiciones impiden al individuo hacer una verdadera *competencia fraudulenta* a la agrupación a que pertenece o minar, con su acción individual, los acuerdos que la colectividad ha firmado, defendiendo los justos intereses del individuo. Impiden al patrono eludir el convenio, por picardía o cautela, empleando a los obreros aislados o pertenecientes a otra agrupación en condiciones inferiores a las que aceptó, en el contrato colectivo.

Establecen un régimen nuevo de la responsabilidad contractual: la responsabilidad colectiva, la acción de la colectividad contra el individuo que trata de evadir la disciplina sindical y cuya acción aislada puede hacerse funesta para los intereses de la colectividad.

¡He ahí la esencia del nuevo derecho!

Dirigido aparentemente contra el individuo, *protege al individuo* puesto al amparo de la colectividad.

El individuo no tiene el derecho —en nombre de una pretendida libertad de trabajo— de vender a su gusto su fuerza de trabajo en detrimento de sus semejantes. El patrono no tiene derecho a realizar un *dumping* fraudulento en el mercado del trabajo.

Régimen de una moralidad diferente a la del otro, que reglamenta la libertad económica para salvaguardar al individuo, en definitiva, contra la esclavitud de los salarios bajos que envilece al hombre y le priva, de hecho, de su independencia, de su personalidad, de su dignidad; en una palabra, de la *única libertad del ciudadano*.

Esa libertad es a la única a que puede aspirar el hombre, ligado por su naturaleza a la ley del trabajo. ¿Libertad económica? No existe. Es uno de los sofismas peligrosos de la ideología del siglo XVIII. El hombre, ante las fuerzas materiales de la vida moderna, no puede alcanzar la independencia más que cuando su vida material está organizada de tal forma que se ve protegida contra el juego brutal de esas fuerzas.

Sólo el régimen sindical está en condicio-

nes de salvaguardar la libertad del ciudadano, tanto en la vida económica como en la vida política, en el dominio social como en el dominio intelectual.

André Forgereaud

AL LECTOR:

En el próximo número continuaremos la publicación de la «Historia de las ideas y de las luchas sociales en España», de nuestro compañero Angel Pestaña, no haciéndolo en el presente por haber recibido el trabajo un poco tarde.

Lo advertimos para conocimiento de aquellos lectores que nos han demostrado gran interés en su continuación.

Igual advertencia hacemos para los asiduos lectores de los interesantes trabajos de nuestro fraternal colaborador Matías Usero, del que tampoco se inserta trabajo alguno por haber llegado el artículo cuando estaba el número en máquina.

LA DIRECCION



Libertad de velar...

HACIA UN NUEVO RECORD. - En Pittsburgh, ciento ochenta fieles han orado durante 24 horas, con la esperanza de poner fin al paro forzoso. Si todos siguiesen ese ejemplo, no habrían parados. (Pittsburgh, U. S. A.)



...y libertad de dormir

EL SUEÑO. - ¿En qué batallas futuras contra el frío y el hambre, en qué combates sin esperanza y en qué derrotas sin gloria, sueñan los sin trabajo esparcidos sobre las baldosas de mármol del Ayuntamiento de Philadelphia? (U. S. A.)



Madrid

La más reciente
fotografía de
Frederik Karikas.

¡HAY QUE SALVAR A KARIKAS!

Los comunistas húngaros Sallai y Furst, han sido ejecutados en Budapest, después de un falso juicio. La opinión obrera internacional, muy débil para alcanzar nada con su protesta, no ha podido impedirlo. ¿Se podrá salvar a Karikas?

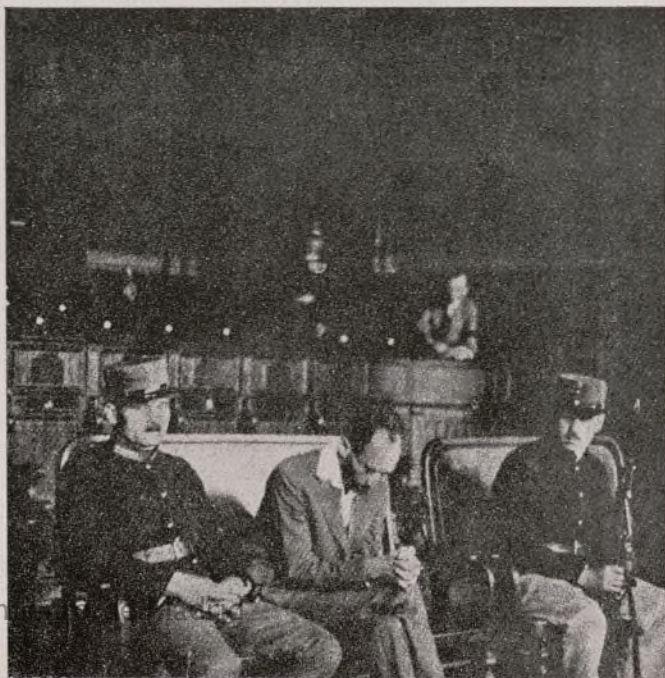
Federico Karikas, poeta y dramaturgo de talento, se ve amenazado de muerte. Su crimen, como el de Sallai y Furst, se reduce a la propaganda comunista. (M. Jean Longuet, diputado socialista francés y delegado de la Liga de los Derechos del Hombre, ha dicho, refiriéndose a Sallai y Furst, que en sus casas no se han encontrado bombas, ni ametralladoras, ni han organizado ningún levantamiento armado.) La Liga de los Derechos del Hombre ha señalado contundentemente que el artículo 76 del Tratado del Trianón prohíbe al Gobierno húngaro la persecución judicial, por actividad política, después de 1914.

La Liga de los Derechos del Hombre, ha pedido al Gobierno francés que intervenga para impedir el crimen que se prepara. Herriot ha protestado. El ministro de Justicia húngaro, dice que se ríe de los telegramas de protesta de P. Faure y L. Blum.

Karikas está entre las manos de Horthey y su verdugo Toreky... ¡Hay que salvar a Karikas!

EL PROCESO DE SALLAI

Entre dos gendarmes, el acusado oye la sentencia.



FURST Y SALLAI

Ayuntan



EFFECTIVAMENTE, el arte ruso tuvo una época que olía a piel de cordero, pero los artistas revolucionarios y el Plan quinquenal, se han encargado de quitarle este mal olor.

Víctor Khelebnikov, el «Colón de los nuevos continentes poéticos», dió paso a nuestro mundo nuevo en la literatura moderna mundial, cuya patria de creación marcha hacia un futuro donde suenan los dioses de la palabra, y cuyos Sinaíes pueden estar en cualquier último piso de las más sencillas de las edificaciones o en un sótano. Hoy puede haber moiseses con buzo.

Podrá existir una taumaturgia mecánica que se apoyará en principios reales, una magia científica, de laboratorio mecánico o químico, limpia de resabios bíblicos, porque no podemos fabricar ojos naturales que sean tan limpios como los de cristal, pero necesitamos afirmarnos sobre nosotros mismos, desechando la ingravidad angélica, pues

«no andamos: volamos;
no vclamos: nos movemos por exhalación.»

condición necesaria para comunicar a los husos caducos de la poesía, la vitalidad fervorosa y candente de la poesía, de la ciudad, del arroyo, de la plaza pública, con cuyo hábito se hicieron opacos los espejos de todas las tradiciones artísticas.

Y si Khelebnikov fué el Colón de los nuevos continentes... Mayakovsky fué un Américo Vespucio de los nuevos módulos, como Siberia, descubierta, trasciende a nuevos Eldorados.

Era y fué la poesía —una oblomanía— que encanalló con sus taraceas los treinta primeros años del siglo XIX, y que con los bueyes pesados de los epigonos y continuadores, seguía rumiando sus hojitas de laurel —que, ¡claro!, naturalmente, eran de latón—.

Pero vino 1920, cuyos días se correspondían con la guerra, el terror, el hambre... y las hojas de latón resultaban indigestas aun con los aliños de las más exquisitas disciplinas e insípidas a pesar de las mostazas del intelectualismo seudouniversitario. Moscú, asiática y libérrima, mostraba —amarillo como una hopa— el nuevo sol, que cansado de los milenios, resquebrajaba las puertas del Oriente, colándose de rondón como un mal educado, sobre la mesa puesta —de un arte esclavo de una servidumbre innecesaria y funesta—.

Hijo de la vida y de la lucha, Mayakovsky fué poeta y poeta proletario, sin duda alguna, pues escribió para la revolución, sin acordarse del álgebra de la teoría de Hegel.

El proletariado mayakovskyano no procedía de la temática proletaria, sino de que el poeta sentía los mismos, y con la misma autenticidad, problemas que los obreros que necesitaban entrar con paso rápido por las trochas del socialismo militante.

Pero el poeta no podía vestir sus ideas con la ropa poética al uso, y hubo de inventar una lengua adecuada a sus necesidades artísticas, sirviéndose de las analogías existentes. Usa frecuentemente de los

diminutivos abundantísimos en el idioma ruso; siente la significación primitiva de los prefijos y sufijos, y haciendo un esfuerzo los une, dando una continuidad a los verbos y los adjetivos, tendiendo en esto al pleonismo. Suprime las preposiciones delante de todas las palabras, donde el caso explica la posición. Escribió: «Yo vuelo hacia la ventana», en lugar de decir, «yo vuelo hacia la ventana». Omite el sustantivo a la preposición, si lo cree suficientemente explicado. Crea un estilo telegráfico, y cuando quiere reforzar acumula sinónimos.

La comparación abunda en la imaginación creadora de Mayakovsky. Nombrar un objeto puede no ser suficiente, y para entrar en el verso le rodea de otros objetos, creando analogías extrañas e inexplicables: «Yo soy solitario como el último ojo de un hombre que se va a casa de los ciegos.» Estas comparaciones «explosivas» se transforman en metáforas: «el camaleón del tiempo», «la operación cesárea de la guerra». Llega hasta metamorfosear las metáforas, transformándolas en sujetos...

El artista cuenta cómo se transforma en perro y asiste a la revuelta de los objetos inanimados.

Ebria,
abriendo su garganta negra
la cómoda rápida sale de la alcoba donde se acuestan.
Espantados, por su bajada,
los corsets de las enseñás
caen desde los rótulos «Ropas y Modas» de las tien-
[das.

Reduciendo su obra a visiones concretas la irradia hacia los cinco sentidos del lector. Ama la hipérbole y lo ve todo en grande. Desprecia los matices. Leyendo sus versos, se cree visitar un país de gigantes. Hay que tener en cuenta que nuestro hombre medía un metro noventa y que estaba dotado de una voz capaz de dominar la conversación de mil oyentes.

Engrandecía todo lo que expresaba, dando una impresión gramatical de grandeza alarmante. «Cada uno de mis gestos, es un milagro enorme»; «siete mil colores brillan en mis mil arcos iris»; «un turbión dorado de francos, dólares, rublos, coronas, yens y marcos»; «yo colocaré el sol como un monóculo en mi gran ojo abierto.» Después de una generación de poetas soñadores más o menos melancó-

licos, se revolucionan en nombre de la salud y de la vida.

Antes que nada, hombre fué Mayakovsky. Su obra es el triunfo de la palabra.

Tan es así, que siente la angustia de la mudez de las callejuelas:

«la calle se retuerce, pues al no tener lengua,
no puede, pues es muda, hacer oír sus voces.»

Fué el portavoz de la calle. Hablaba de sentimientos elementales, de deseos materialmente realizables.

Y expresó, como nadie, la orfandad de la calle y de sus gentes, con el lírico torrente de sus versos ahitos de todas las potencias físicas y cerebrales.

Miguel Alejandro

Nuestra Señora

Los otros edificios
se achaparran como si fueran costras,
recordando la mole
de Nuestra Señora.

Del pasado
nave majestuosa,
al tiempo ligada
y encallada
en la tierra arenosa.

Nosotros abrimos la puerta
pesada como el tedio y la zozobra.
Fría como el hierro
de su chatarra añosa.

Pasamos
entre las monacales ranciedades aceitadas
de la espléndida catedral.
Leo
las escrituras que la ornan,
los bienes del Dios palpo
que en el cielo mora.

Al patio he descendido,
y al coro subo ahora
remirando los muebles
y la comodidad de las poltronas.

Al salir,
un intérprete idiota
—boca de corazón—
cerca de mí rezonga:
«¿Qué arquitectura os gusta?
¡qué celestial la gótica!»
Reflexionando

he dicho esta cosa:
Me parece muchísimo mejor
que la Bienaventurada del Moskva.

Sin duda, que para un club no servirá
 por tener mucha sombra,
 los clásicos no pudieron pensar...
 ¡ Claro, no es éste el estilo que acomoda...
 yo, no estoy muy bien aquí,
 ni es oportuna la hora
 para ramonear antiguallas mohosas.

Lo que no me enoja
 es la sillería,
 que puede usarse al punto :
 de poltronas cómodas.

Nos servirá
 sin ninguna reforma,
 pues nosotros no tenemos,
 ni órganos ni poltronas.

A cada golpe de azada
 nada de cúpulas chillonas.
 Valdría más una orquesta
 pero la música es costosa.
 Al pronto,
 no habrá dinero de sobra,
 y es mucho mejor el disponer de un órgano
 que de cinco conferencias laboriosas.
 Porque es variado
 el repertorio que se toca,
 fox-trots,
 ¡ no música gangosa !
 Imposible
 para el Goskino francés,
 los cantos de liturgia religiosa.

Mas para la propaganda
 el templo es una cosa prodigiosa,
 lo es de todas formas.
 Para su anuncio eléctrico
 como esta fachada no hay otra ;
 entre las torres pondremos travesaños
 para las letras luminosas : «Signo del Zorro»,
 para que, encendidas las letras, como ratas corran.

Será un anuncio enorme,
 que, colocado de esta forma,
 seguro que ha de verse
 desde todo el Boul. S. Miguel a la redonda.

Y si las lámparas
 en los ojos de las quimeras se colocan,
 en los rincones de la catedral,
 entonces,
 sí que será la asistencia numerosa,
 nadie se querrá ir,
 y será insuficiente
 esta sala grandiosa !
 Sí, hay que andar con parsimonia
 con las granadas
 para que nada rompan.
 Sobre todo si se piensa
 hacer bien las cosas
 apoderándose de la Prefectura
 que enfrente de la iglesia se avizora.

W. M.

De esto (Fragmento de EL AMOR)

Yo no os daré nunca el placer
 de verme
 sentar la cabeza, porque un tiro me den.
 Aunque, enseguida,
 a mi talento, el *requiescat in pace*, le cantéis.

Por detrás,
 tal vez clavarme el cuchillo logréis,
 pero, para herirme en la frente,
 no encontraréis Dantés.

Aunque por cuatro veces fuera viejo,
 por cuatro veces rejuveneceré
 antes de llegar a la tumba.
 Si muero,
 cantando moriré.

En el arroyo que caiga
 yo sé
 que soy digno de dormir
 con aquellos que bajo la bandera roja muertos estén.
 Para los que cayeron,
 la muerte, muerte es !
 Vergüenza da no amar,
 y horror no tener el tesón de perecer.
 Para todos hay una bala,
 y para todos un cuchillo también.
 ¿ Cuándo me toca ?
 ¿ A mí nada me han de hacer ?
 Cuando era niño...
 ¿ Qué sé si entre todos los días de mi vida, en el
 pasables habrá unos diez ? [fondo caídos,
 Toda la vida de los otros !
 De ella algo he de querer !
 De la sombra
 nada apeteeceréis.
 Creer en ultratumba !
 es fácil el paseo que lo hace saber.
 Basta
 extender la mano,
 para que la bala halléis
 que os trace el tonante camino.
 Mas, qué hacer
 si en esta vida entera
 con todo el corazón y cada vez,
 en la vida de aquí,
 en este mundo
 yo he tenido fe ;
 yo tengo fe.
 (1923.)

150.000.000

Controlar los registros
 de lo creado en el Universo,
 es cosa útil. ¡ Así es !
 Es bueno.
 Lo inútil,
 al diablo mandemos !
 Una cruz negra.
 Nosotros destruiremos
 el mundo romántico.
 Electricidad,
 en lugar de religiones y de rezos.
 Vapor en las almas.
 Aunque hoy pobres nos vemos,
 la riqueza del mundo será nuestra, todo el tesoro del
 En brutal devastación. [Universo.
 mataremos lo viejo,

para limpiar el pasado
y haremos de los cráneos ceniceros.
Desplomaremos el mundo con un trueno
para que nazca
el mito nuevo.
Romperemos con nuestras piernas
las barreras del tiempo.
Con millares de arcos iris
el cielo pintarrajearemos.
Florearán
en este mundo nuevo,
lo profanado por los poetas,
las rosas y los sueños.
Todo
para la alegría
de los ojos nuestros.
Cogeremos las rosas
y las inventaremos
las rosas nuevas
rosas de capitales
en los pétalos de todas las plazas públicas de todos
Todos los que lleváis [nuestros pueblos.
estigmas de tortura en vuestro cuerpo
buscando al verdugo de hoy
venid presto.
Aprenderéis que los hombres
pueden ser tiernos
como el amor que asciende hacia la estrella
en un rayo de luz, ultraterreno.
Alma nuestra
tú serás el estero
donde los amorosos Volgas
converjan sus veneros.
En la corriente de las arterias
lanzaremos
los barcos de hada
de los inventos poéticos.
Como nosotros lo escribamos
así será el Universo.
En el pasado,
en medio de los tiempos,
hoy,
y luego,
siempre,
en la eternidad de las eternidades. Por el estío cen-
luchemos, [tenario,
cantando
hasta el final hemos de hacerlo.
Con una selva de voces
el himno entonaremos.
Millones!
multipliquemos por ciento!
En las calles!
Sobre los techos!
Al Sol!
En el Universo
lancemos nuestras palabras
gimnastas de sonoros remos.
He aquí:
Rusia
no es más que un mendigo con traje viejo,
no es más que un montón de desperdicios,
no es más que innúmeros edificios cenicientos.
Rusia,
con todo su terrero,
es un Ivan
que tiene al Neva por brazo derecho
y las estepas del Cáucaso
por calcañares de sus pies deshechos.

Chicago

¡Chicago! ¡Ciudad
edificada sobre un tornillo!
¡Electro-dínamo-mecánica ciudad!
Espirál retorcida sobre un disco
de acero. A cada golpe de hora
giras, sobre tu eje mismo.
5.000 rascacielos.
¡Con sales de granito!
Galopan tus plazas
hacia el cielo infinito,
dando saltos de millas,
trepando con millones de hombres
desde el suelo con cables de acero tejido.
Broadways voladores;
sobre las puntas de tus pestañas, hechas añicos,
cuelgan luces eléctricas.
¡Firmas de humo en el aire,
inscripciones fosforescentes de clamor lumínico!

¡Juventud!

¡Gente!
¡Hasta la veintena!
¡Alto!
¡Arriba las banderas!

Hoy
es el día de la fiesta
de los obreros jóvenes
de todo el planeta.

Lenín
fijó la vereda.
Y nadie más,
falsos y sucios,
señaló la conducta verdadera.

Seamos
sólo
en los años que verdean
rojos
en la vida y en la obra nueva.

Nunca quebrantarán
nuestras cabezas
Los carceleros
de las paredes gruesas

Conocemos
de los cosacos la feroz ralea
y las balas
de los polacos alerta.

¡Aún queda
por hacer
mucho tarea!

¡Cosas
pequeñas,
medianas,
gigantescas!

¿Quién es
el que, a los dieciocho,
rezongando,
se sienta?

Ayuntamiento de Madrid

Ese tendrá
una vejez
muy perra;
él no tuvo,
ni tendrá,
juventud auténtica.

¡Miren!
¡Moscú!
Allí hay gentes
galas,
alemanas
e inglesas.

No pediremos permiso
para pasar sus fronteras.
Hay

quien se queja
El noviembre se fué
El Nep tranquilo queda.
¡No!

El mundo viejo
nació de una escombrera.
¡Hacedlo trizas!
Al viento!

¡El comunismo es la
juventud de la tierra!
Precisa para crearlo
juventud y fuerza.

Mal que solamente
una mano callosa
se mueva.
¡Con la juventud de fábrica!
¡Adelante!
¡Entrad en la pelea!
Hijo del labrador.
¡Bravo hijo de tu aldea!

¡Gente!
¡Hasta la veintena!
¡Alto!
¡Arriba las banderas!
Sonando clarines
por toda la tierra.

Hoy
es el día de la fiesta
de los obreros jóvenes
de todo el planeta.

IZQUIERDA!

A los marineros

(Marcha escrita después del motín
de Cronstad.)

¡Desplegad en columna!
¡Oradores, silencio;
dejad las bocas mudas!
¡El camarada Máuser
no deja que le aturdan!
¡Eva y Adán dieron leyes
que no cesaron nunca!
¡Al rocín de la Historia,
le llegó su hora última!

¡Izquierda, izquier...!
¡Desplegad en columna!
¡Ea!, blusas azules,
tremolad por encima de las turbas!
¡Allende los mares!
¡Quedarán donde bazucan,
los cruceros en las radas,
llenos de abolladuras!
¡Aunque muestre sus dientes coronados,
y el león de Britania nos ruja,
no será esclavizada,
nunca nuestra Comuna!
¡Izquierda, izquier...!
¡No lo será nunca!

Allí, tras de montañas de dolor
virgen tierra infinita se columbra...
¡Por el hambre y los mares de peste,
un paso de millones se conduzcan!
¡Bandas de mercenarios le acorralan,
como leva de acero que chamusca,
¡No será por la Entente sojuzgada,
nunca Rusia!...
¡Izquierda, izquier...!
¡No lo será nunca!

¿No harán traición los tiempos idos?
¿La aquilina mirada ya se anubla?
¡Apretadle el gañote al universo
con manos que el trabajo ha hecho rudas!
¡Adelante, bravos pechos proletarios!
¡El cielo todo, las banderas cubran!
¡Izquierda, izquier... ¿Quién marca la derecha?
¡Desplegad en columna!

(Versión castellana
de MIGUEL ALEJANDRO)



COMO de costumbre, hacia las once de la noche, los carceleros de servicio de la prisión de Passau, vinieron a abrir la puerta de nuestra celda.

Uno de ellos se quedó parado en el umbral con la mano sobre la funda del revólver, mientras el otro avanzaba, inspeccionando el cuarto, husmeando entre los lechos y examinando las lucernas, por si daban señales de haber sido forzadas.

Después, cerraron la puerta estrepitosamente, pasando los pesados cerrojos, y nos dejaron tranquilos hasta el amanecer. En verdad, nuestra celda no necesitaba de una gran vigilancia, pues éramos una morralla cuya mayor condena no excedía de dos meses.

Hasta esta inspección nocturna de las once habíamos conversado como cotorras. En un rincón, los contrabandistas confiaban secretamente la topografía de algunos senderos poco vigilados por los aduaneros; en otro, los pequeños comerciantes cocosos discutían el precio de la carne, de la manteca y del tabaco, según la inflación comparativa del marco y la corona.

En otra parte, los rateros cambiaban sus confidencias, entre las risas ruidosas de un pintor de brocha gorda aficionado a la clopemanía.

Existían verdaderas castas dentro de la celda, y yo, que me encontraba allí por haber atravesado la frontera sin pasaporte, me vi mezclado entre los mendigos, que eran los más habladores, por carecer de secretos profesionales, que obligaron a mirar con prevención a los últimamente llegados.

Nosotros seríamos unos ocho.

Un huerfanito de Westfalia, uno que se decía maestro de escuela, medio ciego, un falso sordomudo, detenido por su incontinencia verbal. Había también algunos mendicantes seniles. Y, el decano de la celda, nuestro «comandante» Engel. Este era mi mejor amigo. Viendo la frescura de su rostro, nadie creía que tuviese setenta años. Su soberanía no la debía solamente a su avanzada edad, sino a su autoridad, a su bondadosa sonrisa, a sus conocimientos, y a su amor a la limpieza. Se trataba de un viejo colmilludo, para quien no existía prisión austríaca y alemana cuyas costumbres no conociera, la severidad de sus disciplinas y la grandeza de alma de sus administradores.

La visita de inspección había obligado a que cada uno estuviera en su sitio, pero una vez salidos los carceleros, las conversaciones fueron reanimándose.

El viejo Engel, para no molestar a los que se sentían invadidos por el sueño, rebajó el tono de su voz al dirigirse a mí desde su camastro vecino del mío.

—Entonces, mi viejo, se siente uno mal la primera vez que se viene aquí, ¿eh?

—Antes —dijo suspirando—. Lo sé, zagal. Me causó muy mala impresión. Hace unos cuarenta y cinco años cuando oí por vez primera el cerrojo de la prisión rechinar detrás de mí.

—¿Hace cuarenta y cinco años?

—Sí, mocito. Trabajaba entonces en Aschaffenburg, en casa de un forjador llamado Muhlhauser. Era un taller grandísimo con tres fraguas y en donde se trabajaba desde las cuatro de la madrugada hasta las siete o las ocho de la noche. ¡Era una jor-

nada durísima! Delante de cada fragua, uno de los hijos de Muhlhauser dirigía la faena, teniendo a sus órdenes uno que martilleaba el yunque con el martinete de quince o dieciséis libras. Un aprendiz avivaba el fuego, entre una nube de pavesas, pues en aquella época los herreros trabajaban aún con carbón de madera. Conmigo trabajaba el mayor de los hijos de la casa y un pequeño llamado Sepl Breitl. Estábamos ultimando la reparación de una máquina...

En la calle de Vivier estaba establecido otro herrero, llamado Tobler. Su taller era de menos importancia que el nuestro. Sólo tenía un ayudante y dos aprendices. Tenía una hija, llamada Gertrudis. Mentiría si dijera que era muy guapa, pero era trabajadora y de buen natural. Ella me quería... con un amor casi maternal. Cuando después de la jornada iba a visitarla, siempre tenía para mí una frase amable, además de algunos pasteles con que obsequiarme. Por mi parte, no diré que sentía un gran amor por la pequeña; más bien era que me iba acostumbrando a ella. Hoy daría cualquier cosa por volverla a ver.

Un día, antes de la Cuaresma, pedí a Antón, el hijo de mi patrono, que era padre de familia, que fuera a casa del viejo Tobler, para que pidiera para mí la mano de Gertrudis. Entonces se gastaban más ceremonias que hoy. El viejo empezó refunfuñando, diciendo que no era del país y que no me conocía mucho, pero Antón afirmó que yo era un buen trabajador y que, después de todo, no era un mal partido. Por fin, el viejo Tobler terminó por darme su consentimiento.

Desde este día frecuenté la casa de la calle de Vivier como prometido de la hija del herrero. Jamás, mi pequeño, fui tan feliz como lo era entonces. Me pasaba el día haciendo proyectos. Tenía acordado con el compañero del más joven de los Muhlhauser, que después de mi boda, una vez posesionado del taller del viejo Tobler, vendría él a trabajar conmigo. Teníamos convenido el jornal... lo mismo que los planes para reorganizar el taller, desechando los enseres viejos y reemplazándolos por nuevos y modernos. ¡Cuántos proyectos bullían en mi cabeza!...

Un día, al final de la Cuaresma, unos quince días antes de mi boda, sobrevino la desgracia. Era sábado. La tarde había caído. Volvíamos de echarle la última mano a una reja de cementerio forjada por nosotros, cuando una magnífica berlina, tirada por cuatro caballos, se detuvo a la puerta de nuestro taller. Traía roto un eje de detrás. Los ocupantes del coche, un conde, señor del lugar, su mujer y su hija, habían bajado y avanzaban lentamente por la calle enlodada. Se dirigían al baile que se celebraba en casa de un señor vecino, y, en el camino, se había producido el accidente.

El viejo Muhlhauser se confundía saludando a los recién llegados, mientras Antón se precipitaba sobre el eje a fin de proceder rápidamente a la reparación, y evitar que la jovencita llegara tarde al baile. Más alerta que nosotros, estuvo el pequeño Sepl, que colocó rápidamente el eje sobre el fuego, y empezó a soplar con el fuelle. La llama subía y bajaba con regularidad.

—¡Arriba!, gritó Sepl, con su voz aguda de niño. Colocó el eje sobre el yunque para proceder a la soldadura. Antón le dijo entonces que aumentara el fuego, pues el hierro se hacía duro de soldar, por sus diversos temple.

El fuego crepitaba alegremente, y el gozo de Sepl llenaba de ardor y vivacidad el taller.

Los señores esperaban en un rincón de la pieza. La señorita, vestida de seda, miraba las pavesas de la fragua, que llenaban de puntos encendidos sus ojos melancólicos.

—¡Despachemos pronto!—, nos hostigó el conde, sobre el cual el hierro en fusión arrojaba un resplandor amarillento y maldito.

Sepl, aceleró el resoplar del fuelle con una música rápida y caótica. Nosotros, nos sentíamos presos de una extraña agitación. Conocíamos que el trabajo era delicado, debido a la composición especial del metal, y sabíamos que la soldadura debía efectuarse al primer golpe.

Tímidamente, el viejo Muhlhauser aseguraba al conde que la compostura estaría pronto terminada. Antón batía nerviosamente el yunque con su martillo, mientras yo esperaba con mi grueso martillo, de pie, delante del fuego. De pronto, el pequeño Sepl gritó:

—¡A él!

El más joven de los Muhlhauser, Karl, retiró precipitadamente del fuego uno de los trozos del eje en fusión, mientras Antón hacía lo mismo con el otro. Cuando las dos partes del eje estuvieron juntas sobre el yunque, el pequeño Sepl, sonriendo como siempre, se apartó algunos pasos como quien ha terminado su trabajo, y nos miró con sus ojos inocentes.

Yo golpeaba el hierro con pequeños golpes rápidos, que iban uniendo groseramente las piezas, hasta que, a un grito de Antón, golpeé violentamente. Al dar el primer golpe violento, sentí que el mango de

mi pesado martillo se había rajado en mi mano. Me detuve, no sabiendo qué hacer, pues no debía continuar dando golpes violentos con el martillo roto, pero el hierro se enfriaba. Me decidía a marchar por un martillo, a casa de un vecino, cuando el viejo Muhlhauser y Antón, gritaron a la vez:

—¿Dónde vas?

Maquinalmente, levanté el martillo de dieciséis libras, y, al dar sobre el yunque, rebotó, saliendo disparado de mis manos, para caer violentamente sobre la cabeza del pequeño Sepl, que se hundió como una masa.

Durante un segundo, me quedé paralizado, pero a los gritos furiosos del conde y del patrono, me precipité sobre el otro martillo y golpeé salvajemente el hierro, hasta quedar soldado.

Mientras que los hijos de Muhlhauser colocaban el eje en el carruaje yo examiné la ensangrentada cabeza del pequeño Sepl. Su cráneo tenía una gran brecha, y una última sonrisa había quedado prendida entre sus labios de niño. Respiraba todavía... pero su corazón dejó de latir, en el momento que el cochero dejó caer sobre los caballos su látigo fustigador.

Yo estuve encerrado cuatro meses por haber ocasionado la muerte a un niño de cara risueña; cuatro meses, chaval.

Cuarenta y cinco años han pasado. ¡Cuarenta y cinco años! Y, palabra —dijo, colocándose la mano sobre el corazón—, desde entonces, no he podido trabajar. ¡No, nunca!

Todo el mundo dormía en la celda. El viejo Engel, el mendigo sabio, se tumbó sobre el jergón, sonriendo amargamente.

Los rayos rojos del alba subían lentamente por detrás de las rejas...

Frederik Karikas



¿Quién quiere la guerra?

«La Internacional sangrienta de los armamentos» demuestra los bajos intereses puestos en juego para provocarla.

El proletariado universal, y con él todos los espíritus nobles, sabrán impedirla.

Empiezan las hostilidades

POR todos los ámbitos del mundo debe resonar la amenaza de Jules Guesde (1891): «En todos los tiempos, con los mártires, los partidos y las clases han exterminado a sus verdugos. Si no queréis, señores gobernantes, que nosotros explotemos, en contra vuestra, los cadáveres del obrero, no hagáis...»

Enrique Legay, ferroviario jubilado de sesenta y tres años, se atrevió a gritar, al paso de una retreta militar: «¡Abajo la guerra!», el día 2 de abril de 1932, en Orleáns.

Inmediatamente fué detenido y golpeado brutalmente y con insania criminal.

Diez días después moría a consecuencia de las torpezas cometidas con él, pero no sin declarar verbalmente y por escrito quiénes eran sus asesinos.

El capitalismo francés, que marcha hacia la guerra imperialista, soltó sus perros contra Legay, el viejo militante.



Los agentes 44, 35 y 15, que le asesinaron, son unos salvajes, que sentirán la repulsa de todo el proletariado mundial, pues todos deben conocer la ignominia perpetrada con el camarada Legay, a quien la «burguesía mandó asesinar» (de *Humanité*, 18 mayo de 1932).

¿Qué comentario sería el menos doloroso?

Por la paz universal

La Internacional sangrienta de los armamentos es un libro documentadísimo del militante de la Liga Alemana de los Derechos del Hombre, Otto Lehmann-Russbült. Se denuncian en este libro todas las «uniones» entre los fabricantes de armas y municiones, antes, durante y después de la guerra mundial. En una obra más reciente publicada en Londres por la Unión de Control democrático *The Secret International, Armament Firms at Work*, amplía y completa la documentación expresada por Lehmann-Russbült, más especialmente, en lo que se refiere a las firmas inglesas. Los discursos pronunciados en la Cámara de los diputados el 11 de febrero último por Pablo Faure, aportan detalles referentes a Schneider. Enrique Roliu, delegado belga en Ginebra y consejero jurídico de la Conferencia del Desarme, ha denunciado las intrigas de los fabricantes de municiones, y M. William Martín, en el *Journal de Genève*, ha demostrado que su Internacional trabaja con más fervor que nunca.

Los límites de este trabajo no permiten la amplitud que requieren estos asuntos, pero «denunciaremos» algunos escandalosos «asuntos» de estas gentes sin escrúpulos, que con sus manejos amenazan las vidas de nuestros hermanos de todo el mundo.

Antes de la guerra: cañones, municiones!...

Uno de los argumentos empleados corrientemente, es la amenaza de los armamentos del vecino, pues si el vecino se arma, nosotros no podemos ser inferiores a él.

En mayo de 1918 se consignó un aumento de 2.823.200 libras esterlinas en los presupuestos de la marina británica. Se sabía que la flota de guerra alemana había aumentado..., decía la Prensa patriótica, y nosotros no podemos ser menos.

Algún tiempo después se supo que H. H. Mulliner «había falsificado las cifras, inventando fantásticamente los efectivos navales alemanes».

En aquella época (se preparaba febrilmente el 1914) los diarios franceses *Le Figaro*, *Le Matin*, *L'Echo de Paris*, descubrieron bruscamente y con exacta concordancia, las cualidades extraordinarias de la ametralladora francesa, y la superioridad incontestable que ella confería a los vencidos en Sedán. El diputado Schmidt, emparentado con la *Schwerindustrie*, agitó estos diarios en el Reichstag, interpolando el canciller del imperio. Por mayoría y sin discusión, el Reichstag votó una proposición que tendía a aumentar el número de ametralladoras del ejército alemán. Carlos Liebknecht, en 1913, denunció en el Reichstag, que la campaña de los diarios franceses había sido provocada por las Fábricas Alemanas de Armas y Municiones de Karlsruhe, para que cundiera el pánico en Alemania y el Gobierno se viera obligado a adquirir nuevas ametralladoras.

Demostración clarísima de la manera de «operar» los fabricantes de cañones, para aumentar sus ingresos... nefastos.

Otro ejemplo es el de Poutiloff, en 1914.

El 27 de enero de 1914, *L'Echo de Paris* publicó un telegrama sensacional de San Petersburgo. El telegrama decía que las fábricas de Poutiloff habían sido adquiridas por Krupp. Rusia había adoptado el tipo de cañones franceses, y como Poutiloff trabajó siempre en colaboración con Creusot, el público se imaginó que los secretos de fabricación de Creusot, y especialmente el de 75, habían caído entre las manos de Krupp, y debía evitarse a toda costa. ¡Un empréstito a Rusia podía re-



mediarlo! Todos los rentistas se apresuraron a cubrir el nuevo empréstito ruso.

Schneider aportó 2.000.000 de libras esterlinas a Poutiloff, y los franceses, 25.000.000 de liras al Tar. ¡Buena maniobra! El telegrama publicado en *L'Echo de Paris* había sido redactado por los Rafalovitch y por el ministro de la guerra Souchomlinov.

La industria de los armamentos constituía un trust internacional, la Harvey United Steel Co, Los Cammel, John Brown, Armstrong, Vickers, Krupp, Dillingen, Carnegil, Schneider, Saint-Chamond, Terni. Todos estos «individuos» estaban estrechamente unidos a Trust Novel de la dinamita y al Cartel internacional de pólvoras.

¡Si fué destruída la organización de dichos trusts, su espíritu no ha desaparecido aún!

Durante la guerra: «inteligencias con el enemigo»...

El trust internacional de la dinamita no fué disuelto hasta un año después de la declaración de la guerra.

Debido a dificultades de aprovisionamiento, por estar todo el mundo desquiciado, se dió el caso singular de que hasta el final de las hostilidades, los mismos enemigos se aprovisionaran unos a otros. ¡Triste comedia de la guerra!

Cuando a Francia le fatlaba acero, la industria alemana, por Suiza, se lo facilitaba, pues se montaron fábricas para destruir las señales de procedencia. Zeizz y



Goerz le facilitaron instrumentos de óptica por mediación de firmas holandesas.

En los últimos años de guerra, los barcos cargados de granos de lino con destino a las fábricas alemanas de explosivos, «no podían ser torpedeados por los submarinos alemanes, y las autoridades aliadas tenían orden de dejarles pasar».

Son hechos indiscutibles, y todo comentario sería extemporáneo. ¿Para qué?

¿Puede alguien impedirlo? Sí.

Después de la guerra: el sabotaje del desarme

Imponiendo a Alemania el desarme integral y la transformación de sus industrias de guerra, el Tratado de Versalles hace desaparecer el principal competidor de Vickers y de Schneider.

Pero... existe la amenaza de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, armada hasta los dientes...

Krupp fabrica cajas registradoras: Poutiloff hace tractores marcados con la hoz y el martillo, pero... quedan cuatro enormes trusts:

1.º El grupo Vickers-Armstrong: compuesto de la English Steel Co, la Vickers-Teriu, la japonesa Kabushiki Kwaisah Nihon Seiko-Sho y la holandesa Jokker.

2.º El grupo Schneider: con la checoslovaca Skoda y numerosas filiales desperdiciadas por todo el mundo. En Los mercaderes de cañones contra la paz,

de Pablo Faure, se puede conocer al detalle este grupo.

3.º El grupo Mitcui: este trust domina la industria japonesa de armamentos y está unida a la Vickers-Armstrong.

4.º La Bethlehem Steel Corporation: la más importante fábrica de armamentos de los Estados Unidos.

Los directores de la Skoda han financiado al bello Hitler.

La fantasía de los fabricantes de armamentos nos preparan un nuevo Sarajevo, para que empiecen a escribirse ultimátums...

Tres asteriscos fulgurantes

El día 3 del corriente se celebró, por la noche, un mitin contra la guerra, bajo la presidencia de Henri Barbusse.

En la calle se trabaron reñidos encuentros entre la policía y el numeroso público que no había podido entrar en el local.

Hubo siete agentes heridos y cuarenta detenciones.

En 5 de abril de 1866, escribía el *Standard*, diario conservador inglés, a propósito de los sin trabajo de Londres: «Se mueren de hambre. Son 40.000.» En 1846, el hambre hizo morir, en Irlanda, más de un millón de individuos. (C. Morse.)

Las palabras de Raymond Lefevre, son cada día más verdad:

«La revolución, o la muerte.»

Dilema de próximas jornadas.

M. R. B.



Ayuntamiento de Madrid

Sabotaje

Por Ramon J. Sender

«Siete domingos rojos» (1)

TENGO llave y abro la puerta de la calle. Es una casa de vecindad con los cuartos alrededor de un patio. Hay luna y la sombra es, en los corredores, tan negra que no me veo los dedos de la mano. Se oye algún ronquido y un perdigón de jaula que canta no sé dónde. ¡Vaya unas horas de cantar! Debe estar loco. También los animales se vuelven locos, y, si no, haber visto el caballo de esta tarde: bailaba en la plaza de Neptuno. Aunque eso de cantar a estas horas, estando preso, también lo hacía yo, porque de noche la voz llegaba más lejos, como si uno estuviera en libertad.

El cuarto es el número 37. El cordel está puesto, y no hay más que tirar. Ya dentro, me encuentro a Cipriano en mangas de camisa engrasando la pistola. Me dice que hable en voz baja porque su compañera y los chicos duermen.

—¿Conseguiste el cable?

Me lo enseña arrollado al cuerpo, entre la camisa y la camiseta.

—Tiene casi un centímetro de sección. Con esto se podrían fundir las dinamos.

Una vez dijo Samar que el anarquismo era una religión, y yo me figuré a Cipriano de sacerdote. Claro que todo es un decir. Ni hay religión, ni hay sacerdote. Son ocurrencias.

(1) Del interesante libro, próximo a publicarse, simultáneamente en español y alemán, de nuestro querido camarada Ramón J. Sender.

Salimos, y, al poner la mano en la puerta, aparece el chico mayor de Cipriano, vestido, lavado y peinado. El padre pregunta:

—¿De dónde sales?

Tiene once años y le brilla la punta de la nariz.

—Déjame ir con vosotros. Ya sé que vais a actuar.

Cipriano se guarda la pistola de la que el chico no quitaba la vista. Me mira, sin poder reprimir la satisfacción. Luego vuelve la cabeza. El chico insiste:

—Anda, padre; os puedo ayudar. Yo conozco bien a los agentes de la brigada social.

Cipriano duda. Ve en los ojos del pequeño la ansiedad. Yo lo que veo es que lo mira a su padre como a un Dios. Para esto vale la pena de tener hijos. Cipriano lo agarra del pescuezo y lo empuja adelante:

—¡Hala, muchacho, y aprende de tu padre a acabar con esa cochina burguesía!

Sale el pequeño retozando como el perrillo con los cazadores. Entra y sale en la zona de luna y ahora el sabotaje es una broma de chicos. Ya en la calle nos encaminamos al lugar de la acción. El pequeño corretea siempre delante, explorando el terreno. Antes de volver una esquina es él quien se asoma a ver si hay vía libre. Cipriano, aunque no lo dice, está muy satisfecho de su hijo. Con esas inclinaciones a sus años, nadie sabe a dónde puede llegar.

En el camino, hasta los lavaderos, más

abajo de la Moncloa, no hay novedad, aunque hemos cambiado la ruta dos veces para no encontrarnos con grupos sospechosos contra los cuales nos avisaba el pequeño. Hay buena luna, y con ella nos resguardamos en el campo, porque las zonas de sombra nos ocultan mejor que si no la hubiera, y las de luz nos dejan ver lo que pasa a nuestro alrededor. Cuando llegamos están allí todos. Son siete. Cipriano y Samar llevan la parte más delicada; nosotros cinco les guardaremos las espaldas. Graco, parece que está borracho, y no de vino, porque no lo cata; Juan Segovia, fuerte y rojo, de diecinueve años, aparenta treinta y cinco; Santiago, un buen organizador, y Buenaventura, uno pequeño y cetrino, que vende periódicos antirreligiosos a las puertas de las iglesias y cada dos o tres días tiene que liarse a trompadas con algún señorito. Cipriano y Samar repasan el material. El chico se ha sentado en un altozano y vigila. Ha sido un acierto el citarse aquí, porque en los lavaderos hay ropa tendida y, a distancia, nos podemos confundir con ella. Cipriano pide los otros dos cables y los trajes aisladores. Hay dos pares de guantes, pero sólo un traje. Samar dice que con sólo los guantes no se atreve a manipular en unos cables que llevan ciento veinte mil voltios. Los demás lamentan no haber conseguido más material, y se acuerda que Cipriano se ponga los dos pares de guantes y el traje y manipule solo, aunque Samar irá de ayudante. Los tres cables se los ha arrollado Cipriano en bandolera. Se ha puesto el traje y los guantes. En la punta de cada cable ha hecho un doble gancho. Da a Samar su pistola y se separan de nosotros, después de haber comprobado una vez más la posición del transformador, del poste metálico y de los alrededores. Cuando han avanzado unos doscientos metros, los seguimos pistola en mano. Cipriano, con ese gusto suyo por las cosas solemnes, nos ha dicho:

—No olvidéis que allá hay dos hombres cuya vida es necesario defender a toda costa.

Luego, sin esperar respuesta, han marchado. Llegan al pie del transformador y, sin vacilar, trepa Cipriano por los largueiros de hierro. Samar espera abajo con una pistola en cada mano, mirando a su alrededor. Nosotros estamos cien metros

detrás. Va a salir todo a pedir de boca. Pero ahora habla Samar con Cipriano y éste vacila. Por fin, sigue subiendo. Por un lado entran tres cables en el transformador y por otro salen otros tres. Más de cien mil voltios sufren ahí dentro la transformación necesaria para adaptarse a las necesidades industriales de la ciudad, al alumbrado, a las faenas caseras. Ya arriba, Cipriano comprueba el estado del casco, del traje. Un contacto de medio milímetro por una rotura del guante bastaría para quedar carbonizado. Pero Cipriano hace todas sus cosas con prudencia. Ya ha enganchado en un cable de baja tensión el extremo de uno de los que llevaba dispuestos. El otro extremo queda en el aire. Lanzamos la vista hacia el río, hacia las luminarias de la Bombilla, hacia Rosales. Santiago se impacienta, viendo que hasta ahora no hay sobre quién disparar. Al pie de Rosales, la Estación del Norte ofrece sus pabellones de ventanas iluminadas como colmenas. Graco murmura, embriagado:

—Electrocutar al Madrid burgués, al que ahora anda por los casinos deseando que nos aniquilen. Fundir los motores del esquirolaje. Quemar todos los plomos, enviar latigazos invisibles a los calentadores eléctricos de las camas de lujo, a las tenacillas eléctricas de las putas burguesas, a las cocinas donde guisan manjares.

Yo le doy con el codo:

—Calla, Graco.

Pero él sigue:

—¡Es la revolución, leche!

Cipriano ha enlazado uno de los cables de alta con otro de baja tensión. La mitad de Rosales y la Bombilla se apagan. Creo oír chirriar algo, como fritura de sesos o de angulas al otro lado del río. También pienso que sale humo. Lo único que puedo asegurar es que sobre medio Madrid ha caído una cortina negra. Graco, tiembla y habla:

—Esta noche es histórica, Urbano. Dentro de cinco años celebraremos esta fecha, y, en lugar de apagar las luces, encenderemos muchas más y Madrid será un ascua de oro. ¿Qué dices, Urbano?

—¡Calla, hostia!

El segundo y el tercer cable han quedado enganchados y el resto de Madrid —de lo que vemos desde aquí— se hunde en las sombras. La voluntad de un hombre ha bastado para hacer este milagro. Las

ventanas de la Compañía del Norte han desaparecido, y la estación, las vías, Rosales, la Moncloa, todo se ha hundido en silencio. Santiago, dice a mi lado:

—La civilización, el progreso mecánico, tienen doble filo, ¿eh, buenos burgueses?

Cipriano baja apresuradamente. Se deja caer de tres metros de altura y viene corriendo con Samar. Está nervioso:

—Los esquirols que quieran entrar a arreglar averías en casas o en talleres quedarán electrocutados. Las dínamos de la fábrica de Soler deben estar echando llamas. Ciento veinte mil voltios sobre una parte de Madrid son como una lluvia de fuego.

El pequeño ve que está hecho todo y se nos incorpora. ¿Adónde vamos? Hay que disgregarse y volver a reunimos al amanecer. Graco mira a su alrededor. La ciudad industrial de Carabanchel y la de Cuatro Caminos han desaparecido en un charco negro. Graco dice que quiere cantar y yo le amenazo en broma con pegarle un tiro. De pronto Graco mira al cielo y por su boca sale un surtidor de insultos, de blasfemias burguesas, de palabras ásperas.

—¿Qué te pasa?

—¡Esa gran puta! —dice señalando a la luna— ¿De qué nos sirve el sabotaje si ella sigue alumbrando?

Cipriano hace observar que la parte baja de Argüelles no se surte de la misma línea, y, sin embargo, está también apagada. Deducimos que las otras brigadas de acción se han portado como era preciso. Samar insiste en que hay que disgregarse. «El que esté fclado, que no vaya a dormir a su casa.» Le devuelve a Cipriano su pistola. Todos la llevamos en la mano. Graco se ha quedado detrás. Sigue blasfemando y mirando a la luna y de pronto alza la mano, apunta y le dispara un tiro; luego, otro: «¡Paf, paf!» Nosotros corremos. Graco sigue: «¡Paf, paf!», hasta vaciar el cargador. Pone otro.

La luna.—(Ocultándose) ¡Hay de mí!

Graco ha quedado muy atrás. ¿Se ha vuelto loco? Dispara y al mismo tiempo brinca sobre el ribazo.

La luna.—¿No hay guardias de asalto ni benemérita? ¡Ay de mí! ¡Cuánto mejor con la monarquía!

Graco sigue: «¡Pif, paf!», insultándola, y por fin la luna se acaba de ocultar. En

la oscuridad total ya nos separamos. Media hora después yo me encuentro con Graco y con Samar en el puente de Toledo. ¿Y los otros? Cada cual se habrá salvado si ha podido. El efecto ha sido grandioso; la alarma, formidable. Hay que transitar por aquí como por un campo de batalla enemigo lleno de trincheras y alambradas. Todas las fuerzas se han debido echar a la calle. Cuando vamos a salir del puente oímos una voz amiga:

—¡Samar, Samar!

Es una muchacha del Sindicato de Teléfonos que iba con una brigada encargada de incomunicar los centros oficiales. Veinte años. Su sueldo de ciento cincuenta pesetas va a parar íntegro a su casa y con él viven el padre, católico y vago, y dos hermanas que la reprochan constantemente sus ideas. Emilia se alegra mucho de encontrarnos. Mira con recelo:

—¿Se puede hablar?

Graco protesta:

—¿No nos conoces, carajo?

Es una chica templada y valiente. Lleva una gabardina azul y una boina. Nos cuenta que a pesar de estar vigilados los registros de teléfonos de la Presidencia y de Guerra, ha conseguido aprovechar un instante de distracción de la pareja de servicio para colocar allí un explosivo.

—¿Tú?

—Claro que sí. Precisamente yo. Los demás se han quedado esperando, a la defensiva. Nos hemos largado y cinco minutos después hemos oído la explosión.

Emilia afirmaba después de una pausa:

—Ocho mil pares de hilos menos.

Era peligroso detenerse más tiempo. Graco, entusiasmado, le dió un abrazo y le preguntó cuánto tiempo llevaba en la organización. Emilia dijo que tres meses.

—¿Adónde vas ahora? —pregunté yo.

—A casa. Vivo ahí cerca, en una casucha indecente con mi indecente familia. Me voy a dormir, porque mañana tengo que madrugar.

—¿Tenéis reunión?

—No; pero quiero confesar y oír misa.

Nos quedamos bastante decepcionados:

—¿Confesar?

—Sí. Lo de la bomba. Por si acaso no le diré al cura cuándo ha sido, ni dónde, ni con quién. Si me quiere absolver diciéndole a secas que he puesto una bomba, bien. Le diré, además, que no tengo

propósito de enmienda. Si me absuelve, eso me encuentro. Si no, peor para él. La conciencia la tengo tranquila.

Graco se indigna con la misma facilidad que antes se entusiasmó:

—Eres una fanática burguesa, y si has hecho eso ha sido por histerismo.

Este Graco siempre igual. No tiene razón. Yo la defiende. Pero se ve que ella no le ha hecho caso.

—¿Y vosotros? —nos pregunta.

—A dormir. No sabemos dónde todavía.

Nos llamamos lo de nuestro sabotaje, no vaya a contárselo también al cura. Ella está entusiasmada con la acción de esta noche. Dice que se va a declarar el estado de guerra de un momento a otro y que el sabotaje del sureste ha sido de resultados soberbios. La burguesía está aterrada. Ha habido víctimas y lo lamenta, pero en el entierro también nos las ha hecho la burguesía a tiros. Pregunta si tenemos dónde dormir, y al decirle que no, nos indica el número nueve de la calle del General San Martín, a donde pueden ir los que quieran con sólo el carnet. Es un anarquista que se redimió y tiene unos talleres propios y una pequeña casa. No estuvo nunca fichado y ayuda con dinero o prestándoles cobijo a los compañeros necesitados. Yo la he dejado hablar, aunque conozco a ese compañero, que verdaderamente merece todo lo que de él se diga.

—¿Has dado esa dirección a alguno más— le pregunto.

—No.

—Entonces vamos allá

Nos despedimos. Graco está despedido ante esa compañera que pone una bomba por la noche y al día siguiente confiesa y comulga. Se arrepiente de haberla abrazado. «Una mujer así —dice— lo mismo pone la bomba mañana en nuestros Sindicatos.» Samar se ríe a carcajadas.

—¡Qué cara pondrá el cura!

Yo también tengo una alegría especial. Eso de que hasta los católicos y los esclavizados por la superstición de lo espiritual burgués no tengan más remedio que coincidir con nosotros me pone de muy buen humor. Samar se ríe, pero de otra manera. Ve la excentricidad y nada más.

La calle del General San Martín no está cerca. Ni lejos, es verdad. Emilia nos ha advertido que tengamos cuidado, porque en esa calle debe haber vigilancia, puesto

que hay dos registros de la Telefónica y no es fácil que estén desamparados. Pero a Graco se le ha desatado el buen humor. La noche es más negra a medida que avanza y la luna se ha ocultado por completo. Graco hace unos chistes truculentos, y por poca gracia que tengan, los acompaña con cambios de voz que son para tumbarse de risa. Hacia el viaducto se oyen tiros. Samar advierte, escuchando:

—Son de mosquetón. La han debido armar por ahí arriba.

Graco se extraña:

—Esa burguesía siempre sobresaltada. ¿Qué es lo que temen? No creo que haya motivos.

Lo dice como un imbécil y soltamos a reír. Yo los hago parar. Estamos a la entrada de la calle del General San Martín. Graco jura que no sabía que ese santo fuera general. Por donde hemos venido se oyen cascos de caballo. En la calle de al lado alguien da el alto. Lo dicho: todas las fuerzas han debido salir a la calle con órdenes severas. En dos brincos nos metemos calle adentro y de pronto paramos. Como no se ven los números de las casas tiene que volver Samar, pegado a la pared, y contarlas. Hay dos puertas muy juntas y no sabemos si pertenecerán a una o a dos. Así no hay manera de averiguar dónde está el nueve. Yo sospecho que es la casa de al lado y Samar dice que la siguiente. Graco pone una solución. Yo me arrimaré a la puerta y él se subirá a mis hombros y encenderá una cerilla. Por si él no ve el número deslumbrado por la luz, que mire desde abajo Samar. No hay otra posibilidad. Si no es el nueve, por este número sacamos dónde está. De acuerdo los tres, entre risas ahogadas y donaires, se me sube Graco encima. Tiene unas rodillas puntiagudas que se hunden en mi espalda. Luego, con los pies en los hombros, y arrimados a la puerta, saca las cerillas, coge una, y apenas acaba de encenderla suena una descarga de mausers y cae sobre nosotros cal y rebozo de la pared. La cerilla se ha apagado, y el batacazo de Graco ha sido considerable. Pero los tres nos reímos. Graco parecía estar herido, pero eran los estertores de la risa. Samar repite con voz ahogada:

—Es el nueve, el nueve.

—¿Estás seguro?—pregunta Graco.

—Sí. Pero, por si acaso, sube otra vez y convéncete.

Graco dice que no es indispensable y seguimos riendo en silencio cuando se abre la puerta, y alguien pregunta lo que ocurre. Ya dados a conocer, entramos. Queremos explicar, pero no hace falta y somos conducidos a un cuarto donde hay tres colchones. Nos traen una vela, y Samar, cuando estamos solos, nos increpa por hacer el sabotaje de manera que ahora no se ve dónde deja uno los calcetines. Seguimos riendo. Todo esto puede que sea poco natural, porque estamos nerviosos. Después de apagar la luz, ya en serio, cambiamos algunas frases sobre lo que hay que hacer mañana. En silencio, cada cual se plantea una sencilla cuestión:

—¿Por qué lucho? ¿Cuál es la meta?

Graco, dice:

—La meta es la destrucción del régimen capitalista.

Samar, dice:

—El aniquilamiento del espíritu burgués y de la lógica capitalista.

Y yo:

—El comunismo libertario.

Como se ve, lo mío es lo más concreto. A Graco no le preocupa el régimen del porvenir, mientras el capitalismo sea derrotado. A Samar no le interesa tanto el sistema como la moral y la dialéctica. Alrededor de uno, todo es reformismo.

Ramón J. Sender

Base ideológica del programa de Hitler

El antisemitismo es, de una manera general, el sentimiento básico de nuestro movimiento. Completamente nacionalsocialista y antisemita.

Alemania es la patria de los alemanes. No es la de los judíos, rusos (comunistas) y socialdemócratas, que no reconocen patria alguna.

El marxismo es, manifiestamente, uno de los aspectos engañosos del capitalismo. El capitalismo y el marxismo son la misma cosa. Llevan al mismo terreno ideológico. Nosotros, los nacionalsocialistas, somos sus adversarios irreductibles: un mundo nos separa de ellos.

GOTTFRIED FEDER

Parados

Cerca de siete millones de parados.

Aproximadamente, un obrero de cada dos está sin trabajo.

Los que conservan un empleo se aferran a él: todo antes que perder la plaza y hundirse en la angustia sin fondo del paro: reducción de salarios, aumento de jornada, nada de faltas ni aun justificadas (ya no paga el lujo de estar enfermo).

¿Los que sufren el paro forzoso —desde hace meses, muchos desde hace varios años— de qué viven?

Durante veinte semanas tienen derecho al Seguro de Paro, que representa alrededor del 35 % del salario. Durante las cuarenta semanas siguientes, cobran el auxilio de crisis, sobre un 20 % del salario.

Luego es la asistencia comunal lo estrictamente necesario para no morir de hambre.

Este subsidio que se va reduciendo, comenzando por ser una ayuda para tomar bien pronto el aspecto de limosna, es actualmente el patrimonio de multitudes que se cuentan por millones.

Acaba de aparecer

1 9 4 5

El advenimiento del Comunismo Libertario

por el ingeniero ALFONSO MARTINEZ RIZO

Una visión novelesca del porvenir

Precio: 2 pesetas

Ayuntamiento de Madrid

Lo que pasa en Kentucky

JIM Grace, minero sindicalista, por querer defender a los de su clase, ha podido conocer los métodos empleados por la policía, de cuyas garras y malas artes pudo librarse por casualidad.

A continuación publicamos la declaración jurada que Grace hizo ante el magistrado Herman Cerbert, y que ha sido recogida por el Comité, formado por Teodoro Dreiser.

Yo nací en el Estado de Virginia; desde mi adolescencia he trabajado como minero en las minas del Oeste del Estado, hasta el año 1924. Después fijé mi residencia en el condado de Harlan (Kentucky), trabajando en la Compañía minera de Creech Coal, hasta 1927. Yo, que milito activamente en el movimiento sindical, pertenecí sucesivamente a la *United Mines Workers of América* y a la *National Union*.

Debido a mi actividad sindical, mi casa fué requisada el 27 de julio último, por doce policías armados de ametralladoras. Viéndoles llegar, me escapé, y mientras saqueaban mis habitaciones, buscando literatura «roja», pude llegar hasta el cuarto de mi camarada Tom Myerscough, donde estuve escondido varios días. Otro día, en plena calle, fui rodeado por cinco hombres vestidos de policía, que me detuvieron. Por sus palabras, pude comprobar que todos se dirigían a uno de ellos, como shériff.

Me obligaron a subir a un vehículo, y, al poner el pie en él, oí que le decían en alta voz: «Muchas gracias, shériff, por habernos ayudado en esta captura.» Fui conducido a Jenkins (Kentucky), donde me encerraron en la prisión de la compañía. Me sorprendió muchísimo el encontrarme, al entrar en la celda, con Tom Myerscough, que había sido detenido, seguramente, antes que yo. El guardián le saludó con este aviso: «¡Hola, Tom, aquí tienes a Jim!» Nosotros no le conocíamos, pero el guardia, sin duda, conocía nuestra amistad.

Hacia las doce de la noche nos despertaron, obligándonos a vestirnos. En la salida nos esperaba un automóvil donde estaban apostados tres mocetones armados hasta los dientes. Nos hicieron cargar con nuestras maletas y tomamos asiento entre los policías. En el camino, uno de ellos nos preguntó si éramos de la Y. W. W. Respondimos negativamente. Entonces, ¿seréis rojos? Declaramos que éramos de la *National Miners Union*.

Mientras corría el coche con dirección a Lynch deslicé a la oreja de Tom: «Nos llevan a la Gran Montaña Negra para golpearlos.» «Creo que estamos perdidos», me respondió Tom.

Cuando llegamos a la cumbre de la Gran Montaña Negra, ya cerca de la frontera de Virginia, el auto se detuvo bruscamente. Serían las dos de la madrugada. Al bajar los policías del coche, hicieron un aparte, y, en voz baja, y durante unos minutos, concertaron el plan que debían ejecutar. Pasado este intervalo, uno de ellos gritó: «¡El mayor, delante!» Otro preguntó: «¿Qué hay en estas maletas?»

«Nuestros papeles, nuestras notas», contestamos. Fué la última vez que las vimos, pues nos las robaron.

Mientras que los otros montaban la guardia, el más robusto de los policías, un hombre de espaldas enormes, que pesaría más de cien kilos, vino hacia nosotros, y nos dijo: ««Sabéis boxear?» «No, no sabemos boxear, pues tenemos poca práctica.» «Bueno, ¿Queréis hacer un round conmigo?» «Gracias, amigo, preferimos no boxear —objetó Tom—. Vosotros venís armados y nosotros carecemos de ellas.» Inmediatamente recibió un terrible golpe en la quijada. Intentó esquivar los golpes, retrocediendo siempre, hasta que se enteró de que estaba al borde del precipicio que marca el límite de Virginia. El policía gritó: «No te esfuerces en bajar, que ya te bajaré yo...» Entonces, el policía cogió una gran piedra, que pesaría más de diez kilos, y la lanzó sobre Tom; le dió en la espalda, pero no llegó a derribarle. Como pudo huyó con dirección a la colina, entre grandes «chacoules» y frondosos arbustos, protegido por la oscuridad de la noche. Los policías corrieron tras él, disparando sus pistolas más de veinte veces, sin lograr alcanzarle.

Al ver que había desaparecido, se dirigieron hacia mí. El hombretón que había golpeado a Tom me dió un golpe en la cabeza, con no sé qué instrumento, que me hizo vacilar. Al ver que caía, me asestó otro golpe más fuerte en la cabeza. Intenté levantarme, pero un tercer golpe en mi quijada me demostró lo inútil de mi empeño.

Más prudente, y haciendo un supremo esfuerzo, comprendí dónde podía estar mi salvación, y empecé a recular hacia la oscuridad no disipada por los faros del auto. Al darse cuenta de mi maniobra, empezó la persecución de los revólveres, sintiendo cerca de mí el asedio de las balas; para quedar fuera de su alcance, me dejé rodar por la pendiente donde se iniciaba el precipicio. Todavía sentí los diez o doce disparos últimos con que se despedían de mí.

Cuando desapareció el auto, ascendí hasta el camino y empecé a buscar a Tom. Le llamé varias veces, pero nadie me contestó. Fui hacia el borde del precipicio, mis escasas fuerzas me demostraron lo difícil, más bien imposible, de descender por entre aquellos abruptos peñascales. Mis piernas apenas podían sostenerme; como pude, empecé a andar con dirección a Appalachia, en Virginia, sin encontrar huella alguna de Tom. Seguí mi camino hasta Big-Stone Gap; registrando mis bolsillos, encontré dos dólares, que la policía no descubrió en mi vestido. Con ellos tomé el tren hasta Middlesboro, donde conocía un camarada.

Mi estado era tan lastimoso, que ni mi camarada ni su familia pudieron reconocerle; aun después de decirles mi nombre se resistían a creerme. Me atendieron con solicitud y cariño, curando mis heridas. Estuve con ellos unos diez días. Solamente, después de muchos días, pudimos saber algo de Tom.»

Jim Grace

TIP. P. QUILS.-GRABADOR ESTEVE, 19, VALENCIA

SUMARIO DEL NÚMERO

4 ¿Qué será la próxima e inevitable revolución?, Pierre Besnard. — La racionalización y el paro forzoso, Lucien Laurat. — Berlín, la capital del caos, Magdaleine Paz. — El trabajo en la Escuela:

La jornada que se impone a los niños resulta absurda por embrutecedora y estéril (Conclusión), Julio Noguera. — El valor de los bienes y del trabajo (Conclusión), Christian Cornelissen. — El desnudismo y la nueva moral, A. Habaru. — Historia de las ideas y de las luchas sociales en España, Angel Pestaña. — La jornada de trabajo en el porvenir comunista libertario (Conclusión), A. Martínez Rizo. — La Iglesia cristiana, el trabajo y los trabajadores, Matías Usero. — Sexo y educación, María Josefa Varela. — Inventos: Un producto de la energía creadora de las masas, S. Yakovlev. — Dibujos hechos por Engels en su juventud. — Crítica económico-social, J. Millet Simón. — Treinta millones de parados pero... ¡Queman el trigo!, Pierre Hubac. — Los profesionales (Fragmento de la obra «Cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad»). — Cinema, Francisco Pina. — Libros.

SUMARIO DEL NUMERO

6 Los problemas del Danubio, Pierre Ganivet. — El fascismo y el movimiento obrero, Pierre Besnard. — El salario en la sociedad capitalista, Christian Cornelissen. — Boicoteemos la guerra, Matías Usero. — Los salarios, la producción de la tierra y la sobrepoblación humana: Exposición en torno a la ley de bronce, Hildegart. — La reforma del calendario y el tiempo decimal, Alfonso Martínez Rizo. — Historia de las ideas y de las luchas sociales en España, Angel Pestaña. — Del Código individualista al derecho sindical: La formación del derecho sindical en el mercado del trabajo, André Forgereaud. — Mis peregrinaciones europeas: Una tarde con Romain Rolland, Eugen Relgis. — La emancipación de la mujer en el Oriente soviético, E. Steinberg. — La ciudad de hoy y la de mañana, Andrés Nin. — Documentos del proletariado: Miguel Bakunin: Carta a su familia. — El Estado os conquistará a vosotros, Isaac Puente. — Una carta inédita de Darwin a Marx. — Teodoro Dreiser, habla de la situación actual de los Estados Unidos. — Lo que son los «balillas»: Creer, obedecer, luchar, Ch. Bianco. — Esto es la guerra..., L. Hobey. — Libros.

SUMARIO DEL NUMERO

5 Las religiones y la guerra, Matías Usero. — Una guerra internacional futura, Christian Cornelissen. — Capitalismo y fascismo, Lucien Laurat. — Contra la guerra que viene, Pierre Besnard. — Mis peregrinaciones europeas, Eugen Relgis. — Vieja y nueva pedagogía, Luis Huerta. — Alex Block, Miguel Alejandro. — Historia de las ideas y de las luchas sociales en España, Angel Pestaña. — Cinema, José Renau. — Natalidad controlada, Bessie Drysdale. — Una visita a Gorki, Vladimir Pozner. — La ciudad de hoy y la de mañana, Andrés Nin. — La vida económica en los pueblos primitivos, Jacques Loustelle. — La emancipación de la mujer en el Oriente soviético, E. Steinberg. — Panorama sexual, A. Poch y Gascón. — La organización del mundo, M. C. — Miguel Bakunin: Carta a su familia. — Los extraños, Henri Barbusse. — ¿Es económico el intercambio entre la ciudad y el campo?, M. Acharya. — Libros.

ORTO

Revista de documentación social

SE PUBLICA UNA VEZ AL MES

SUSCRIPCIÓN

España.
Semestre..... 6 pesetas.
España y América.
Un año..... 12 »

PAGO ANTICIPADO

Dirigir toda la correspondencia a

MARÍN CIVERA
Calle de Luis Morote, 44
VALENCIA (España)

CUADERNOS DE CULTURA

VERDADERA ENCICLOPEDIA POPULAR

Suscripción: 5'50 pesetas cada 10 números :: Número suelto: 60 céntimos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LUIS MOROTE, 44, VALENCIA

ACABAN DE APARECER LOS NÚMEROS

62

Cultura y barbarie en la Edad Media
(Tercer CUADERNO de la Historia popular de España)
Gonzalo de Reparaz

63

HISTORIA DE LA INQUISICIÓN ESPAÑOLA
POR
E. Ruiz Artajona

El número
próximo
se titulará

LOS SOVIETS

Su origen, desarrollo y funciones
POR ANDRÉS NIN